

UNIVERSIDAD NACIONAL AUTÓNOMA DE MÉXICO

Bernal Díaz del Castillo, escritor.

TESIS

que para obtener el grado de
Maestro en Letras Mexicanas
presenta

CARLOS ADAN CRUZ BENCOMO

México, 2011



Universidad Nacional
Autónoma de México

Dirección General de Bibliotecas de la UNAM

Biblioteca Central



UNAM – Dirección General de Bibliotecas
Tesis Digitales
Restricciones de uso

DERECHOS RESERVADOS ©
PROHIBIDA SU REPRODUCCIÓN TOTAL O PARCIAL

Todo el material contenido en esta tesis esta protegido por la Ley Federal del Derecho de Autor (LFDA) de los Estados Unidos Mexicanos (México).

El uso de imágenes, fragmentos de videos, y demás material que sea objeto de protección de los derechos de autor, será exclusivamente para fines educativos e informativos y deberá citar la fuente donde la obtuvo mencionando el autor o autores. Cualquier uso distinto como el lucro, reproducción, edición o modificación, será perseguido y sancionado por el respectivo titular de los Derechos de Autor.

Bernal Díaz del Castillo, escritor

Introducción.....	1
Capítulo I. Fábula y realidad.....	4
1.1. Medina del Campo.....	6
1.2. Infancia.....	10
1.3. Juventud.....	15
1.4. Madurez y familia.....	24
1.5. Vejez.....	33
Capítulo II. La conquista de las letras.....	43
2.1. El Romancero.....	45
2.2. Los libros de caballerías.....	50
2.3. Libros religiosos e históricos.....	59
2.4. Flavio Josefo.....	62
2.5. Historia romana y literatura griega.....	65
2.6. Cronistas de Indias.....	70
2.7. Gómara, Illescas y Jovio.....	71
Capítulo III. El escritor y la obra.....	78
3.1. Percepción lingüística.....	82
3.2. Primera manifestaciones poéticas.....	85
3.3. Malicia de escritor.....	88
3.4. Prolijidad y amenidad.....	93
3.5. Gusto por la minucia.....	96
3.6. Personajes.....	96
3.7. Realidad maravillosa.....	98
3.8. Las inexactitudes y los porqués del libro.....	104
3.9. Los olvidos.....	108
3.10. Verdad emotiva.....	112
3.11. Los famosos números.....	121

Capítulo IV.	A las buenas llanas.....	133
	4.1. Marcas de oralidad.....	134
	4.2. Figuras retóricas.....	148
	4.3. Modos de expresión.....	154
	4.4. Uso del tiempo.....	155
	4.5. Narrador.....	155
	4.6. Léxico.....	155
	4.7. Tono.....	157
	4.8. Estructura.....	157
Capítulo V.	Aunque todos somos del mismo barro, no es lo mismo bacín que jarro.....	159
	Conclusiones.....	181
	Bibliografía.....	185

Introducción

A lo largo del tiempo, Bernal Díaz del Castillo y su libro inmortal, la *Historia Verdadera de la Conquista de la Nueva España*, han deslumbrado a propios y extraños no sólo por su interés e importancia históricos, sino por las excelencias de su estilo literario. Muchos son los hombres, así de letras como de historia, que han padecido de esa misma suerte de deslumbramiento. Entre otros, Alejo Carpentier, Ramón Iglesia o Carlos Pereyra, por citar sólo algunos. Las capacidades de escritor del soldado español han sido puestas de manifiesto en distintos ámbitos y circunstancias. Las historias de la literatura y la crítica literaria le otorgan los merecimientos suficientes para ocupar un sitio relevante. Los lectores, asimismo, en distintos tiempos y lugares, han disfrutado de las galas del estilo bernaldino y no hay prácticamente quien no hable elogiosamente de la obra.

La *Historia Verdadera de la Conquista de la Nueva España* cautiva por la sabrosura de su relato y por el contenido profundamente humano que trasciende de sus páginas. El cúmulo de minucias cotidianas, de temas en que lo menudo y lo aparentemente baladí convive al lado de los grandes acontecimientos, abunda en la prosa de Bernal. Un poco, quizá, como si quisiera recordarnos que la historia verdadera no se encuentra sólo en el registro o testimonio de los grandes acontecimientos, sino en aquellos que ocurren incluso todos los días. Porque tan memorable o decisiva una batalla para el curso del mundo, como la sembradura de una semilla de naranja que llevó a cabo Bernal en la región del río Coatzacoalcos. Algo similar a lo que ocurre también en el campo de las artes, pues tan bella una creación de grandes proporciones como aquella que cabe en la palma de la mano, es decir,

tan hermosa una cabeza olmeca como una pieza de orfebrería zapoteca o una novela que un madrigal. Y toda esta historia de la Conquista, Bernal la cuenta con giros propios de escritor, con recursos expresivos a los que fácilmente se hace uno adicto, pues su resonancia y permanencia literaria se advierte justamente en las calidades de su prosa o en su instinto para conducirse en asuntos de lenguaje y dar casi siempre con la verdad que él quiere expresar. Porque, en literatura, las más de las veces, sólo hay una sola manera de decir las cosas, quiero decir, cuando están hondamente sentidas, cuando están bien puestas en nuestro corazón y en nuestras sienes, cuando son verdaderas, aunque técnica o lógicamente sean mentiras.

No obstante estas excelencias, salvo algunos ensayos y artículos publicados en revistas y opúsculos, como los que se señalan en la bibliografía, el estudio de su obra desde un punto de vista literario está aún por hacerse. Los estudios, ensayos, artículos, trabajos de investigación que los especialistas en literatura novohispana han escrito, se han centrado fundamentalmente en el esclarecimiento de los porqués Bernal escribió su *Historia...* La preocupación por el significado y la función social que cumplía el texto en su época ha sido tema constante en las páginas de los que han hablado acerca de la crónica bernaldina. La visión o enfoque historiográfico con que se ha abordado la obra es innegable. Sin embargo, el enfoque literario es tan valioso como el histórico. Saber cómo se formó escritor Bernal, qué libros leyó, por qué le vinieron impulsos de escribir o cuáles fueron los factores idiomáticos de que se conformó su prosa, son temas que bien pudieran ser de utilidad y provecho para los estudios de literatura novohispana y para los cursos de literatura mexicana que se imparten en diversas escuelas, dado que la *Historia*

verdadera... siempre se ubica en los programas de estudio correspondientes a esta área. Por eso ésa fue la razón por la que se eligió este tema y para desarrollarlo se parte de la hipótesis de que Bernal Díaz del Castillo no era tanto un historiador, sino un escritor, y de que no era enteramente un hombre rústico, impreparado, sin letras. Ciertamente que no era un erudito ni conocía el latín, pero un “idiota” como él se consideraba a sí mismo, no lo era. Por tal motivo, examinando distintos pasajes de su *Historia...*, en el presente trabajo se intentará desmentir lo que hasta ahora se ha dicho de él, en el sentido de que era un autor completamente ignaro, iletrado, casi analfabeta, y, tras dar una visión de sus principales rasgos biográficos –y un poco también de su leyenda– se indagará acerca de su formación literaria, su condición de escritor, y cuáles fueron las peculiaridades expresivas de su prosa. Se analizará su estilo, tan próximo a la conversación, y se verá qué es lo que le debe Bernal a los procesos orales de composición, dado que hasta la fecha no se ha hecho el establecimiento riguroso de los procedimientos o marcas de oralidad que él utilizó en la escritura de su libro inmortal. Para tal efecto, se hará uso de las investigaciones del filósofo y lingüista norteamericano Walter J. Ong, y por último, se hará un recuento de las figuras retóricas presentes en el estilo del conquistador español.

Capítulo I

Fábula y realidad

Caso de asombro es la vida del conquistador español. A ratos, una vida hecha más con pasajes propios de la fábula que de la historia. Con un sentido de lo sublime que excede el juicio de cualquier hombre de nuestro tiempo. Porque cierto es que adoraban al becerro de oro, pero cierto también que estaban dispuestos a morir por conseguir gloria y fama. La decisión, la tremenda decisión, pongamos por caso, de arrojarse al mar en una embarcación que a los ojos de muchos marineros de hoy no sería sino algo así como una cascarita de nuez, sin conocer los bajos y las corrientes marinas, ni los vientos que reinaban por aquellas aguas, es algo que lleva a pensar y a remontar el vuelo de la imaginación.

Los conquistadores del siglo XVI navegaban sólo confiados a su buena ventura y no tenían la más remota idea de qué cosa encontrarían a su paso. Allí podría estar el fin del mundo. O alguna ciudad fantástica, llena de riquezas, que les cambiara la suerte de la noche a la mañana. O alguna isla encantada habitada por gigantes o enanos. O quizá aquellas mujeres míticas, amputadas de un seno para mejor usar el arco y la flecha, conocidas como las Amazonas. La probabilidad de que se toparan con la Fuente de la Juventud o algún monstruo marino cuya voracidad los engullera no era nada difícil. Recordemos que no se habían ido del todo los mitos y leyendas del mundo antiguo y que el descubrimiento de nuevas tierras, y de nuevas aguas, había permitido a los

conquistadores no sólo el hecho de que se les agrandara el mundo, sino de que volvieran a recuperar su capacidad de azoro.

Con la cabeza y el corazón encendidos por las historias de los libros de caballerías, los soldados españoles habían afirmado su fe en la fuerza de las maravillas. La soledad, la luna, o una noche cualquiera en alta mar, de igual modo creaban las condiciones propicias para el surgimiento de endriagos o quimeras.

Diego Velázquez y Hernán Cortés llegaron a pensar en la posibilidad de encontrarse con un ser extraño, cuya cara de perro, y orejas anchas y grandes, los sorprendiera y no tuvieran más remedio que enfrentarlo.¹ La soldadesca, por su parte, el rústico conquistador, ¿qué otras cosas agregaba a la imaginación? ¿Había en ellos también la facultad de producir hechos fantásticos? ¿O las utopías renacentistas habían creado ya las condiciones para estar a la espera de cualquier fascinación? ¿Cómo debemos suponer fue la impresión que recibió el soldado español al ver por vez primera al indígena? ¿Cuáles fueron los ojos con que contempló a aquel hombre de piel morena y cabello lacio? ¿Correspondía al ser mítico que labraba su fantasía?

Hasta donde sé, ninguno de los cronistas lo ha aclarado suficientemente. En cambio, sí sabemos cómo los vieron a ellos los ojos indígenas. Un *macehual*, un hombre del pueblo, paradójicamente con las orejas y los dedos de los pies mutilados, un hombre que venía del “bosque de la región de los muertos”, cuenta que ve unos cerros que andaban de un lado para otro en medio de la gran mar. Luego, otros enviados de Moctezuma, encaramados en

¹ “Instrucción que dio el capitán Diego Velázquez en la isla Fernandina en 23 de octubre de 1518 al capitán Hernando Cortés...” *Colección de Documentos Inéditos para la Historia de España*, Madrid, 1842-1895, Vol. 1, p. 403.

un árbol, los espían y ven que tienen la piel blanca, una barba larga y en las cabezas traen puestos unos como comales pequeños.² No se explican qué cosa son, o pudieran ser, pero poco después, cuando los españoles avanzan un poco, los indígenas huyen aterrorizados hasta dejar vacío el pueblo.

Los seres extraños que han arribado a esta tierra ¿se pueden considerar seres humanos? ¿O son dioses, demonios, ídolos? Porque con sus armas pueden hacer que retumbe el cielo y caigan de éste rayos y centellas. Y porque, a ratos, también tienen cara de hombre y cuerpo de animal.

Pero, ¿de dónde vienen? ¿Quiénes o qué cosa son?

1.1. Medina del Campo.

Uno de esos personajes extraños, que venía de tierras muy remotas, era precisamente Bernal Díaz del Castillo. Había nacido en Medina del Campo, una villa antiquísima, de recintos amurallados, localizada en la región de Castilla la Vieja. La villa era un sitio de una gran actividad comercial y agrícola desde el siglo XIII. Por sus calles se veían pasar toda clase de comerciantes, pastores, labriegos, herreros y artesanos. El nombre de Medina, muy probablemente, le había sido dado por los árabes, quienes así nombraban a los lugares donde se realizaban múltiples e intensas labores mercantiles.³

² Miguel León Portilla, *Visión de los Vencidos*, México, UNAM, 1989, BEU Núm. 81, p. 17.

³ En España existen o existieron varias poblaciones con ese nombre. Entre otras, Medina de Rioseco (Valladolid), que rivalizaba con Medina del Campo en la realización de las ferias, Medina Sidonia (Cádiz), Medina de Pomar (Burgos), Medina de las Torres (Badajoz), Medinaceli, (Soria) y la legendaria y bellísima Medina-Azahara. Según el museo de sitio de esta antiquísima ciudad (936dC) del califato de Córdoba, el nombre al parecer viene del árabe clásico *al-medina*, que significa “la ciudad”, “laberinto”, “fortaleza”, y hoy día generalmente se refiere a la ciudad antigua, al casco viejo, a la ciudad amurallada, aunque Joan Corominas, en su *Diccionario crítico etimológico castellano e hispánico*, Madrid, Gredos, 1980, afirma: “Es nombre arábigo; vale tanto como ciudad principal y metrópoli, según la interpreta Diego de Urrea. Pero a mi parecer es de raíz hebrea.” Existe también otra pequeña población, situada en el mismísimo quijotesco campo de Montiel, llamada precisamente Almedina.

En los tiempos antes de Cristo, siglos VIII-V, la villa había contado con un primer cerco de piedra y argamasa, de forma cuadrangular, y un foso exterior y unos puentes levadizos que le permitían defenderse de posibles invasiones. El sitio para su fundación había sido elegido con un criterio militar, defensivo, en la parte alta, en el cerro de la Mota, desde donde se dominaba, y se domina todavía en la actualidad, toda la planicie. En el centro de este primer muro se construyó, en sucesivas etapas, desde finales del siglo XII,⁴ sobre lo que había sido una fortaleza celtíbera y después una castra romana, uno de los edificios más emblemáticos y monumentales de Medina: el Castillo de la Mota⁵, que, por cierto, Bernal menciona sólo una vez.⁶

Años después, el pueblo crece y tiene que ampliarse a un segundo muro o anillo para finalmente terminar, en el siglo XIV, en un tercer cerco amurallado. Sus puertas –más de diez–⁷ eran nombradas acordes con las poblaciones hacia donde se orientaban –Salamanca, Tordesillas, Valladolid– o acordes con las parroquias o monasterios por los cuales pasaban⁸. No obstante, la

⁴ Antonio Sánchez del Barrio, *Medina del Campo*, Valladolid, Ámbito, 1996. 1ª ed., p. 153.

⁵ Además de su función militar, el Castillo tuvo por destino ser Archivo de la Corona y prisión, y hoy es considerado monumento histórico y sirve como museo y lugar de encuentros culturales. Está construido en ladrillo rojo con influencia mudéjar y a su entrada se pueden observar los blasones de los Reyes Católicos, época de su máximo esplendor. Entre sus torreones, patios, subterráneos, capillas, almenas y troneras, destaca su imponente Torre de Homenaje, de casi 40 m. de altura, desde donde se pueden ver incluso poblaciones lejanas. *Cfr.* Antonio Sánchez del Barrio, *op. cit.*, pp. 153-161.

⁶ *Cfr.* Bernal Díaz del Castillo, *Historia de la conquista de la Nueva España*, México, Porrúa, 1977, introducción y notas de Joaquín Ramírez Cabañas, 7ª ed., Col. Biblioteca Porrúa, Núm. 6 y 7, Cap. CCI, p. 318. En la *Historia...*, el medinense recuerda también el Monasterio de la Mejorada –que estaba a dos leguas del pueblo– (Cap. LV, p. 170) y las villas de Fraga y Fuenencastín (Cap. CCV, p. 335) que también estaban “cabe Medina del Campo”. A menos que se indica otra cosa, como en el caso de la edición crítica de José Antonio Barbón Rodríguez, esta edición de Porrúa, con notas de Ramírez Cabañas, es la edición de la *Historia...* que se utilizará a lo largo del presente trabajo.

⁷ Alberto Marcos Martín, *Auge y declive de un núcleo mercantil y financiero de Castilla la Vieja*, Valladolid, Universidad de Valladolid, 1978, p. 27.

⁸ Desde muy antiguo, Medina ha sido considerada tierra de parroquias, conventos y monasterios. Varias de ellos del siglo XVI. Entre otros, el convento de las agustinas, el de las carmelitas, fundado por Teresa de Ávila, la iglesia de San Martín (hoy Museo de las Ferias), y la capilla donde se cree San Juan de la Cruz dijo su primer misa. Aunque hay otras edificaciones del siglo que vale la pena destacar

población siguió creciendo y surgen entonces, de manera espontánea, desordenada, irregular, fuera de las murallas, los menesterosos arrabales, sitios donde vivían los jornaleros, hortelanos, labriegos, ganapanes y en general toda clase de trabajadores ubicados en una baja escala social.

La familia de Bernal vivía en la Plaza del Pan, cerca de la Plaza Mayor –centro religioso y mercantil de la villa– y una zona en la que se habían asentado la mayor parte de nobles e hidalgos y en la que se encontraban varias casas de mayorazgos.⁹

Durante el siglo XVI, la actividad agrícola disminuye y las huertas, que en otro tiempo eran una de las principales fuentes de vida, llegan casi a desaparecer. Los dos ríos, el Zapardiel y el Adajuela, que, aunque poco caudalosos, eran un buen venero de riego y abastecimiento, mas ahora parecen, simplemente, como un adorno y una diadema del pueblo.

Sin embargo, por fortuna, Medina pronto se convierte en un lugar de ferias y de fiestas. Llegan nuevos mercaderes desde distintos puntos de la península y se asientan en la villa grupos importantes de judíos y mudéjares. Todas las vías conducen a Medina, o a la medina, pues ésta se ha convertido, como diría Antonio Machado acerca de su corazón, en una encrucijada de cien caminos.¹⁰ Se levantan tenderetes por doquier para la venta de las más diversas mercancías y para el ofrecimiento de los más diversos servicios, y se instalan, en las calles aledañas a la Plaza Mayor, los vendedores de lienzos,

como el Palacio de los Dueñas, la casona del Mayorazgo de Hormaza y Cotes, y las Reales Carnicerías que, cosa de ver, hoy día siguen cumpliendo con la misma función de entonces: proveer de carne a la población. *Cfr.* Antonio Sánchez del Barrio, *op. cit.*, pp. 27-150.

⁹ Alberto Marcos Martín, *op. cit.*, p. 31.

¹⁰ Soneto I (CLXV) en *Poesías*, Buenos Aires, Losada, 1943, p. 246. En Castilla la Vieja, sobre todo, durante ese tiempo, Medina era la confluencia de caminos que iban y venían de Palencia, Valladolid, Zamora, Burgos, Salamanca, Ávila, Segovia, Tordesillas, Olmedo...

sedas, “paños mayores” y esparto, pero también los que se dedicaban, entre otras muchas cosas, al comercio del sebo, el aceite y la cera.¹¹

Alrededor de la Plaza Mayor, ya sobre su área, se colocan los especieros, joyeros y armeros y de igual modo los calceteros y jubeteros y también los silleros y freneros. Y, en el centro de la Plaza, se podían encontrar a los buhoneros y a los barberos.¹² Estaban también, atrás de la iglesia de esta Plaza Mayor, los que se empleaban en la venta de ropa vieja, y en la Plaza del Pan, se hallaban los peleteros y los mercaderes de “paños menores”. En la calle que hoy lleva el nombre de Bernal Díaz del Castillo, y que sale de esta plaza, se instalaban los plateros. Más allá del río, se podían ver los que se consagraban a la venta del pescado y a las bestias de carga, pero también se localizaba a los herreros y caldereros, y a los zapateros y cordobanes, y en general, los puestos de los feriantes llegaban incluso hasta el cerro de la Mota.¹³

Para entonces, Medina del Campo ya contaba con una población alrededor de los 20,000 habitantes¹⁴, y el poder político¹⁵ y el poder eclesiástico ya habían llegado a ella. La habían tomado como lugar de residencia. En múltiples ocasiones, los Reyes Católicos hospedan en el Palacio Real¹⁶,

¹¹ Antonio Sánchez del Barrio, *op. cit.*, p. 17; Alberto Marcos Martín, *op. cit.*, p. 32.

¹² En la actualidad, se han colocado unas pequeñas placas, sobre la explanada de la Plaza Mayor –con una viñeta y el nombre de la especialidad del comerciante– para recordar el lugar donde supuestamente estuvieron instalados los diversos vendedores o feriantes.

¹³ Bernal, sin duda, tuvo el impulso repentino de comparar esta feria de su pueblo con Tlaltelolco, como más tarde lo demostraría al escribir la descripción del *tianguiz* prehispánico.

¹⁴ Alberto Marcos Martín, *op. cit.* pp. 63 y 64; Sánchez del Barrio, *op. cit.* p. 11. Sin embargo, para finales de siglo, cuando Medina entra en una dramática decadencia, por su negativa a entregar la artillería custodiada durante la revuelta de las Comunidades, y por el ocaso de las ferias, apenas cuenta, según el censo de 1597, que cita Marcos Martín, con 8,536 habitantes.

¹⁵ Hay que recordar, aunque sea de paso, que Medina del Campo había sido cuna (siglos XIV-XV) de tres reyes aragoneses: Fernando de Antequera, Alfonso V y Juan II.

¹⁶ El Palacio Real Testamentario (siglo XIV), junto con las Casas Consistoriales o Ayuntamiento (siglo XVII) y la Colegiata de San Antolín (siglo XVI) presiden la Plaza Mayor.

ubicado en la Plaza Mayor, y en el año de 1504, tras firmar su testamento y codicillo, muere allí la reina Isabel I de Castilla.

1.2. Infancia

Por ese tiempo, Bernal sería un niño de ocho o diez años, o apenas habría traspuesto la primera infancia. No se conoce con exactitud la fecha de su nacimiento ni la de su muerte. Pero algunos piensan, quizá para hacer crecer más su leyenda, que nació en 1492, año del descubrimiento de América.

En el capítulo I de la *Historia Verdadera de la Conquista de la Nueva España*, donde Bernal consigna los pocos, poquísimos datos de su biografía, éste dice, al hacer el recuento de las veces que pasó a la Nueva España, que por aquel tiempo era “obra de veinticuatro años”. Si esto es así, y él salió de Castilla en 1514, como líneas más adelante dos veces lo asienta, entonces él no tenía 24 años, sino 22. O en su defecto, había nacido en 1490.

Luego, en una declaración que él hace como testigo en la Probanza de Servicios del Adelantado D. Pedro de Alvarado, tomada en Guatemala, en el año de 1563, cuando se le preguntan sus generales, él dice “que era de edad de sesenta y siete años.”¹⁷ De esta forma, si sacamos las cuentas, queda que Bernal nació en el año de 1496, pero poco después, en 1567, en una carta dirigida al Rey, el soldado medinense dice que es “viejo de setenta y dos años”.¹⁸ Con este dato, deducimos entonces que él habría nacido en 1495, y con esta nueva fecha, sumarían ya en total cuatro probables años en los que pudo haber nacido Bernal Díaz del Castillo: 1490, 1492, 1495 y 1496.

¹⁷ Declaración del soldado escritor en Bernal Díaz del Castillo, *op. cit.*, p. 433, tomada del Archivo de Indias, (Patronato Real, Simancas) Est. 1 Caj.4 Leg. 33/2.

¹⁸ Carta de nuestro autor en Bernal Díaz del Castillo, *op. cit.*, p. 457, tomada de *Anales del Museo Nacional*, 4ª Época, T VIII, p. 608.

En los últimos tiempos, estudiosos como Carmelo Sáenz de Santa María, han propuesto como fecha probable del nacimiento de nuestro autor, los días que corren del mes de octubre de 1495 al de marzo de 1496.¹⁹

La casa donde nació Bernal ya no existe. Era, al parecer, una casa porticada de dos plantas que fue derruida, según cuenta don Antonio Sánchez Barrio, director del Museo de las Ferias de Medina, hacia 1930. No obstante, por fortuna, se conserva una fotografía, pero en el lugar donde se hallaba la casa, se ha colocado hoy día una placa de concreto que reza:

EN ESTA CASA, ANTES DE SER RECONSTRUIDA, NACIÓ
BERNAL DÍAZ DEL CASTILLO
SOLDADO, TESTIGO Y RELATOR DE LA HISTORIA VERDADERA
DE LA CONQUISTA DE LA NUEVA ESPAÑA
CRÓNICA SIN PAR DE AQUELLA GESTA GLORIOSA
ABRIL 1967

En esta nueva casa, se halla ahora un negocio de telefonía²⁰ y, cosa increíble, como en las paredes blancas del palacio de Cortés, en Coyoacán, se hallaba desde hace algún tiempo, garrapateado, una especie de *grafitti* en color negro.

La pequeña Plaza del Pan, por donde seguramente Bernal jugó y corrió de niño, es ahora una plaza adoquinada, con bancas de madera, acompañada por edificios de departamentos y con unas farolas de dos brazos que la iluminan por la noche. Una caseta telefónica, una fuente, unos botes para la basura y unos tres o cuatro árboles, de mediana altura, que un viejo señor del lugar me dijo que eran plátanos silvestres pero que yo no lo creo, completan el paisaje de la plaza.

¹⁹ Carmelo Sáenz de Santa María, *Historia de una historia: La crónica de Bernal Díaz del Castillo*, Madrid, Instituto Gonzalo Fernández de Oviedo, 1984, p. 49.

²⁰ Visita personal a Medina del Campo.

Por otro lado, la partida de bautismo de Bernal tampoco se conoce. Se perdió durante el incendio que sufrieron los archivos de Medina del Campo, cuando la histórica Rebelión de los Comuneros, al inicio de la segunda década del siglo XVI.²¹ No obstante, ojalá algún día aparezca, por ahí perdido, en algún registro parroquial o en algún libro de acuerdos del Ayuntamiento, ya sea de Medina, Guatemala, o Coatzacoalcos, algún documento que valide con certeza la fecha de su nacimiento.

Pero, en fin, sus padres deciden llamarlo Bernal, nombre que, por cierto, a él no le gustaba. Lo dice, cuando Cortés le da nombre a un puerto, en el pueblo de Quiahuiztlan: “Púsole –dice el cronista– un nombre feo, que es el tal de Bernal, que parece a otro puerto de España.”²² Bernal, al parecer, es una corrupción de Bernardo, que algunos creen deriva de una forma gallega, pero otros le atribuyen un origen vasco, y más clara y antiguamente, un origen germánico.²³ El nombre era común en Castilla, Aragón y Cataluña, y los españoles lo usaban para designar alguna peña o peñasco grande.

Por su parte, el apellido Díaz se asocia de modo casi natural al del otro gran batallador castellano, Rodrigo Díaz de Vivar, el famoso Cid Campeador. Un apellido que, de igual modo, ha causado otro enigma en la vida de Bernal, pues algunos no están del todo seguros si su apellido verdadero es Díaz, o Díez, dado que él se firma de las dos maneras.²⁴ La paronomasia, el cambio de una sola letra, la *a* por la *e*, se debe a que su padre apellidaba Díaz, y su

²¹ Luis González Obregón, *Cronistas e historiadores*, México, Botas, 1936, p. 23.

²² Bernal Díaz del Castillo, *op. cit.*, Cap. XL, p. 132.

²³ Según Gutierre Tibón, Bernal es aféresis de Bernaldo y éste deriva del germánico Berinald o Berinwald, de berin, “oso”, y wald, “gobierno, mando”: “el mando del oso” o “el gobierno del guerrero taimado”. En la actualidad, en México, el nombre de Bernal ha pasado a ser las veces de apellido. En *Diccionario etimológico comparado de nombre propios de persona*, México, Unión Tipográfica Editorial Hispano Americana, 1956, p. 82.

²⁴ *Cfr.*, Luis González Obregón, *op. cit.*, p. 27.

madre, Díez o Diez, con lo que tenemos un juego de palabras que parece también sumarse un poco a la fábula de Bernal, el que procede de Castilla, o castillo, como también sería posible decir.

Francisco Díaz del Castillo, su padre, había sido Regidor en el cabildo de Medina del Campo, y junto con él, un su hermano, –para usar el español del siglo XVI todavía tan expresivo– habían sido servidores de la Corona Real y de los Reyes Católicos, don Fernando y doña Isabel. María Diez Rejón era la legítima mujer de Francisco, a quien por alguna razón apodaban “el Galán”.

Por otro lado, al final de la obra, Bernal afirma que “si bien se quiere tener noticia de nuestras personas, éramos todos los demás hijosdalgo, aunque algunos no pueden ser de tan claros linajes, porque vista cosa es que en este mundo no nacen todos los hombres iguales, así en generosidad como en virtudes.”²⁵

El hecho de que la familia Díaz haya estado vinculada al poder político de la época, –por lo menos en su comunidad– hace suponer que Bernal niño tuvo ciertas facilidades para el desarrollo de su instrucción elemental, y por eso es de extrañar que, en ninguna parte, se haga la menor alusión a los estudios que él pudo haber recibido, y sí en cambio, en reiteradas ocasiones, se insista en que es un hombre sin letras, sin latín, incluso, un idiota.

¿Qué ocurrió? ¿Abandonó por alguna razón, Bernal, la escuela? ¿Se escapó? ¿No le vio ninguna utilidad y provecho para su futuro desempeño? ¿Los políticos de entonces no tenían una real preocupación por la formación académica? ¿O no es del todo cierto que él haya sido un hijodalgo como lo afirma en alguna parte de su libro? Recordemos que muchos mentían acerca

²⁵ Bernal Díaz del Castillo, *op. cit.*, Cap. CCVII, p. 356.

de su linaje con el propósito de lograr prebendas y un mejor lugar en la sociedad novohispana.²⁶ Pero tampoco olvidemos que los nobles se dedicaban al ejercicio de las armas y como aclara Gutierre de Cetina en el *Diálogo entre la cabeza y la gorra*: “¿No sabes que, entre nosotros, los nobles no saben hacer nada, no estudian, no aprenden nada? Antes lo tienen por cosa baja y plebeya...”²⁷. Un gran número de hidalgos también tiene disminuidas sus haciendas, o incluso, carece de ellas, lo que los lleva a procurarse la vida con la actividad militar, medio que, amén de rápido y eficaz para el bienestar, proporciona honra y fama.

Como quiera que haya sido, Bernal crece en un mundo regido aún por las prosperidades de los Reyes Católicos. Los ecos de la reunificación de los reinos de Castilla y Aragón, el triunfo de la Reconquista cristiana y la incorporación del reino de Navarra no se han apagado del todo. A esto, hay que agregar el descubrimiento de América y los otros tres viajes de Colón con sus correspondientes relatos, encendidos de una gran imaginación.

Bernal niño, entonces, al tiempo que abre los ojos a la vida, los abre al crecimiento del mundo. Mientras se siente, quizá, aprisionado por los círculos amurallados de su tierra natal, el mundo se le abre ancho y enorme. El ansia de libertad y de aventura, que es casi natural de condición joven tener, se apodera de él y lo llena de ensueños y locuras. Vislumbra otros mundos y algo en su corazón le dice que tiene que partir.

²⁶Bernard Grunberg dice en *The origins of the Conquistadores of Mexico City, (The Hispanic American Historical Review, Duke University Press, Vol. 74, No. 2, May, 1994, pp. 259-283)* que de 1212 conquistadores, sólo 69 comprobaron su hidalguía, aunque él cree que es posible redondear el porcentaje a un 10%.

²⁷Gutierre de Cetina, “Diálogo entre la cabeza y la gorra” en *Obras*, México, Porrúa, 1982, Col. Sepan Cuantos...Núm. 320, p. 184.

1.3. Juventud.

Sale de Castilla, en el año de 1514, y tras varios días de navegación, pisa tierra americana en Nombre de Dios, en la actual Panamá. Luego va a Cuba, y de allí, en 1517, sale junto con Francisco Hernández de Córdoba, en la que se considera la primera expedición a costas mexicanas. Un año después vuelve con Juan de Grijalva y es en este viaje donde siembra, junto a una casa de ídolos, aquella memorable semilla de naranja. Pero este hecho, aparentemente baladí, minúsculo, insignificante, le hubiera bastado a Bernal –de no haber escrito la *Historia* ni realizado la Conquista– para lograr fama y gloria eterna. Se hace inmortal no sólo por su obra, o su vida, sino por el simple hecho de haber traído a América –a nuestro país, en este caso– un fruto, una fruta, cuyo recuerdo vivirá por siempre en la Historia de México.

En 1519, cuando llega con Cortés a Cozumel, a bordo del navío “San Sebastián”, Bernal es un joven veinteañero. Trae, en los ojos, inmensidades y lejanías y un espejismo de gloria que el mar le ha desplegado. A su alma, la dominan pasiones y locuras, y a su corazón un grito que le dicta que cometa alguna barbaridad para alcanzar nombre y renombre.

Comienzan los trabajos, las largas caminatas –salvando ríos, salvando montes– con aquellas armaduras y mochilas auestas y sus piernas flaquean y escaldan. El sol y el sudor ponen al rojo vivo las ingles y sus pies se hinchan y sangran.

Al poco tiempo, el fantasma del hambre y las enfermedades acosan a los conquistadores. El peligro, que en toda la Conquista ha de estar presente, mantiene en alerta a los soldados y los hace un poco olvidar la necesidad.

Llega la hora de entrar en batalla y la oportunidad de realizar hazañas heroicas. No obstante, “como somos hombres”, admite nuestro soldado, “temíamos la muerte”.²⁸ A veces, antes de entrar en combate, Bernal cuenta que una como grima y tristeza se le ponía en el corazón y de puro miedo se orinaba sin sentirlo. En Champotón, cuando viajaba con Grijalva, ya había sido herido de tres flechazos, uno de los cuales resulta muy peligroso, pues le traspasa el costado izquierdo. Luego, en la Florida, lo vuelven a atravesar con otro flechazo, y no es sino hasta Tabasco, cuando en el muslo, de nueva cuenta, siente correr su sangre derramada.

Por fortuna, las heridas no son profundas y se curan, recordemos, con el unto de los indios y con la ayuda de un paño que aprietan a la herida. En una ocasión, camino de México, en una emboscada perpetrada por más de tres mil tlaxcaltecas, dice Bernal, cuatro españoles fueron heridos con las lanzas y hachas de doble filo de los indios, y entonces, “con el unto de un indio gordo de los que allí matamos, que se abrió, se curaron los heridos, que aceite no lo había.”²⁹

El frío, por otro lado, es una más de las adversidades con que los españoles tienen que lidiar, pues la escasez de ropas los obliga a tomar por cobijas y frazadas, a las ballestas, lanzas y escopetas. “Andábamos –cuenta Bernal– peores que bestias, porque las bestias después que han hecho sus

²⁸ Bernal Díaz del Castillo, *op. cit.*, Cap. LXIV, p. 193.

²⁹ *Ibid.*, Cap. LXII, p. 188.

jornadas les quitan las albardas y les dan de comer y reposan, y que nosotros de día y de noche siempre andábamos cargados de armas y calzados”.³⁰

El miedo, el tremendo miedo, los hace estar constantemente en guardia y los lleva a cometer los más grandes y crueles actos de barbarie. Pasen y repasen las espadas por las entrañas de los indios –les ordena Cortés a sus hombres– no se detengan en consideraciones inútiles, lanceen por la cara y por los ojos y hagan todo el daño posible. Luego el Capitán justifica toda esta atrocidad en el nombre de Dios, pues sólo con la ayuda de Él, que es el que los guarda, se puede vencer a los indios idólatras.

Por todo esto, resulta un tanto curioso que los españoles se admiren tanto de los sacrificios humanos y de los *tzompantlis*. Los miles, literalmente miles, de cráneos y zancarrones horrorizan a los soldados. Bernal se entristece cuando reconoce, en uno de esos rimeros, a tres de sus amigos. Pero más se sorprende cuando ve que los cabellos y las barbas les han crecido mucho más que cuando estaban vivos. “Y no lo habría yo creído –dice– si no lo viera.”³¹

La sodomía y la antropofagia de los mexicas son causa de escándalo entre los españoles. Pero, igualmente, se maravillan, entre otras muchas cosas, con la belleza de la ciudad, –que flota sobre un lago– con la infinidad de mercaderías, –que se comercian con gran orden y concierto en el *tianguiz*– y con la jamás vista ni imaginada riqueza que guarda Moctezuma en su recámara.

En cambio, los naturales de estas tierras se sorprenden mucho con un perro, cuyo ladrido es tan alto y fuerte por la noche, que ellos lo consideran un

³⁰ *Ibid.*, Cap. LXIX, p. 205.

³¹ *Ibid.*, Cap. CLV, p. 55.

animal fantástico. Los españoles lo han llevado hasta allí, porque lo usarán cuando necesiten matar a algún indio que los fastidie. Asimismo, estos se asombran de que los conquistadores metan en las lombardas unas enormes piedras para luego aniquilar a quienes ellos quieran. Con la ayuda de Dios primero, que es quien quiere darles la victoria, y luego con la del caballo –o venado, según el indígena– que es como el aire, pues corre hasta alcanzar a cualquiera, los soldados españoles derrotan a los tlaxcaltecas. Pero, en una de esas batallas, Bernal es nuevamente herido. Primero en la cabeza, producto de un aguacero de piedras, y luego en el muslo, a causa de otro flechazo.

Días después del episodio de la Noche Triste, Bernal enferma de calenturas y comienza a echar sangre por la boca. Por ventura lo curan, sangrándolo, y pronto está de nueva cuenta en el campo de batalla. Porque, desde entonces, cuenta, “todos me tenían a mí en reputación de buen soldado.”³²

La falta de sal, pero sobre todo, la falta de agua comienzan a causar estragos en las filas de los conquistadores. Sus rostros y sus cuerpos se ven enflaquecidos, desgastados, y muy descontentos. Sin embargo, Cortés, hombre de hierro, como le llama Francisco López de Gómara, anima a su tropa y va siempre adelante.

Corre entre los indios la leyenda de que los españoles no pueden ser vencidos de día, sino sólo de noche, que es cuando pierden fuerzas, y entonces estos ya no tienen ni un minuto de reposo.

³² *Ibid.*, Cap. CCVII, p. 357.

Con todo, el peligro alcanza su máximo límite, cuando llegan los días del sitio. Es allí cuando, durante 93 días y noches, 93 noches y días, la muerte anda suelta por todas partes. En una de éstas tantas batallas, Bernal cuenta:

ya me habían echado mano muchos indios, y tuve manera para desembarazar el brazo, y nuestro Señor Jesucristo, que me dio esfuerzo para que a buenas estocadas que les di me salvé, y bien herido en un brazo, y desde que me vi fuera de aquella agua en parte seguro me quedé sin sentido y sin poderme sostener en mis pies y sin huelgo ninguno, y esto le causó la gran fuerza que puse para escabullirme de aquella *gentecilla* y de la mucha sangre que me salió...³³

Pero no sólo Bernal, sino todos los españoles andaban chorreando sangre y llenos de heridas. Uno de ellos fue atravesado por un flechazo en el oído. Luego Bernal, metido hasta la cintura dentro del lodo, tratando de rescatar un bergantín atascado, recibe otro flechazo y una cuchillada en la pierna.

Durante los días de mayor intensidad en los combates, hay un momento en que los indios, para ablandarles el ánimo a sus enemigos, les arrojan las cabezas, –cuatro o cinco– que aún escurren sangre, y les gritan que son las de *Tonatiuh*, la de Gonzalo de Sandoval, la de Bernal Díaz y la de otros *teúles*. Cortés, entonces, no puede contener el llanto, pero entre lágrimas, gritos y sudores sigue peleando.

El tañido del *huéhuetl*, o tambor sagrado de los mexicas, revestido en su boca con piel de tigre o venado, que se difundía por todo el valle desde lo alto del Templo Mayor, le parece a Bernal el más triste y maldito sonido que jamás nunca haya escuchado en su vida. Se le mete por los oídos de forma desalmada, lo irrita y lo aguijonea a tal punto, que lo sigue oyendo aún después de que el *huéhuetl* ha dejado de sonar. Escasean los víveres, y lo único que les

³³ *Ibid.*, Cap. CLI, p. 24.

da la vida por aquellos días, cuenta Bernal, son “unos *quelites*, que son unas yerbas que comen los indios”³⁴

A todas estas penurias y desgracias del soldado español, hay que sumar el ataque implacable de los mosquitos. Porque con sus picaduras, así de los grandes o zancudos como de los chicos o *xexenes* –que son peores que los grandes– les hacen la vida imposible al conquistador. Y es que éste tiene que dormir las más de las veces a cielo abierto, en el campo, en el monte, donde también tiene que realizar su aseo y le tiene que dar salida a sus necesidades de todos los días.

Tiempo después, en el año 24, cuando ya el sitio ha concluido, pero las batallas aún continúan en el sur, y Bernal viene de Las Hibueras, junto con Cortés y otros soldados, los guerreros guatemaltecos lo hieren de un nuevo flechazo. Por fortuna, es poca cosa. En cambio, cuando estaban ya establecidos en Coatzacoalcos, pero seguía el sometimiento de pueblos todavía rebeldes en medio de los pantanos y ríos tumultuosos, Bernal ve la muerte demasiado cerca. En Zimatán, por ejemplo, el escuadrón indígena los ataca con lanzas y flechas y mata a dos españoles:

y a mí –dice Bernal– me dieron la primera herida de un flechazo en la garganta, que con la mucha sangre que me salía, y en aquel tiempo no podía apretarlo ni tomar la sangre, estuvo mi vida en harto peligro; pues el otro mi compañero que estaba por herir, que era Francisco Martín, vizcaíno, puesto que yo y él siempre hacíamos cara y heríamos algunos contrarios, acordó de tomar las de Villadiego y acogerse en unas canoas que estaban cabe un río grande que se decía Mazapa, y como yo quedaba solo y mal herido, porque no me acabasen de matar y sin sentido, y poco acuerdo, me iba a meter entre unos matorrales altos, y volviendo en mí, con fuerte corazón, dije: “¡Oh, válgame Nuestra Señora, si es verdad que tengo de morir hoy aquí en poder de estos *perros* !” Y tomé tal esfuerzo, que salgo otra vez de las matas y rompo por los

³⁴ *Ibid.*, Cap. CLI, p. 19.

indios, que a buenas cuchilladas y estocadas me dieron lugar que salí de entre ellos, aunque me tornaron a herir, y me fui a las canoas...³⁵

Más tarde, por esos mismos días, rumbo a la pacificación de Chiapas, en Chamula, Bernal es traspasado por una lanza que le desgarró sus protecciones de algodón. Por suerte, la herida no es grave y puede seguir peleando. Luego, cerca de la Chontalpa, en Zimatán otra vez, Bernal recibe una nueva lesión en la pierna. Y por último, en Cuzcatán, Guatemala, sufre una herida menor. En total, Bernal dice haber participado en 119 batallas y se precia de haber estado en más del doble de las que participó el propio Julio César, que sólo lo hizo en 53.³⁶ Por eso, a ratos, la vida de Bernal se antoja un tanto fantástica y hasta, diríamos, sobrenatural.

Con este número de batallas, o con una sola, –no es necesario tantas– cualquiera hubiera pensado en la muerte, –como de hecho varias veces lo hizo Bernal– o quizá en quedar lisiado o enfermo para siempre. Muchos, recordemos, quedaron cojos, ciegos o tuertos. O mancos, sordos, tullidos o quemados. Sin embargo, Bernal sobrevive, sale relativamente sano, y con ello no sólo gana honra y fama, sino que puede llegar a escribir la *Historia*. Se hace acreedor a que le den, según las leyes del día, algunas prebendas como pudieran ser pueblos en repartimiento y encomienda. Pero luego se los quitan por razones del servicio real, y cuando él intenta recuperarlos, hay un tal licenciado Villalobos, el fiscal, que se atreve a decir, durante la probanza de

³⁵ Es de llamar la atención, en ésta como en la otra batalla, las dos formas despectivas –*gentecilla* y *perros*– con que Bernal se refiere a la gente indígena. Véase Bernal Díaz del Castillo, *op. cit.*, Cap. CLXVI, p.132.

³⁶ Asimismo, son por lo menos trece las citas, en las que Bernal dice haber sido herido. *Cfr.* Bernal Díaz del Castillo, *op. cit.*, Cap. IV, p. 51; Cap. VI, p. 55; Cap. XXXI, p. 110; Cap. LXV, p. 196; Cap. CXLII, p. 466; Cap. CLI, p. 24; Cap. CLII, p. 38; Cap. CLXIV, p. 127; Cap. CLXVI, p. 132; CLXVI, p. 144; Cap. CLXIX, p. 169; Cap. CXCIII, p. 266; Cap. CCXII, p. 381. En otras dos ocasiones habla de que se desvaneció (Cap. CXLIV, p. 480) y de que enfermó de calenturas, al tiempo que echaba sangre por la boca (Cap. CXXXIII, p. 425).

méritos y servicios de Bernal, que éste jamás ha existido como conquistador. Falso, sostiene Villalobos, que ese soldado –el nuestro– haya participado en la Conquista de México.

Todo, por supuesto, increíble, pero contribuye a aumentar el mito. La leyenda y la fábula de Bernal crece y no se le puede considerar únicamente como un personaje histórico. Al igual que el Cid, Bernal vive entre la realidad y la fábula. Porque, un personaje que es capaz de llevar a cabo proezas, hazañas, gestas que otro no consigue, se le pueden atribuir, producto de la fantasía popular, toda clase de imposibles. Como dice Andrés Henestrosa:

nuestra historia registra nombres de héroes, mártires, soldados, que son al propio tiempo históricos y legendarios. ¿Quieren ejemplos? Hidalgo es histórico. Morelos, histórico y legendario. Mina es legendario a la vez que histórico, como lo es Guadalupe Victoria. Que el mito va contra la verdad, puede ser; pero para el pueblo tiene toda la fuerza de una verdad, lo atribuye sólo a aquellos que lo merecen³⁷

Pero en la vida diaria, en el ámbito de lo legal, antes de ser sólo Bernal, hubo un tiempo en que se le conoció como Castillo “el Galán”, igual que a su papá, pues “en la capitanía que tenía Sandoval había tres soldados que tenían renombre Castillos; el uno de ellos era muy galán y preciábase de ello en aquella sazón, que era yo.”³⁸No obstante, a pesar de considerarse muy galán, la vida amorosa de Bernal no es atractiva ni mucho menos perturbadora. De las tres mujeres que se le conocen, –es muy probable que haya habido otras– la primera se la regaló Moctezuma y fue la que una vez bautizada llevó el nombre de Francisca. Nuestro personaje lo cuenta de esta manera:

Como en aquel tiempo era yo mancebo...y yo le había hablado a Orteguilla que le quería demandar a Moctezuma que me hiciese merced de una india muy hermosa, y como lo supo Montezuma me mandó

³⁷ Andrés Henestrosa, *Los caminos de Juárez* México, SEP-FCE, 1985, Lecturas Mexicanas 77, p. 59.

³⁸ Bernal Díaz del Castillo, *op. cit.*, Cap. CLX, p. 94.

llamar y me dijo: “Bernal Díaz del Castillo, hánme dicho que tenéis *motolinea* de ropa y oro, y os mandaré dar hoy una buena moza; tratadla muy bien, que es hija de hombre principal; y también os darán oro y mantas.” Yo le respondí, con mucho acato, que le besaba las manos por tan gran merced, y que Dios Nuestro Señor le prosperase. Y parece ser preguntó al paje que qué había respondido, y le declaró la respuesta; y dizque le dijo Montezuma: “De noble condición me parece Bernal Díaz”³⁹

Líneas más adelante, agrega: “Y entonces alcanzamos a saber que las muchas mujeres que tenía por amigas casaba de ellas con sus capitanes o personas principales muy privados, y aun de ellas dio a nuestros soldados, y la que me dio a mí era una señora de ellas, y bien se pareció en ella, que se dijo doña Francisca.”⁴⁰

En este pasaje de la vida de Bernal, surgen infinidad de preguntas. En primer lugar, ¿por qué tuvo que pedir a Moctezuma se le hiciera la merced de una mujer? ¿Era necesario? ¿No tenía los arrestos suficientes como para enamorar a una de ellas? ¿No se siente disminuido como hombre? ¿O las circunstancias del momento así lo exigían? ¿No tenía sentido esforzarse en el enamoramiento de una india? ¿La mujer era tan poca cosa que bastaba sólo con pedirla y usarla como a un objeto o una mercancía? Recordemos el momento en que, Jerónimo de Aguilar, tratando de convencer a Gonzalo Guerrero para que se les una al contingente español, pues éste no quiere abandonar a su mujer y a sus hijos, le dice, como usando un gran recurso o argumento, que mire que es cristiano y que “por una india no se perdiese el ánimo”.⁴¹ Entonces, ¿tener amores con una mujer que creyese en Huitzilopochtli era condenarse al infierno? ¿No reclama el amor alguna dificultad que vencer o incluso el mismo peligro? ¿Valía la pena haber venido

³⁹ *Ibid.*, Cap. XCVII, p. 302.

⁴⁰ *Ibid.*, Cap. XCVII, p. 303.

⁴¹ *Ibid.*, Cap. XXVII, p. 98.

de tan lejos para contemplar la hermosura o el cuerpo desnudo de una india?
 ¿No era para Bernal importante el amor, a pesar de considerarse muy galán?
 ¿No se sentía incompleto por no haber conquistado el amor de una mujer? ¿No
 es indispensable sentirse amado cuando se vive peligrosamente? ¿La gloria de
 una conquista amorosa no equivale a la de una conquista territorial?

1.4. Madurez y familia.

Con Francisca, o mejor dicho, doña Francisca, como le llama el propio Bernal, es muy posible que tuviera un hijo, o una hija, o dos hijas incluso. Una de las cuales pudiera identificarse por medio de una cédula real cuando Bernal manifiesta que tiene mujer e hijos, pero que “entre los otros hijos tiene una hija donzella de hedad para se casar” y quien suplica a Bernal le pida al Rey que la persona que se casase con ella se le provea de oficios y de cargos. Y efectivamente se le concede al yerno del conquistador que se le “tenga por muy encomendado y en lo que se le ofreciere le ayudéis y favorezcáis y encarguéis cargos y cosas de nuestro servicio”.⁴²

Otra hija, o en todo caso la misma, que pudiera tratarse de Teresa Díaz de Padilla –o Teresa López de Padilla como también se le conoce⁴³– es aquella que vivía en la provincia de Guazacualco y quien tenía “un pueblo de indios encomendado en su cabeza, el qual querría dexar para que Nos le mandásemos poner en nuestra real corona, con tanto que se le diese otro equivalente a él en la provincia de Guatimala, o en la de México quando vacasen, a causa de que ella estaba muy enferma en la dicha provincia e no

⁴² Reales Cédulas a favor de Bernal Díaz del Castillo en *Historia de la conquista de la Nueva España (Manuscrito Guatemala)*, ed. crítica de José Antonio Barbón Rodríguez, México, El Colegio de México, UNAM, DAAD, Ministerio de Asuntos Exteriores de España, 2005, 1ª ed., Documentos, p. 1050.

⁴³ Carmelo Sáenz de Santa María, *op. cit.* p. 97.

podía convalecer de sus enfermedades”⁴⁴ y a quien finalmente se le concede el permiso para irse a curar a la ciudad de México o a Guatemala, con la sola condición de que deje en su lugar a alguien que se responsabilice del cumplimiento de las cargas de la encomienda.

Y hay otra hija, pero ésta quizá sí es diferente, a quien le proporcionan renta, le conceden indios de encomienda y la casan con Joan Pérez de Mérida, vecino de Chiapa.⁴⁵ Pero si en realidad fue doña Francisca quien le dio sus primeros hijos, a nuestro cronista no le merece ninguna otra mención en su *Historia...* ni en la documentación que se relaciona con su vida cotidiana. Y si fue alguna otra mujer, todavía peor porque ni siquiera se la conoce. Acaso, porque tampoco ninguna de estas mujeres llegó a quererlo, dado que éste representaba al verdugo de sus antepasados. Sin embargo, recordemos lo que ocurrió cuando, a la caída de la gran Tenochtitlan, muchas mujeres indígenas, que fueron robadas por los soldados españoles, ya no quisieron regresar con sus padres o maridos, tal vez porque con aquellos otros encontraban alguna delicia inconfesable.

Entonces, cuando Cuauhtémoc y sus capitanes se presentaron ante Cortés para reclamarlas, pues éste había dado su venia para que las buscasen y las regresaran, “había muchas mujeres que no se querían ir con sus padres, ni madres, ni maridos, sino estarse con los soldados con quienes estaban, y otras se escondían y otras decían que no querían volver a idolatrar; y aun

⁴⁴ Reales Cédulas en favor de Bernal Díaz del Castillo, en *Historia...*, ed. crítica de José Antonio Barbón Rodríguez, *op. cit.*, Documentos, p. 1052.

⁴⁵ Información de méritos y servicios de Bernal Díaz del Castillo, en *Historia...*, ed. crítica de José Antonio Barbón Rodríguez, *op. cit.*, Documentos, p. 898.

algunas de ellas estaban ya preñadas, y de esta manera no llevaron sino tres, que Cortés expresamente mandó que se las diesen.”⁴⁶

Con Francisca, perdón, con doña Francisca, la relación que sostuvo Bernal no debe haber sido tan fugaz, pues llegó a concebir muy probablemente algún hijo o hija, como ya dijimos. Pero esta niña que lo hizo papá, la primera, tampoco le merece a nuestro soldado, en su *Historia...*, la más leve y breve mención. Quizá porque consideraba a su obra de otra índole y se detenía o inhibía al mezclar acontecimientos íntimos con pasajes épicos, o quizás por razones de carácter ideológico, religioso o cultural.

El relativo abandono en que tuvo Bernal a sus hijos naturales contrasta con la preocupación que más tarde observó por los hijos que le dio su tercera mujer, Teresa Becerra, hija única del conquistador y alcalde de Guatemala, Bartolomé Becerra, y viuda de Juan Durán. Con esta viuda criolla o española –no se sabe a cabalidad dónde nació– Bernal sí contrajo nupcias cuando tenía alrededor de 40 años, acaso porque requería la formalidad de un matrimonio para la consecución de mercedes y encomiendas o quizá también porque aspiraba a ocupar una categoría social dentro de la nobleza guatemalteca.

Con Teresa Becerra, Bernal tuvo nueve hijos⁴⁷, al parecer seis hombres y tres mujeres, los que sumados a las otras dos hijas, darían un total de once.

⁴⁶ Bernal Díaz del Castillo, *op. cit.*, Cap. CLVII, p. 70.

⁴⁷ Luis González Obregón, *op. cit.*, dedica un capítulo a la familia de Bernal. Identifica a dos de sus hijos – Francisco, que sustituyó a su padre como Regidor de Santiago de Guatemala, y a Pedro, que fue Contador y Oficial de la Real Hacienda, pero que al parecer llevó una vida pobre– y a un bisnieto, Francisco Antonio de Fuentes y Guzmán, autor de la *Recordación florida*. Pero Carmelo Sáenz de Santa María, por su parte, consigna en *Historia de una historia*, que la familia “Era realmente numerosa... García Granados llegó a localizar nueve hijos, seis varones y tres hembras, nacidos en el seno del matrimonio con Teresa Becerra, hija de Bartolomé Becerra y madre india. Ésta tenía además una hija –Isabel– fruto de su primer enlace con Juan Dorantes. Bernal –por su parte– tenía tres hijos de una o varias indias solteras”, *op. cit.*, p. 102.

Los hijos legítimos son Francisco Díaz del Castillo, Juan Becerra del Castillo, Pedro del Castillo Becerra –el único que no fue encomendero– Jerónimo Becerra o Jerónimo Díaz del Castillo, Mateo Díaz del

No obstante, al parecer, hay otra mujer entre doña Francisca y la señora Becerra, llamada Angelina, quien fue quizá quien le dio al mestizo Diego Díaz. Otro hijo que Bernal “le hubo siendo soltero y en mujer soltera india”⁴⁸ y quien más tarde fue legitimado por Felipe II. Se le hizo merced de que se le concediese un corregimiento, pero dado que no se le cumplió, se le propuso para una receptoría en la Audiencia de México, dado que “él se había criado y ejercitado en el oficio de la pluma en esa Audiencia”.⁴⁹ Más tarde, sorpresivamente, se le concede una pensión perpetua y un blasón nobiliario, y se piensa, vive en la casa del segundo virrey de la Nueva España, Luis de Velasco.⁵⁰

Por su parte, Angelina era una indígena que Bernal conoció cuando éste se estableció en la provincia de Guatemala, alrededor de los años cuarenta. Según unos, a principios; según otros, a finales.⁵¹ No obstante, antes de irse a vivir definitivamente a Guatemala, donde debe haber pasado alrededor de unos cuarenta años, Bernal se avecinda, por los años de 1522 ó 23, en un pueblo que estaba junto al río Coatzacoalcos y al que ponen por nombre Villa del

Castillo, Bartolomé Becerra –sacerdote–, y las hijas, Clara Becerra, Inés Díaz del Castillo y María Díaz del Castillo.

⁴⁸ *Historia...*, ed. crítica de Barbón Rodríguez, *op. cit.*, Documentos, p. 1064.

⁴⁹ *Ibid.*, p.1063.

⁵⁰ Según Carmelo Sáenz de Santa María, Édgar Juan Aparicio y Aparicio, en su *Bernal Díaz del Castillo y sus descendientes*, México, 1959, 1ª ed., concuerda con los 9 hijos legítimos de Bernal, pero establece que los ilegítimos son sólo dos: Teresa y Diego. *Op. cit.*, p. 102.

⁵¹ Miguel León Portilla, en el “Estudio Introductorio” a la *Antología de la Historia verdadera...* México, Conaculta, 2000, p 26, dice que desde 1541 Bernal llegó a Guatemala. Sin embargo, Joaquín Pardo, en la Probanza de Martín Gaspar, cuyo original está en el Archivo Colonial, establece que Bernal, al momento de comparecer, declara: “y porque este testigo después de diez años vino a esta ciudad (es decir, llegó a Guatemala en 1548), donde ahora es vecino”. Véase “Nota” en Bernal Díaz del Castillo, *Historia...op. cit.*, p 477. Joaquín Ramírez Cabañas por su parte dice que “no se sabe en qué fecha fue a radicarse a Guatemala...pero debe haber sido después del año 39” en “Introducción”, Bernal Díaz del Castillo, *op., cit.*, p. 10.

Espíritu Santo.⁵² De este pueblo, en el quizá Bernal pensó ya vivir en calma, gozando de las bondades del triunfo, fue Regidor. Pero sólo por un breve tiempo, acaso un par de años, pues Cortés le ordena, como se sabe, seguirlo a la infortunada expedición a las Hibueras, en contra de Cristóbal de Olid. Sin embargo, antes de emprender este viaje, Cortés le concede a Bernal el pueblo de Tlapa que contaba con alrededor de 1,000 casas. De igual forma, el gobernador Marcos de Aguilar le concede, en premio a sus servicios por la pacificación de Chiapa, el pueblo de Chamula que tenía alrededor de 400 casas, y por último, el tesorero Alonso de Estrada le concede dos estancias de 100 casas cada una ; en total, 1,600 casas.⁵³

Por desgracia, a la vuelta de las Hibueras, año de 1526, encuentra que el capitán Baltasar de Osorio lo ha despojado, a la fuerza, del pueblo de Tlapa para agregarlo a la provincia de Tabasco, y que el capitán de Chiapas, Diego de Mazariegos, hace lo mismo, pocos años después, con el de Chamula y con las estancias. Él comienza entonces una serie de gestiones en aras de recuperar los bienes perdidos, pero los resultados son de poco provecho.

Más tarde, el 3 de abril de 1528, se le concede la encomienda de los pueblos de Gualpitan y Micapa, en la provincia de Cimatlán, y el pueblo de Popoloatan, en la provincia de Centla.⁵⁴

⁵² Según Bernal, pusieron por nombre Villa del Espíritu Santo, porque en Pascua Santa del Espíritu Santo desbarataron a Narváez y porque el santo nombre fueron sus apellidos cuando lo prendieron y desbarataron. Con el tiempo, “se fue despoblando Guazacualco; y con haber sido la mejor poblazón y de generosos conquistadores que hubo en la Nueva España, es ahora una villa de pocos vecinos”. Véase Bernal Díaz del Castillo, *op. cit.*, Cap. CLX, pp. 96 y 97.

⁵³ Le conceden el pueblo de Tlapa según cédula del 20 septiembre de 1522; Chamula en 1523, las estancias, según cédula del 3 de abril de 1528. *Cfr.* Bernal Díaz del Castillo, *op. cit.*, pp. 12, 15, 408, 410, 412, 417, 418, 419 ; en Barbón Rodríguez, *op. cit.*, pp. 825, 816, 818, 835; en Sáenz de Santa María, *op. cit.*, p. 95 y 96.

⁵⁴ “Introducción” por Joaquín Ramírez Cabañas en Bernal Díaz del Castillo, *op. cit.*, p. 12.

Luego, los años treinta, son para Bernal de pleitos y reclamaciones. En 1540, se ve precisado a emprender su primer viaje a España. Va a la metrópoli pues en las colonias tal parece que no se resuelve nada. Todo requiere autorización de los funcionarios del Consejo de Indias. Consigo lleva, para su defensa, dos cartas de recomendación que le dan Hernán Cortés y el primer virrey Antonio de Mendoza. En la primera, Cortés dice:

por manera que en todo a trabajado y serbido muy bien como yo soy buen testigo; y quando gobernaba dile dos pueblos en la provincia de Quazaqualco, é después que gobernó el tesorero Alonso de estrada se los tomaron para la población y sustentamiento de dos villas que se poblaron y nunca hasta agora le an dado otros en recompensa; de cuya causa ha pasado y pasa muchos trabajos y necesidades él y sus hijos.⁵⁵

En la segunda carta, el virrey confirma lo dicho por Cortés:

y porque se le quitaron ciertos pueblos que él tenía encomendados, los cuales dizque se le quitaron para la población de las villas de Chiapa y Tabasco. Y así por ser buena persona, como por lo que á su Magestad en estas partes ha servido, suplico á vuestra reverendísima señoría y mercedes lo manden favorecer para que su Magestad sea servido de mandarle dar de comer, pues lo ha servido.

Llega a la corte con muchas esperanzas de resolver sus asuntos, pero casi todo le es adverso. A pesar de las cartas, no consigue satisfacer a plenitud sus demandas. Le dan soluciones que pudieran interpretarse como amañadas –aquí es cuando lo desconocen como conquistador– y lo hacen dar una y mil vueltas. Turnan su caso a Valladolid, hasta que, finalmente, le encomiendan los pueblos de Zacatepequez, Jozagazapa y Mistán.

En este primer retorno a España, uno puede suponer que si Bernal estuvo en Valladolid fue a Medina del Campo, su tierra natal, ya que ésta

⁵⁵ Así la carta de Cortés, Marqués del Valle, como la del virrey Antonio de Mendoza están fechadas en febrero de 1539. Véase Bernal Díaz del Castillo, *op. cit.*, pp. 413 y 414; en Barbón Rodríguez, *op. cit.*, p. 820.

estaba a sólo unos cuantos kilómetros. Y podemos imaginar también la alegría que le dio volver a estar entre los suyos, la emoción de recorrer los lugares en que creció y jugó de niño, el reencuentro con algún viejo amigo, con algún sabor u olor olvidado... Pero a nada de esto hace alusión el soldado. Porque Bernal casi nunca habla de sí mismo. Quizá porque consideraba que su vida no estaba a la altura de la historia que relataba, o porque llamaría a risa, o a sonrisa, el que introdujera pasajes sentimentales o amorosos. No es de conquistadores ni de historiadores, descubrir este tipo de emociones. ¿O será porque existe algo más real y concreto como pudiera ser el ocultamiento de algún origen judío que lo involucrara verdaderamente en problemas serios?

Una década después, realiza su segundo viaje a España. Pero en esta ocasión va con el propósito de participar en la Junta de Valladolid, donde se debaten los temas de la esclavitud y la encomienda. Allí, contra la opinión del gran dominico fray Bartolomé de las Casas, Bernal Díaz del Castillo sostiene que la encomienda debe concederse a perpetuidad.

En España, aprovecha su estancia para ver asuntos personales y logra que se le conceda un corregimiento en Guatemala. Tiempo después consigue cargos en la administración política de la región, -llega a Guatemala en noviembre de 1541- se casa, y comienza a mejorar su condición social. Bernal era, recordemos, prácticamente un don nadie, uno más del montón, uno de los 508 soldados que habían llegado con Cortés, veinteañero, o acaso menor, sin rango militar, y aunque presumía de cierto linaje, la verdad es que no despuntaba en nada. Ciertamente que en la *Historia*... él cuenta que Cortés lo distinguía, pidiéndole de cuando en cuando algún consejo por su experiencia, y

cierto también que él aparece en el libro como un protagonista. Pero no podía ser de otra manera. Es su memoria, su historia, su punto de vista.

Lo nombran, pues, Regidor y Visitador de las provincias y villas de la jurisdicción del Coatzacoalcos, –algunas veces él se llama procurador síndico– y luego Regidor de la ciudad de Santiago de Guatemala. Poco después, también se le da el cargo de Fiel-ejecutor durante un año, en esta misma población; Bernal conoce a los funcionarios de la Real Audiencia de los Confines –la que se establece en Santiago de Guatemala– y a los miembros del Cabildo, y es de suponer que haya hecho vida social con ellos. Además, como español, y en un lugar apartado, seguramente pudo codearse con alcaldes, oidores, fiscales, factores y, por supuesto, con otros encomenderos y con los personajes de la Iglesia, que por allá eran los frailes dominicos.

Dentro de las funciones de sus cargos, lee y revisa documentos, firma actas, resuelve pleitos y asiste a las sesiones de cabildo que se celebran anualmente. En los pueblos de su encomienda, parece que trata bien a los indios, pues en una carta al singular y atrevido fraile Las Casas, afirma:

que si V.S. lo viese agora qué gozo ternía é cómo lo sabría decir á su magestad é á esos señores del consejo de yndias en su real nombre, é digo también que V.S. me loaría muy dello como en todas partes me loan y aún aca en la real audiencia; estos religiosos que lo saben para dar más exemplo a otros encomenderos que lo agan como yo..."⁵⁶

En relación con el padre Las Casas, Bernal, efectivamente, va a estar distanciado de él –ya lo hemos dicho– por su posición respecto de la encomienda, pero, por otro lado, va a estar cerca –y así va a quedar en la Historia– por su defensa de los indios, al quebrar el hierro con que brutalmente

⁵⁶ Carta de Bernal Díaz del Castillo a fray Bartolomé de las Casas, Guatemala, 20 de febrero de 1558, en Bernal Díaz del Castillo, *op. cit.*, p. 451.

los españoles marcaban a aquellos –incluso en la cara– para saber quién estaba sujeto a las barbaries y degradaciones de la esclavitud. En el capítulo CCXIII, Bernal cuenta, de modo increíble y revelador, cómo se cometían toda clase de locuras, aun con el consentimiento de la Iglesia, y cómo

hubo grandes fraudes sobre el herrar de los indios, porque como los hombres no somos todos muy buenos, antes hay algunos de mala conciencia, y como en aquel tiempo vinieron de Castilla y de las islas muchos españoles pobres y de gran codicia, y caninos y hambrientos por haber riquezas y esclavos, tenían tales maneras que herraban los libres; y para que mejor se entienda esta materia, en el tiempo que gobernaba Cortés, antes que fuésemos con él a las Hibueras, había rectitud sobre el herrar de los esclavos, porque no se herraban sin primero saber muy de cierto si eran libres ⁵⁷

Pero, a su regreso, después que fueron a las Hibueras, o a Honduras que es lo mismo, donde estuvieron cerca de dos años y medio, el desastre que encontraron les alarmó, pues los españoles que habían quedado en México le dieron rienda suelta al hierro, marcando prácticamente a cuanto indígena se les puso enfrente.

Y fue tanta la disolución que sobre esto hubo que los primeros que en la Nueva España quebramos el hierro del rescate fue en la villa de Guazacualco, donde en aquel tiempo era yo vecino, porque cuando esto pasó había más de un año que había vuelto a aquella villa de la jornada que hicimos con Cortés, y como regidor más antiguo y persona de confianza me entregaron el hierro para que lo tuviese yo y un beneficiado de aquella villa, que se decía Benito López; y como vimos que la provincia se disminuía, y las cautelas de los caciques y algunos encomenderos traían para que les herrásemos los indios por esclavos, no lo siendo, muy secretamente quebramos el hierro sin dar parte de ello al alcalde mayor ni al cabildo ⁵⁸

Por fortuna, luego se pone de parte de ellos el obispo de Santo Domingo, Sebastián Ramírez, y se consigue que se erradique el herrar de

⁵⁷ Bernal Díaz del Castillo, *op. cit.*, Cap. CCXIII, p. 388.

⁵⁸ *Ibid.*, Cap. CCXIII, p. 389.

esclavos que, junto con el aperreamiento, son dos de las más grandes salvajadas llevadas a cabo por los españoles en contra de los indígenas.

Se prohíbe el herrar de indios en toda la Nueva España, y Bernal y su compañero disfrutaban enormemente su atrevido lance. Los otros conquistadores no se explican la causa por la que les han quitado esa merced, hecha por Su Majestad, y entonces se dedican a despotricar en contra de Bernal, y de Benito, y los acusan de malos republicanos y de no ayudar a la villa y de que por eso merecían ser apedreados. “Y todo lo que decían –cuenta Bernal– nos reíamos.”⁵⁹

1.5. Vejez.

Pero, por otra parte, desde entonces, comienza ya nuestro soldado a forjarse su propia leyenda, y se proclama el más antiguo conquistador de cuantos en el Nuevo Mundo son y han sido. En uno de los capítulos finales de su *Historia...* dice:

y entre los fuertes conquistadores mis compañeros, puesto que los hubo muy esforzados, a mí me tenían en la cuenta de ellos, y el más antiguo de todos, y digo otra vez que yo, yo, y yo, dígolo tantas veces, que yo soy el más antiguo y lo he servido como muy buen soldado a Su Majestad, y diré con tristeza de mi corazón, porque me veo pobre y muy viejo y una hija para casar y los hijos varones ya grandes y con barbas y otros por criar...⁶⁰

Esta misma idea de la pobreza, líneas más adelante, hablándole a la posteridad, Bernal la reitera: “y hágoos saber, excelente Fama, que de todos los que he recontado, ahora somos vivos de los de Cortés cinco, y estamos muy viejos y dolientes de enfermedades, y lo peor de todo muy pobres y

⁵⁹ *Idem.*

⁶⁰ *Ibid.*, Cap. CCX, p. 365.

cargados de hijos e hijas para casar, y nietos, y con poca renta, y así pasamos nuestras vidas con trabajos y miserias.”⁶¹

Y de igual modo, en la reveladora carta a fray Bartolomé de las Casas, Bernal no se cansa e insiste y persiste y vuelve a decir:

agora quiero dar cuenta de mi vida y es que estoy viejo y muy cargado de hijos, é de nietos, é de muger moza, é muy alcanzado por tener probe tasación, soy regidor desta ciudad como V.S. sabe é agora soy fiel é ejecutor por quel audiencia real me proveyó dello por un año con botos que tuve para ello del cabildo, é yo lo ago muy justamente é tengo buena fama dello...”⁶²

Sin embargo, todo este asunto de la pobreza es necesario pensarlo con mucha mayor calma y detenimiento. En primer lugar, porque si Bernal cuenta con un cargo como el de Regidor, es muy probable que él hubiera tenido ciertas facilidades para procurarse una mejoría en su situación económica. No que él hubiera robado o cometido fraude, sino que en su condición de español, que sabía leer y escribir, amén de su cargo, le hubiera permitido encontrar alguna otra actividad adicional que le remunerara algún otro tipo de ingreso. No obstante, si esto no fue así, no hay que olvidar que él era un encomendero, es decir, un hombre que tenía tierras, indios, caballos y que, sin duda, esto le permitía vivir y no vivir tan mal.

En la misma carta al dominico, hay unas líneas que no dejan de llamar la atención, dado que si Bernal en realidad estaba pobre, difícilmente hubiera ofrecido lo que dice, algo que por un instante parece un soborno, pues le pide al religioso que intervenga para que, por mediación suya, le concedan

⁶¹ *Ibid.*, Cap. CCX, p. 367.

⁶² Carta de Bernal a Las Casas, Guatemala, 20 de febrero de 1558, Bernal Díaz del Castillo, *op. cit.*, p. 453.

definitivamente el cargo de Fiel-ejecutor, y a cambio, él le envíe “para ábitos más de doscientos pesos; porque sé que V.S. tiene necesidad.”⁶³

Por otro lado, Francisco A. de Icaza, al dar a conocer el registro que llevaba el primer virrey Antonio de Mendoza, de todos cuantos llegaban a solicitarle mercedes, encuentra que de 1,385 personas, sólo 15 ó 20 reconocen y aceptan que no tienen apuros económicos.⁶⁴

Y una última consideración, respecto de la pobreza legendaria de Bernal, nace de la lectura de las muchas mercedes reales que le fueron concedidas a lo largo de su vida. Porque nuestro soldado obtuvo de la Corona, no sólo exención de derechos de almojarifazgo, sino cargos, oficios y corregimientos para la persona que se casare con una de sus hijas, y sobre todo, lo que se consigna en una de las Reales Cédulas de 1551, que a la letra dice: “Bernal Díaz, vecino de esa ciudad de Santiago de Guatemala, me ha hecho relación que él está enemistado en esa tierra con algunas personas, a cuya causa tiene necesidad de traer consigo en su guarda y compañía hasta dos criados con armas ofensivas y defensivas.”⁶⁵ Lo cual finalmente se le concedió y se le mejoró, pues el permiso se hizo extensivo para todas las Indias, Islas y Tierra Firme de la Mar Océano por un plazo de seis años. Por eso, si en verdad Bernal tenía mucha necesidad, ¿cómo es, entonces, que requiere, para su protección, de guardas y de armas defensivas y ofensivas? ¿Es que puede un pobre tener guardas, armas, indios, tierras, cargos, caballos, y quién sabe cuántas cosas más? No. La verdad es que Bernal es ya un

⁶³ *Idem.*

⁶⁴ Cfr. Francisco A. de Icaza, *Conquistadores y Pobladores de Nueva España. Diccionario Autobiográfico*, México, Aviña Levy, 1969, 2 v., pp. 11-57.

⁶⁵ Bernal Díaz del Castillo, *op. cit.*, Reales Cédulas de 1551, p. 439.

hombre con muchos recursos, con una gran experiencia, un gallo muy jugado quiero decir, y por eso sabe cómo conseguir todo aquello que se propone. Aquel joven de veintitantos años, inexperto, que llegó a las costas mexicanas con el corazón ardiente y la cabeza llena de ilusiones por cumplir, ha cambiado. Largo y difícil ha sido el camino que ha recorrido, pero igualmente lleno de satisfacciones y experiencias.

Sin embargo, a Bernal lo ha cambiado no sólo el tiempo, sino la distancia. Ahora es otro por virtud de los ríos, los árboles, los cielos y los soles. El trópico veracruzano y el temblor de la tierra guatemalteca le han otorgado una segunda naturaleza. Atrás, muy lejos, quedaron las sobrias y áridas mesetas castellanas con sus campiñas clásicas, hechas fundamentalmente de vides y olivos. Los conventos y los viejos caserones, los aleros y las hornacinas, los castillos y los muros almenados son ahora sustituidos por una infinidad de verdes y de sombras, de aguas y de voces. Voces y lenguas que influyen en el temperamento de Bernal, pues él es también otro por virtud de las lenguas indias. Aquí en el Nuevo Mundo pasa la mayor parte de su vida y aquí es donde él va a recibir a la Muerte. Veinte años en tierras de España; sesenta, en tierras de América.

Las barbas le han crecido y la vista se le ha ido apagando. Pero, no sabemos nada más. No sabemos cómo eran sus ojos, nariz y frente. Cuál el tono de su piel, el color de sus cabellos, la forma de su boca. El bigote, si lo usaba, ¿era poblado o corto? Lástima que no dejara una descripción de sí mismo, como aquellas magníficas que escribió de Moctezuma, Cuauhtémoc o Cortés. Sólo hay un par de líneas, medio perdidas a la mitad de la *Historia*, por las que podemos saber cuál era su estatura. Aparecen cuando Cortés pregunta

a los tlaxcaltecas acerca de su origen y estos le responden que, en tiempos pasados, habitaban allí hombres y mujeres de muy altos cuerpos y de muy grandes huesos. Pero como estos gigantes habían sido malos y de muy malas maneras, entonces ellos decidieron matarlos.

Los tlaxcaltecas van a desenterrar uno de esos zancarrones y se lo muestran a los españoles, quienes, asustados, no dejaban de contemplarlos por todos lados. Uno de ellos era el que correspondía de la rodilla a la cadera, y entonces, Bernal dice, “yo me medí con él y tenía tan gran altor como yo, puesto que soy de razonable cuerpo.”⁶⁶

No obstante, fuera de esta referencia, no tenemos ninguna otra que nos haga conocer cómo era en realidad, físicamente, Bernal Díaz del Castillo. Hay un retrato, sin embargo, que durante el siglo pasado circuló durante buen tiempo como la imagen verdadera del conquistador. En él aparece un hombre de ojos vivarachos y de una gran barba cerrada, tupida, que contrasta con la desnudez de la frente amplia y con la cabeza no muy lejos de quedar calva. Una espectacular gola circunda la barba y una armadura de hierro cierra el retrato. Éste se reprodujo en varias ediciones, incluso en una del conocido historiador Genaro García, y formó parte de un regalo oficial hecho por el gobierno de Guatemala al de México.

En Medina del Campo también, en su tierra natal, en uno de sus extremos, hay una glorieta pequeñita, en la que se colocó un busto, resguardado a sus espaldas por un torreón que simula ser uno de los del Castillo de la Mota, y en donde se ve al soldado, con almete, frente ancha y

⁶⁶ *Ibid.*, Cap. LXXVIII, p. 227.

labios breves, y con una mirada firme y una barba, cuyo parecido al retrato es muy próximo.

Con todo, poco después de estallada la Revolución, don Luis González Obregón, uno de los investigadores que más trabajó y más datos fue capaz de reunir acerca de Bernal, publicó un trabajo, en el que aclaraba que tal retrato no era de Bernal, sino de un caballero francés, llamado Guillermo de Launoy, que aparecía en el libro *Los alrededores de París*, traducido y publicado por Ignacio Cumplido en el año de 1854.⁶⁷ Cosas de la historia. De la historia y la fábula de Bernal Díaz del Castillo, quien con su vida parece brincar continuamente de la realidad a la leyenda, y de ésta de nueva cuenta a la historia.

Al final de la década de los cincuenta –1557–, cuando Bernal ya tiene alrededor de 60 años, comienza a escribir la *Historia*. A esa edad, incluso años antes –1552– él ya se consideraba en senectud.⁶⁸ Y según González Obregón, “estaba casi ciego”.⁶⁹ Si a esto agregamos el que se ha puesto en duda su existencia como conquistador, y no sólo eso, sino su existencia misma, como alguna vez contó –refiere don Luis González– el famoso abate Brasseur de Bourbourg⁷⁰, entonces no tendremos otro personaje sino al Homero de las letras mexicanas, es decir, aquel poeta épico que va a cantar, en lengua española, la gesta de la Conquista. Sea como fuere, lo que sí se acepta con mayor consenso es que la obra se terminó de escribir en 1568, como él lo

⁶⁷ Luis González Obregón, *op. cit.*, p. 78.

⁶⁸ Carta al Emperador don Carlos, 22 febrero 1552, Bernal Díaz del Castillo, *op. cit.*, p. 441.

⁶⁹ Luis González Obregón, *op. cit.*, p. 48.

⁷⁰ *Ibid.*, p. 28.

señala en los capítulos CCX y CCXII. Y según Ramón Iglesia⁷¹, una primera versión probablemente estaba ya lista desde 1563. Sin embargo, como todos sabemos, la *Historia...*, en su edición príncipe, no aparece sino hasta 1632, en Madrid,⁷² en la “Imprenta del Reyno”, y se debió a las manos del fraile mercedario Alonso Remón.

Para entonces, Bernal ha muerto. Es decir, el sueño que tuvo de verse convertido en autor de un libro, de tener entre sus manos la obra impresa, no se llega nunca a realizar. Y la fama, la gloria, no la alcanza, sino muchos años, siglos después. Pero esa gloria y esa fama han sido como pocas. Porque, escasos son los autores que con un solo libro, o un solo poema, alcanzan tal fama imperecedera.

En los años de aparente tranquilidad, cuando ya ha pasado la etapa fuerte de los pleitos y reclamaciones, cuando ya han concluido los viajes a España, cuando quizá Bernal se dedicaba a platicar, sólo a platicar y a recordar sus glorias pasadas, con españoles y guatemaltecos, es cuando le viene el impulso de poner por escrito aquellos recuerdos que no lo dejan en paz y que quizá lo atormentaban.

Largos años pasaron, poco más de una década, pero desde entonces, sólo trae en el pensamiento la realización de una obra que, según él mismo cree, vino a cumplir en el mundo. Desde entonces, quizá, ya no le importa nada, sino dedicar su vida, su mítica vida, a escribir la historia que lo sobreviva, el libro inmortal que lo incluya, así en el recuerdo de sus hijos como en el de la

⁷¹Ramón Iglesia, “Introducción al estudio de Bernal Díaz del Castillo y de su *Historia Verdadera*.” *Filosofía y Letras* 1 (1941), p. 133.

⁷² Existe otra edición, impresa también en Madrid, pero sin fecha, que algunos historiadores consideran es la primera. Joaquín Ramírez Cabañas piensa que la edición sin fecha, probablemente también es del año 1632, pero González Obregón cree que puede ser de 1632 a 1665 por estar dedicada a Felipe IV. La siguiente edición, también madrileña, apareció hasta 1795.

olvidadiza humanidad. Por eso, en uno de los capítulos últimos, escribe: “Y gracias a Dios y a Nuestro Señor Jesucristo que me escapó de no ser sacrificado a los ídolos y me libró de muchos peligros y trances para haga ahora esta memoria o relación.”⁷³Y en la nota, o especie de prólogo⁷⁴, que se cree fue escrita por el hijo, por Francisco, se lee: “y porque soy viejo de más de ochenta y cuatro años y he perdido la vista y el oír, y por mi ventura no tengo otra riqueza que dejar a mis hijos y descendientes salvo esta mi verdadera y notable relación.”⁷⁵

Cuando concluye el libro, ahora sí cree que puede morir en paz, y lo hace, según otro enigma o fábula que corrió durante muchos años, en por lo menos siete fechas distintas.⁷⁶ En una de ellas se afirmaba que había muerto a los 104 años de edad, cosa que el historiador González Obregón creía como un hecho no “imposible ni aun improbable”.⁷⁷ Sin embargo, si nos ateníamos a que desde 1577 no aparecía su firma de Regidor en ningún documento oficial de la época, y si considerábamos que en 1583 aparece su nombre como testigo en un pleito judicial y luego ya no lo hace, entonces se podía concluir que su muerte había ocurrido alrededor de esos años.

⁷³ Bernal Díaz del Castillo, *op. cit.*, Cap. CCVI, p. 356.

⁷⁴ Esta Nota no existe en el manuscrito original, el de puño y letra de Bernal, que se encuentra en el Archivo de la Municipalidad de la ciudad de Guatemala.

⁷⁵ Si Bernal tiene 84 años en 1568, cuando terminó el libro, entonces, nació en 1484, y habría vivido, si murió en 1584, justamente 100 años, un siglo.

⁷⁶ Las fechas que se han dado respecto de la muerte de Bernal son 1568, 1574, 1582, 1583, 1584, 1593 y 1602. *Cfr.* Carmelo Sáenz de Santa María, *op. cit.*, p. 108; Alberto María Carreño, *Bernal Díaz del Castillo*, México, Xóchitl, 1946, *Vidas Mexicanas*, p. 184; Luis González Obregón, *op. cit.*, pp. 17 y 24; R.B. Cunninghame Graham, *Bernal Díaz del Castillo*, Buenos Aires, Interamericana, 1943, p. 247; Ignacio RomeroVargas Yturbide “Estudio crítico sobre la Historia de Bernal Díaz” en *Exploraciones y Conquista en México y Centroamérica*, México, Sociedad Mexicana de Geografía y Estadística, 1972, p. 180; Herbert Cerwin, *Bernal Díaz, historian of the conquest*, Norman, University of Oklahoma Press, 1963, First edition, p. 220; Bernal Díaz del Castillo, *op. cit.*, p. 11.

⁷⁷ Luis González Obregón, *op. cit.*, p. 24.

Joaquín Pardo, al revisar el “Libro del Cabildo”, correspondiente al periodo de 1577 a 1588, encontró que nuestro conquistador votó, en 1583, para la elección de los alcaldes, y aunque no está firmado el voto y Bernal no asistió a los demás cabildos que se realizaron durante ese año, se consideraba que él aún vivía, dado que su nombre y su voto, de nueva cuenta aparecía en enero de 1584. No obstante, poco después, su hijo Francisco asume el cargo de Regidor, en virtud de que su padre –así él lo comunica– agoniza en ese momento.

De esta manera, la fecha de su muerte que mayor aceptación tenía – antes del hallazgo de Vicenta Cortés en la Probanza de méritos y servicios de Marcos Ramírez– era precisamente la de este año. Pero ella encontró, por fortuna, hace cerca de medio siglo, en un acta de cabildo incluida en la Probanza dicha –pues Ramírez aspiraba a la vacante de Regidor que había dejado vacante nuestro autor– que Bernal había muerto precisamente la noche del viernes 3 de febrero de 1584, año en que, por cierto, se sustituía en gran parte del mundo el calendario juliano por el gregoriano y año en que tal vez también se suscitarían diversas interpretaciones míticas, pues los días, el Tiempo, se dislocaban como por arte de magia. Un acontecimiento que, a su vez, de igual modo, muy probablemente también contribuyera a acrecentar la leyenda del “soldadote inspirado”⁷⁸ como le llama Alejo Carpentier a Bernal.

El acta que descubrió Vicenta Cortés, tras despertar su curiosidad por la aplicación del nuevo calendario y leer en la siguiente línea el nombre de nuestro autor, es la siguiente:

⁷⁸ Alejo Carpentier, “Papel social del novelista” en *La novela latinoamericana en vísperas de un nuevo siglo y otros ensayos*, México, Siglo XXI, 1981, 2ª ed. p. 44.

En la ciudad de Santiago de Guatemala de las Indias del Mar Océano, viernes en la noche podría ser entre las nueve y las diez horas de ella, tres días del mes de febrero año del Nacimiento de Nuestro Salvador Jesucristo, de mil y quinientos y ochenta y cuatro años de la intercalación de los diez días, yo Juan de Guevara, escribano de S.M. público y del cabildo de esta ciudad, doy fe y verdadero testimonio a todos los señores que la presente viesan, como vide el cuerpo muerto de Bernal Díaz del castillo, vecino y regidor que fue de esta ciudad, y se abrió su testamento que hizo cerrado ante mí y ante la justicia ordinaria de esta ciudad agora poco ha, precediendo información primero, según en los autos se contiene, a que me refiero, y vide que lo querían amortajar para enterrallo mañana sábado.⁷⁹

Y si murió en esta fecha, de su propia muerte quizá, como él mismo dice de otros conquistadores, y nació en 1496, entonces, se le dio tierra a los 88 años de su edad. Lamentablemente, no se ha encontrado el documento que lo certifique ni el sitio en el que se le enterró. Durante algún tiempo se pensó que su tumba podría estar dentro de la Catedral, en La Antigua, en alguno de los nichos o pilares, junto a la Capilla Mayor, pero las continuas revueltas que asolaron a Guatemala, en las que se abrieron los sepulcros y se exhumaron los cadáveres con el propósito de encontrar algún tesoro, hicieron que sus restos se perdieran para siempre. Las lápidas se extraviaron, se rompieron y luego todo se confundió. Más tarde, el río se encrespó, desbordó su cauce y arrasó con todo cuanto encontró a su paso. Bernal entonces se perdió y se fue como quien se va entre la fábula y la realidad.

⁷⁹ Vicenta Cortés, "Cuándo murió Bernal Díaz del Castillo" en *Boletín Americanista*, Universidad de Barcelona, Facultad de Filosofía y Letras, Años IV-VI, Núm. 10-18 (1962-1964), p. 24.

Capítulo II

Formación literaria

Nunca se ha logrado descifrar bien a bien cuál fue la formación escolar de Bernal. Si fue a la escuela cuando niño es algo que todavía se ignora. Las investigaciones hasta la fecha no pueden precisar si sólo aprendió con familiares y amigos, o acaso algún protector, o si en realidad para él y sus padres, la escuela –como para muchos nobles– no tenía ninguna importancia. El ejercicio de las armas era lo que se tenía por digno e ilustre. El saber y el hacer eran considerados las más de las veces cosa de plebeyos o gente de no muy buen gusto. Ruin y bajo, todo aquel que se dedicara a algún quehacer u oficio, y Bernal era hijo del Regidor de Medina del Campo y su familia había sido servidora de la Corona Real y los Reyes Católicos.

No obstante, si Bernal niño fue a la escuela, es muy probable que se haya formado bajo una instrucción latina, pues era la que imperaba en el mundo medieval de entonces. España, como la mayor parte de los países europeos, vivía regida en gran medida por una cultura que era la que se había producido en el Lacio. La enseñanza de la retórica, pero sobre todo de la gramática, eran las asignaturas corrientes que los alumnos cursaban en las escuelas básicas de la época.

“En el nivel escolar inferior –las escuelas preuniversitarias o elementales– la gramática –dice James J. Murphy en su libro *La retórica en la Edad Media*⁸⁰– tenía tal supremacía, que aún hoy día la expresión ‘escuela

elemental' es sinónimo, en algunos países, de 'escuela gramatical'." Ciertamente, sólo hay que aclarar que la gramática, tal y como la entendemos hoy, no correspondía al concepto que de ella se forjaban los profesores medievales, ya que ésta consideraba no sólo el estudio de las normas y preceptos para el buen uso del idioma, –o para su uso correcto como quieren algunos gramáticos actuales– sino que abarcaba al propio tiempo el análisis y apreciación de lo que nosotros hoy entendemos como literatura y que ellos llamaban "la interpretación de los poetas". De esta manera, el *grammaticus* era no sólo un profesor de gramática propiamente, sino también de literatura, y en algunos casos, más de ésta última rama que de la primera.

La retórica, por su parte, era más propia de los niveles superiores o universitarios, pero algunas figuras y tropos era posible enseñarlos en los grados primeros de la educación básica. Así, los alumnos no se ejercitaban en la totalidad de las categorías planteadas por la *Rhetorica ad Herennium* del pseudo Cicerón, o por el *Barbarismus* de Elio Donato –la otra gran obra de retórica del Medioevo– aunque sí conocían los principios generales por los que se formaban algunos tropos y figuras para lograr la dignidad del estilo. De las treinta y cinco figuras retóricas, diez tropos y otras diecinueve figuras de pensamiento que se consignan en la *Rhetorica* (100a.C.– 95 d.C.), y de los catorce metaplasmos, diecisiete figuras de dicción y trece tropos que establece el *Barbarismus* (350d.C.), es muy posible que el alumno promedio haya manejado sólo la mitad de esos adornos, cuando no una tercera parte, aunque lo importante en su uso no era el número, sino la comprensión de cómo se

⁸⁰ James, J. Murphy, *La retórica en la Edad Media*, México, FCE, 1986, p. 184.

producía el principio de desviación o artificio literario –“color” lo llamaban en la Edad Media– que se requería para embellecer el lenguaje ordinario.

Murphy, en la obra citada, sostiene que la mayoría de los escritores de la época estaban de acuerdo con que la enseñanza de las *figuras* era cosa común y corriente, materia elemental, y con que postularan asimismo que esto era “como algo que todo medieval educado debía haber aprendido en el nivel primario de su formación” ⁸¹

De tal suerte que, si Bernal fue la escuela, es muy probable que haya conocido algunos de estos tropos y figuras o que por lo menos haya oído hablar de ellos en alguna ocasión. Porque de ser así, entonces un eco, una resonancia, alguna reminiscencia guardó de ellos sin duda en su pensamiento y en su oportunidad los aplicó, los recordó o acabó de aprenderlos. De tal manera que, agregado este conocimiento a su instinto natural de escritor, produjo el estilo literario que hoy tanto seduce a propios y extraños.

2.1. El Romancero.

Pero si Bernal no fue a la escuela, entonces es muy importante considerar, en su formación primera, el influjo que tuvo la audición de los romances españoles, esos breves poemas épico-líricos como los llama su más grande conocedor, don Ramón Menéndez Pidal, y que se cantaban al compás de un instrumento para recreo y entretenimiento del pueblo.

Medina del Campo era un lugar de tránsito, de comercio, en el que deambulaban infinidad de arrieros y gente del campo, y en el que continuamente se celebraban fiestas y ferias. De hecho, hoy todavía se conoce

⁸¹ *Ibid.*, p. 192.

a Medina como la Villa de las Ferias. Y si Bernal era un hombre que ya pintaba desde joven en su gusto por la vida, entonces es muy probable que se haya echado a la calle para conocer mundo, para ejercer la vagancia más ardua o para prestar oídos a los versos de los romances. Enamoró así a alguna muchacha, se sintió llamado a realizar algo grande, o se le excitó la imaginación y pudo agrandar el mundo de sus ideas y de su geografía.

Por eso es muy probable que los romances, al igual que los refranes, hayan sido las primeras muestras lingüísticas que le despertaran un gusto por la palabra y que le revelaran un sentido rítmico del idioma. El romance, la copla, el lenguaje en general, se dio cuenta estaba sujeto a una cadencia y compás, y por lo tanto se podía oír y disfrutar. Y como él era un joven que ya comenzaba a gustar del mundo, entonces es muy factible que, amén de las otras cosas que iba descubriendo en la vida, como la música o las mujeres, los romances hayan sido los que se le metieron hasta el alma y se le quedaran para siempre en los oídos. Una música que, como el poeta, la escuchó hermosa dentro de sí todo el tiempo y que, llegada su hora, la expresó clara y sencilla.⁸²

En la *Historia verdadera...* hay varias muestras, indicios, atisbos que claramente señalan el gusto de Bernal por los romances, –y sin duda el gusto de todos los capitanes y soldados españoles– pues para esa época ya se encontraban muy en boga. Uno de ellos es aquel cuando, en su ida a la gran Tenochtitlan, los soldados españoles temen seguir internándose hacia los

⁸² Alejo Carpentier dice que “está demostrado que los romances aludidos por Bernal Díaz del Castillo y por otros cronistas ejercieron una influencia cierta en el metro y la inflexión metódica de las primeras canciones criollas nacidas –por proceso de mestizaje musical– en nuestro continente. Yo mismo he encontrado esa huella en el *Son de la Ma Teodora* que se cantaba en Cuba en la segunda mitad del siglo XVI. Cfr. Alejo Carpentier, *Obras completas*, México, Siglo XXI, 2002, t. XI, p. 400.

dominios de Moctezuma por los peligros que esto representa, y entonces los conquistadores se niegan a continuar adelante y le protestan afanosamente a Cortés. Pero éste, dice Bernal, “les respondió medio enojado que valía más morir por buenos, como dicen los *cantares*, que vivir deshonorados”⁸³

Otra muestra, más clara y evidente, es aquella cuando ocurre el episodio conocido como el de la “Noche triste” y en el que nuestro cronista escribe:

Y en este instante suspiró Cortés con una muy gran tristeza muy mayor que la que antes traía, por los hombres que le mataron antes que en el alto *Cú* subiese, y desde entonces dijeron un *cantar o romance* :

En Tacuba está Cortés
con su escuadrón esforzado,
triste estaba y muy penoso,
triste y con gran cuidado,
una mano en la mejilla
y la otra en el costado.⁸⁴

Pero, sin duda, la más conocida de todas las citas de Bernal, es aquella que recuerda el romance de Montesinos, –que pertenece a la clasificación del ciclo Carolingio y que aparece en la primera parte del libro– cuando, tras navegar por las aguas de los ríos Coatzacoalcos, Alvarado y Banderas, llegan a la isla de San Juan de Ulúa, después de mediodía, y Alonso Hernández Portocarrero, el primer hombre español de La Malinche, le dice a Cortés:

Paréceme, señor, que os han venido diciendo estos caballeros que han venido otras dos veces a estas tierras:

⁸³ Bernal Díaz del Castillo, *op. cit.*, Cap. LXIX, p. 207. Manuel Alvar recuerda que esta respuesta alude a un romance del marqués de Mantua: “Más vale morir por buenos, / que vivir deshonorados” y remite al *Romancero de Hernán Cortés* de W. Reynolds, Madrid, 1967, p. 16. Carmelo Sáenz de Santa María lo recuerda también como el romance de Turpin (*Historia de una historia*, Madrid, Instituto Fernández de Oviedo, 1984, p. 60), lo refiere como perteneciente al ciclo de Roncesvalles (p. 136) y remite a Marcelino Menéndez Pelayo, quien lo cita efectivamente como parte del *Cantar de Roldán*: “¡Cuán poderoso es el ejército contrario y qué pequeña nuestra hueste!/ Tanto mejor, responde Roldán; mi ardor se acrecienta: ¡no permita Dios ni sus Santos Ángeles que Francia pierda su valor por culpa mía! Antes morir que ser deshonorado.”, en *Antología de poetas líricos castellanos*, Santander, Aldus, MCMXLIV, t. VII, p. 263.

⁸⁴ *Ibid.*, Cap. CXLVI, p. 491.

Cata Francia, Montesinos;
cata París, la ciudad;
cata las aguas del Duero
do van a dar en la mar.

Yo digo que mire las tierras ricas, y sabeos bien gobernar'. Luego Cortés bien entendió a qué fin fueron aquellas palabras dichas, y respondió: 'Denos Dios ventura en armas, como al paladín Roldán, que en lo demás, teniendo a vuestra merced, y a otros caballeros por señores, bien me sabré entender'." ⁸⁵

Por último, cuando en la misma ocasión de la derrota española, un día en que Cortés estaba triste y se le acercó un soldado llamado Alonso Pérez, que a la sazón era bachiller pero que después se convirtió en fiscal y vecino de la Nueva España, quien le dijo:

Señor, capitán: no esté vuesa merced tan triste, que en las guerras estas cosas suelen acaecer, y no se dirá por vuesa merced:

*Mira Nerón de Tarpeya
a Roma cómo se ardía...*

Los romances, por otro lado, al igual que los refranes, se conservan en la memoria popular y los hombres, así cultos como iletrados, pero quizás más estos que los primeros, los traen a colación de manera natural cuando se requieren en la conversación. Se ayudan con ellos en la plática y ésta se torna por consiguiente más sabrosa. Los dicharachos, las coplas y los retruécanos, o como en el caso presente, los romances y los refranes, no son otra cosa más que la sal y pimienta de una buena conversación, de una conversación alegre y animada, quiero decir.

El refrán, como el romance, aviva la plática y le da fluidez. Nuestro paladar, por tal motivo, fácilmente le toma el gusto y se hace adicto a él. Y lo mismo ocurre en la expresión escrita, pues así el romance como el refrán, son

⁸⁵ *Ibid.*, Cap. XXXVI, p. 122.

capaces de darle fuerza y vitalidad, incluso a la página que se considere más selecta o mejor escrita. Por eso Cervantes, como Bernal, lo utilizaron con tal instinto en sus obras que sus prosas son hoy, como ayer, una de las prosas mejor aderezadas de la lengua española.

Ramón Menéndez Pidal, en su proemio a la *Flor Nueva de Romances Viejos*, traza una tan interesante observación, que ya no queda duda que el romance, como el refrán, son recursos pueblerinos fundamentales de la conversación. Dice el maestro español:

Los romances estaban tan presentes a la memoria de todos, que sus versos fluían a cada paso, en la conversación ordinaria, como elementos fraseológicos del idioma. Para disculpar benévola­mente las palabras del interlocutor, se decía: *Mensajero sois, amigo, no merecéis culpa, no*, verso de un romance del conde Fernán González; para el disimulo u ocultación, *En figura de romeros, no nos conozca Galván*, verso del romance de Gaíferos; para la indiferencia, *él de nada se dolía*, que es hemistiquio del romance de Nerón.⁸⁶

En los romances, es muy probable que Bernal haya abrevado su gusto por la crónica y la historia. Su idea de celebrar a los héroes y cantar sus hazañas, le vino quizás de su conocimiento del *Romancero* del siglo XVI.

Manuel Alvar, otro estudioso de romances, destaca, principalmente en los fronterizos,⁸⁷ su carácter noticioso –“poesía notici­era” la llama él– una característica que también de algún modo aproxima el romance a la crónica o al género que cultivó nuestro autor. Y quizá un eco del estilo de estos cantos, sencillo y desprovisto de excesos ornamentales, de gran agilidad y fuerza narrativa, se le quedara al soldado escritor trabajando en el pensamiento.

⁸⁶ Ramón Menéndez Pidal, *Flor Nueva de Romances Viejos*, Madrid, Espasa-Calpe, 1975, Col. Austral. Núm. 100, p.36.

⁸⁷ Cfr. Manuel Alvar, *Romancero*, España, Ediciones B, 1987, p. 26.

2.2. Los libros de caballería.

Muy cerca de los romances –por su exaltación de lo heroico, origen popular, uso entreverado de la ficción y la realidad y su tendencia a fabular las hazañas y desventuras– están los libros de caballerías. Libros que leyó no sólo Bernal, sino muchos de sus compañeros conquistadores, pues difícilmente algún español del siglo XVI se sustrajo al influjo de estas historias, llenas de hechos fantásticos.

La primera historia que sin duda conoció Bernal fue el *Amadís de Gaula*, pues no se tiene noticia de que haya leído la *Historia del caballero de Dios que avía por nombre Cifar* ni el *Tirante, el blanco*, libros primeros de caballerías, aparecidos unos años antes de la famosa pasión protagonizada por Amadís y Oriana. El libro había sido escrito por su paisano –natural como él de Medina del Campo– Garci-Ordóñez de Montalvo⁸⁸, y era el libro más leído en la España de entonces.

El hecho de que Garci-Ordóñez y Bernal, dos autores de obras inmortales, hubieran nacido en Medina, en el espacio de apenas unas cuantas décadas, le daba a esa ciudad un alcance y una significación en la historia de las letras españolas como muy pocas ciudades pueden vanagloriarse. Por eso, a Medina no debe considerársele sólo tierra de labradores y comerciantes, sino tierra de novelistas e historiadores. Y quizás habría que agregar de librerías, pues la actividad editorial fue allí ciertamente importante. Bastaría con recordar que el primer libro impreso en Medina –*Valerio de las Historias Escolásticas*, del murciano Diego Rodríguez de Almela– apareció hacia el año de 1511 y que

⁸⁸ En Medina, existe la Casona del Mayorazgo de los Montalvo –edificación del siglo XVI– en la que muy probablemente pasó algún tiempo el autor del *Amadís*, que, algunos, como es sabido, sólo lo consideran un refundidor. No obstante, aun en este caso, a Garci Ordóñez se le debe considerar un notable hombre de letras.

una de las primeras ediciones de la *Hispania Victrix* de Francisco López de Gómara y del *Lazarillo de Tormes* salieron precisamente de las prensas de esta tierra castellana.

¿Qué tenía Medina del Campo para haber producido así a dos extraordinarios hombres de letras? ¿Sería que por sus calles y plazas se podían escuchar las más diversas lenguas y esto desarrollaba el gusto y la capacidad lingüísticos? No olvidemos que no era nada raro ver deambular por Medina, lo mismo a castellanos y andaluces que a vascos o gallegos, o a catalanes y astures, pero también a judíos y mudéjares, y esto le daba al lugar algo así como un don de lenguas que claramente permitía desarrollar las facultades expresivas. ¿Cómo era posible que se entendieran en los más diversos idiomas, los hombres también de los más diversos orígenes? Es posible que esto también influyera de alguna forma en la educación lingüística y literaria que recibía Bernal en la calle. Comenzó entonces el niño, o el joven, a jugar con las palabras, a descubrirles significados secretos y a hacer –¿por qué no?– algo así como un poco de lingüística elemental comparada.

Sin embargo, esto mismo, ¿no ocurría en alguna otra ciudad española o europea sin que se produjera un acontecimiento parecido? ¿O es que el cielo y la tierra de Medina del Campo tenían algo especial para producir, no sólo comerciantes, escribanos⁸⁹ o cambistas⁹⁰, sino escritores u hombres de imaginación?

⁸⁹ Es célebre el deseo de la Reina Isabel cuando alguna vez dijera: holgárame que Dios me diera tres hijos: que el uno fuera heredero de mis reinos; otro, arzobispo de Toledo, y el otro, escribano de Medina del Campo.

⁹⁰ Los cambistas, o banqueros de entonces, también tienen, en Medina, como los demás tipos de comerciantes, su lugar de recordación en la Plaza Mayor. Hay un monumento a la letra de cambio que rememora el lugar donde los cambistas ponían sus cajas y bancas para sus transacciones. De hecho, se cree, aunque no todo mundo está de acuerdo, en que fue aquí donde este instrumento

En la *Historia Verdadera...*, Bernal cita dos veces el libro del *Amadís*. La primera, cuando cuenta la célebre y asombrosa visión que padecieron los españoles al contemplar, por vez primera, el espectáculo de la gran Tenochtitlan. La ciudad, cual espejismo, se levantaba, junto con sus ciudades hermanas, en medio de un inmenso lago y esto recordaba inmediatamente las fábulas de los libros de caballerías:

Y desde que vimos –dice Bernal– tantas ciudades y villas pobladas en el agua, y en tierra firme otras grandes poblaciones, y aquella calzada tan derecha y por nivel cómo iba a México, nos quedamos admirados, y decíamos que parecía a las cosas de encantamiento que cuentan en el libro de *Amadís*, por las grandes torres y *cúes* y edificios que tenían dentro en el agua, y todos de calicanto, y aun algunos de nuestros soldados decían que si aquello que veían si era entre sueños, y no es de maravillar que yo escriba aquí de esta manera, porque hay mucho que ponderar en ello que no sé como lo cuente: ver cosas nunca oídas, ni aun soñadas, como veíamos.⁹¹

El parentesco de esta página –página de antología– con los libros de caballerías se manifiesta no sólo por el azoro que les produjo a los conquistadores el haber dado con una ciudad fabulosa, como encantada, tal y como se contaba en los libros de los Amadis, sino también por el encuentro que tuvieron con unos seres extraños que poseían riquezas fabulosas.

La otra cita, que aparece en los capítulos relacionados con el sitio de Tenochtitlan, también expresa su cercanía con los libros de caballerías, pues alude a los combates reiterados y a las hazañas y al esfuerzo heroico de los conquistadores.

Bien tengo entendido –dice Bernal– que los curiosos lectores se hartarán de ver cada día tantos combates, y no se puede menos hacer, porque noventa y tres días que estuvimos sobre esta tan fuerte y gran ciudad, cada día y de noche teníamos guerra y combates; por esta

de comercio tomó su forma definitiva. Cfr. Antonio Sánchez del Barrio, *Medina del Campo*, Valladolid, Ámbito, 1996, pp. 19 y 63.

⁹¹ Bernal Díaz del Castillo, *op. cit.*, Cap. LXXXVII, p. 260.

causa los hemos de recitar muchas veces cómo y cuándo y de qué manera pasaban, y no los pongo por capítulos de lo que cada día hacíamos porque me pareció que era gran prolijidad, y era cosa para nunca acabar, y parecería a los libros de Amadís o Caballerías⁹²

Luego, cuando habla de Pedro de Ircio, –un compañero suyo, quien era “mucho ruido y pocas nueces” a la hora de actuar– Bernal cita en dos ocasiones a Agrajes, el personaje presuntuoso del Amadís, y compara a éste con su compañero de armas, llamándolo el “otro Agrajes sin obras”.⁹³

En general, la influencia de los libros de caballerías en la obra de Bernal se advierte no sólo en los puntos antes señalados, sino en las frecuentes interacciones entre la literatura y la historia, en la presencia de una geografía casi mágica, y en el origen de los caballeros o conquistadores, quienes siempre vienen desde muy abajo, pero cuyo valor y esfuerzo personal, sin ayuda de nadie, sólo de Dios, los lleva, tarde o temprano, a alcanzar fama y fortuna.

Sin embargo, cosa extraña, en Bernal Díaz del Castillo no aparece la noción caballerosa e idealizante del amor, tal y como aparece en los libros de caballerías. La idea de ofrendarle a la mujer todas las hazañas que su valor sea capaz de conseguir, y de hacerse digno de ella, no se manifiestan en la obra del soldado escritor. ¿Por qué? Quizá, porque los españoles veían a las mujeres indígenas como a seres de ínfima categoría, –incluso en algunos casos, sin alma– y porque sólo las consideraban como parte del botín para luego violarlas y olvidarlas. En el momento en que sucumbe la gran Tenochtitlan, recordemos, los soldados entran a saco a las casas y templos y se roban a las mujeres. Pero, cosa curiosa, cuando Cortés manda a buscarlas, por una queja interpuesta ante él por los padres de las mujeres robadas, éstas

⁹² *Ibid.*, Cap. CLI, p. 30.

⁹³ *Ibid.*, Cap. CCV, p. 334.

ya no desean regresar. Se entusiasman tanto con el hombre blanco, con sus barbas y piernas, con su voz y don de mando, que prefieren quedarse a vivir con los dioses, –a pesar de un trato injusto y sólo carnal– que regresar a sus casas.

En otra ocasión, cuando los soldados de Francisco de Garay, Gobernador de Jamaica, estaban en Pánuco, se repite lo del saqueo. Y aunque esta vez tal parece que el proceder de las mujeres es otro, el pasaje sirve para demostrar cuán desconsiderado y bárbaro era el trato para con ellas, ya que al verse los soldados sin jefe, dado que su capitán estaba con Cortés en México, estos “se juntaban de quince en quince o de veinte en veinte y se andaban robando los pueblos y tomando las mujeres por fuerza, y mantas y gallinas, como si estuvieran en tierra de moros.”⁹⁴

Luego, más tarde, cuando lo de la pacificación de Chiapas, ocurre algo que también deja ver lo que era capaz de llevar a cabo el conquistador en contra de las mujeres. Sucede que, tras estar peleando los españoles un buen rato en contra de los indígenas, estos, al verse perdidos, queman sus casas y huyen al monte. Pero los conquistadores entran al pueblo y toman como rehenes a “muy buenas indias”. Los conquistadores, sin embargo, más tarde ofrecen la paz y aceptan devolver a las presas, prometiendo el olvido y el perdón. No obstante, cuando los indios regresan al pueblo y demandan a sus mujeres e hijos como les habían prometido

el escribano Diego de Godoy aconsejaba al capitán Luis Marín que no las diese, sino que se herrase con el hierro del rey que se echaba a los que una vez habían dado la obediencia a Su Majestad y se tornaban a levantar sin causa ninguna, y porque aquellos pueblos salieron de guerra

⁹⁴ *Ibid.*, Cap. CLXII, p. 113.

y nos flecharon y mataron los tres caballos que se pagasen los caballos con aquellas piezas de indias que estaban presas.⁹⁵

Salvo el caso de Gonzalo Guerrero, –que habría de considerar si no obró allí la conveniencia– y algún otro quizá perdido por allí, poco conocido, no hay casos en las *Crónicas de Indias*, en los que un español se haya enamorado verdaderamente de una mujer indígena. Existen sí, –lo cuenta el propio Bernal– hombres españoles que se casaron con mujeres indígenas como Alonso de Grado, por ejemplo, que casó “con una hija de Moctezuma que se decía doña Isabel”⁹⁶, o Juan de Cuéllar que casó “primeramente con una hija del señor de Tezcucó, que se decía su mujer doña Ana”⁹⁷, o Alonso Pérez, el Mainte, “que vino casado con una india muy hermosa del Bayamo”⁹⁸ o Álvaro, hombre de la mar, “que dicen que tuvo en indias de la tierra hijos e hijas”⁹⁹, pero un enamoramiento, propiamente dicho, tal parece que no lo hubo.

El propio Cortés, que era “algo travieso sobre mujeres y que se acuchilló algunas veces con hombres esforzados y diestros”¹⁰⁰, tuvo otros hijos en mujeres indígenas, aparte de la Malinche. Eran, mejor dicho, hijas: “la una hubo en una india de Cuba que se decía doña fulana Pizarro, y la otra con otra india mexicana, y otra que nació contrahecha, que hubo en otra mexicana”¹⁰¹. A Cortés, pues, le gustaban las mujeres indígenas, pero a ninguna le entregaba su corazón. En una ocasión, fue acusado ante el Rey, de reunir a muchas hijas de grandes señores indígenas, dizque para casarlas con españoles, pero

⁹⁵ *Ibid.*, Cap. CLXVI, p. 147.

⁹⁶ *Ibid.*, Cap. CCV, p. 336.

⁹⁷ *Ibid.*, Cap. CCV, p. 338.

⁹⁸ *Ibid.*, Cap. CCV, p. 348.

⁹⁹ *Idem.*

¹⁰⁰ *Ibid.*, Cap. CCIV, p. 328.

¹⁰¹ *Ibid.*, Cap. CCIV, p. 327.

cuando se las pedían estos para tenerlas con ellos, Cortés no se las daba “por tenerlas por amigas.”¹⁰²

El conquistador sí advertía una hermosura en la mujer indígena –el color de la piel y el cabello sin duda le atraían– e incluso es posible que se fascinara con ella, pero no la consideraba mujer como para darle el rango de señora y esposa. Le atraía en el plano sexual, pues era otro el tipo de mujer, otra la clase de piel, a la que sus dedos y ojos –incluso su olfato– estaban acostumbrados. La mujer indígena era al parecer más limpia, morena y libre de llagas y de manchas como era la desgracia de muchas mujeres españolas. Pero el conquistador no contraía matrimonio, ni mucho menos complicaba su relación con sentimientos amorosos.

Bernal, sin embargo, en la infortunada expedición a las Hibueras, cuando escaseaba el pan, y el hambre creaba entre ellos infinidad de problemas, dice algo que pone en entredicho aun la hermosura de las mujeres indígenas. Dice que, buscando comida, se metió a unos ranchos y maizales y que cuando la noche ya caía, “muy callando dimos de presto en la casa y prendimos tres indios y dos mujeres mozas y hermosas para ser indias.”¹⁰³

Con todo, es muy probable que la mujer india sí llegara a rivalizar en atracción y belleza con la mujer blanca, española, que más tarde trajeron los conquistadores. Sin embargo, ni una –por las razones antes señaladas–, ni la otra –quizás por la lejanía y el olvido– fueron germen de inspiración para las Crónicas de Indias. Por eso, ésa fue en gran medida la diferencia entre este género y el libro de caballerías.

¹⁰² *Ibid.*, Cap. CLXXII, p. 181.

¹⁰³ *Ibid.*, Cap. CLXXVIII, p. 213.

La otra razón por la que los cronistas testimoniales –los religiosos, indígenas y peninsulares son otra cosa, otros los motivos– no incluyeron ni el amor ni la mujer en sus obras, ¿habrá sido porque su rudeza e insensibilidad los llevó a no darle importancia a estas delicadezas? Pero, ¿no le hacía falta al conquistador, en medio de sus rigores y crueldades, de sus amarguras y soledades, la ternura y la comprensión de una mujer? ¿O consideró Bernal que el mostrarse como hombre, quiero decir, apasionado por el corazón de una mujer, y mezclar cosas sentimentales con su historia, reducía el valor y la trascendencia de ésta? ¿Mas no había ya mostrado, a lo largo de toda la obra, un caudal de emociones que iban desde el coraje, las lágrimas y debilidades, hasta la risa y la dicha? ¿Por qué ahora el amor lo eludía? ¿No era esto una actitud anticaballeresca? ¿Temió que su libro fuera considerado por este hecho obra de ficción, novela de aventuras y caballerías, y lo que él se proponía relatar era sólo la verdad de los acontecimientos?

En la *Historia...*, Bernal cuenta la ocasión en que Moctezuma, al verlo con necesidad, con *motolinea* de ropa y dinero, le mandó regalar mantas y oro y le dio además una “buena moza”, hija de principal, con la consiguiente recomendación de que la tratara lo mejor que pudiera. “Alcanzamos a saber – dice nuestro autor– que las muchas mujeres que tenía por amigas [Moctezuma] casaba de ellas con sus capitanes o personas principales muy privados, y aun de ellas dio a nuestros soldados, y la que me dio a mí era una señora de ellas, y bien se pareció en ella, que se dijo doña Francisca”¹⁰⁴ No obstante, después de esta mención, no hay ya ni una sola línea o palabra que recuerde a esta doña Francisca. Salvo el “doña” que le antepone, para Bernal esta mujer no

¹⁰⁴ *Ibid.*, Cap. XCVII, p. 303.

tuvo ninguna importancia. ¿Cuántos hijos tuvieron?, ¿cuántos años vivieron?, ¿qué alegrías y tristezas padecieron?, es cosa que aún hoy se ignora.

Por otro lado, regresando a los libros de caballerías, es de extrañar que un libro como *Las Sergas de Esplandián*, escrito de igual modo por su paisano Garci-Ordóñez de Montalvo, y al parecer publicado en 1510, y que, según Irving A. Leonard, ejerció “sobre el conquistador una influencia más honda que la del *Amadís*”,¹⁰⁵ por la revitalización del mito de las Amazonas, no le merezca a Bernal ni una sola alusión. De igual modo, lo mismo ocurre con el rival del Amadís, el *Palmerín de Oliva* que apareció un año más tarde y que, igualmente como su caballero rival, dio origen a todo un ciclo de novelas que fueron muy populares por ese entonces. Tan populares fueron que se llegaron a considerar perniciosas y dañinas para los jóvenes –Bernal era joven por esos años–, en virtud de que les llenaban la cabeza con fantasmas y embelecos y los afectaban en su modo de proceder diario. Pero, ¿habrá sido esta prohibición la que impidió a Bernal joven leer el *Lisuarte de Grecia*, el *Primaleón*, el *Amadís de Grecia* o el *Don Florisel de Niquea*? ¿O habrá sido que él ya andaba con el corazón y la cabeza ardientes, tratando, a sus escasos 15 ó 16 años, de alzar el vuelo que lo llevaría a descubrir los mundos fantásticos que oía decir existían a los viajeros que iban y venían del Nuevo Mundo? De hecho, nada estaba más alejado de la actividad lectora que el ejercicio de la vagancia y la aventura.

Tampoco hay indicios de que se haya aficionado a la novela picaresca –o a la pastoril– que ya por la segunda mitad del siglo XVI, gozaban de una gran aceptación entre el pueblo español. Y de igual manera se ignora de que

¹⁰⁵ Irving A. Leonard, *Los Libros del Conquistador*, La Habana, Casa de las Américas, 1983, p.29.

hubiere conocido *La Celestina*, o la *Selva de Aventuras*, –novela entre pastoril y de caballerías– muy leída, según Irving A. Leonard, por los conquistadores. Pero, en cambio, Sáenz de Santa María sí llama la atención sobre el parecido entre unas líneas de Bernal y otras de *El peregrino indiano* de Antonio de Saavedra Guzmán.¹⁰⁶

2.3. Libros religiosos e históricos.

En cuanto a los libros religiosos, Bernal leyó acaso *La Biblia* y algún libro de *Horas*, pero nada más, a pesar de que estos eran los que más se imprimían y los que más se exportaban. Aunque quizás no lo hizo por estar escritos en latín o porque de plano no le interesaban y es que estos libros eran más propios de las clases cultas y aristócratas, y él, claro, manifestaba mucho más su apego por la literatura de orden popular.

No obstante, en dos o tres ocasiones habla de las escrituras antiguas, aunque se refiere más propiamente a un texto de historia, o de crónica, que a uno sagrado. Sin embargo, lo interesante o curioso de estas citas es que aquí nuestro autor sí se manifiesta como un hombre de lecturas vastas, como un gran conocedor de libros o escrituras antiguas, completamente alejado de lo que en otra ocasión dijera de sí mismo al considerarse un hombre sin latines, rústico, e incluso, un idiota sin letras. Porque, en su afán de engrandecer sus hazañas, de reclamar un sitio en la historia o de llamar la atención de Su Majestad, llevado de su entusiasmo quizá, o descuidado tal vez, o simplemente obedeciendo a su inclinación o gusto por la hipérbole, llega a decir que quiere que miren “las personas sabias y leídas esta mi relación desde el principio

¹⁰⁶ Carmelo Sáenz de Santa María, *op. cit.*, p. 55.

hasta el cabo, y verán que *ningunas escrituras que estén escritas* en el mundo, ni en hechos hazañosos humanos, ha habido hombres que más reinos y señoríos hayan ganado como nosotros, los verdaderos conquistadores, para nuestro rey y señor.”¹⁰⁷ ¿Ningunas escrituras escritas en el mundo? ¿Había leído tanto nuestro autor para atreverse a tal afirmación? ¿O es su malicia de escritor la que está tratando de persuadirnos? Líneas antes, en el mismo capítulo, sostiene que: “Después que el rey Salomón fabricó y mandó hacer el santo templo de Jerusalén con el oro y plata que le trajeron de las islas de Tarsis, Ofir, y Saba, no se ha oído en ninguna escritura antigua que más oro y plata y riquezas hayan ido cotidianamente a Castilla que de estas tierras.”¹⁰⁸ Aquí ya no se refiere propiamente a una lectura o a una escritura “escrita”, sino “oída”, pero para el caso es de hecho lo mismo, aunque también se pone de manifiesto el carácter oral de su cultura o de su formación literaria. En el mejor de los casos, no es tanto que él hubiera leído poco o mucho, sino que estaba enterado, conocía gente que sí lo había hecho o que, al igual que él, había participado en muchas conversaciones más o menos interesantes.

Cuando se queja de que no ha sido ensalzado o engrandecido como en otro tiempo lo hacían en España con los caballeros que hubieren peleado y ganado tierras para el rey, argumenta que deberían remitirse a los libros antiguos para corroborar que lo que él dice efectivamente es verdad, pues “si miramos las escrituras antiguas que de ello hablan, si son así como dicen”¹⁰⁹, verán que yo tengo la razón. Es decir, otra vez, se refiere a los textos antiguos como si los conociera, como si los hubiera leído, pero además en este caso

¹⁰⁷ *Ibid.*, Cap. CCX, p. 365. El subrayado es mío.

¹⁰⁸ *Ibid.*, p. 364.

¹⁰⁹ *Ibid.*, Cap. CCVII, p. 357.

cuando escribe que “si son así como dicen”, se presta a anfibología pues uno se pregunta quiénes son los que “dicen”: ¿las escrituras o los que hablan sobre las escrituras? En fin, que más parece que nuestro autor, en su deseo –legítimo o no– de que se le tome en cuenta, echa mano más de un recurso retórico que de una realidad.

Cuando cuenta también que no es cosa del otro mundo, nada de maravillar, el hecho de que él recuerde a todos sus compañeros pues en los tiempos pasados hubo grandes capitanes que sabían de memoria los nombres de todos sus soldados y los nombraban, y no sólo, sino que sabían de dónde eran originarios, a pesar de que sus ejércitos eran de más de 30,000 hombres, da la impresión asimismo de que cita sin saber, a la ligera, sin haber leído, sólo para persuadir y apuntalar su idea, pues afirma: “Y dicen las *historias* que Mitrídates, rey de Ponto, fue uno de los que conocían sus ejércitos, y otro fue el rey de Egipto, rey de los Ipirotas, que por otro nombre se decía Alejandro; también dicen que Aníbal, gran capitán de Cartago, conocía a todos sus soldados...”¹¹⁰

De nueva cuenta: ¿a cuáles historias se refiere? ¿A las de Apiano o Justino que hablan sobre el legendario Mitrídates? ¿O a Plinio el Viejo, que también lo cita? ¿Sabe, en realidad, historia, Bernal? ¿La leía?, porque, a ratos, parece que hace gala de conocimientos. No lo creo. Pienso más bien que se trata sólo de un recurso de escritor.

Los libros de historia, dice Leonard, “eran los más favorecidos en la preferencia de los que cruzaban el Atlántico, y sólo les aventajaban los libros

¹¹⁰ *Ibid.*, Cap. CCVI, p. 356.

de caballerías”¹¹¹, pero Bernal no leyó al parecer ni siquiera los más conocidos. La *Crónica del rey don Rodrigo con la destrucción de España* de Pedro del Corral o el *Libro áureo de Marco Aurelio* de Antonio de Guevara no los cita en ningún momento, aunque éste último, según José Antonio Barbón Rodríguez, parece que sí lo recuerda al mencionar “al villano de nombre Abubio.”¹¹²

2.4. Flavio Josefo

Lo que sí leyó en cambio Bernal sin duda fue la *Guerra de los Judíos* de Flavio Josefo pues de manera categórica dice: “Yo he leído la destrucción de Jerusalén; mas si fue más mortandad que ésta, no lo sé cierto.”¹¹³ Las alusiones a los emperadores romanos Vespasiano y Tito, quienes fueron los que comandaron la guerra en contra del pueblo judío, también ratifican de algún modo el conocimiento de la obra del historiador hebreo.

La obra del Flavio Josefo se publicó en 1491 y fue traducida al español por Alfonso de Palencia. En ella, Bernal abrevó inspiración y guía. *La Guerra...* fue para nuestro autor el modelo de lo que debía ser una crónica. Con su lectura, pudo dar con el tono que le exigía su *Historia...* Leyendo a Josefo, Bernal entendió que ninguno de los dos ejércitos, ni el español ni el indígena, debía prevalecer en heroísmo, grandeza y causa por encima del otro.

En el Prefacio a *La Guerra...*, sorprenden las coincidencias de los propósitos que tuvo Josefo para escribir su libro con los que llevaron a Bernal a escribir el suyo. Ambos fueron testigos y decididos participantes en las guerras

¹¹¹ Irving A. Leonard, *op. cit.*, p. 125.

¹¹² *Ibid.*, Cap. CXXXIII, p. 422. En la edición de la *Historia...* de Ramírez Cabañas, “Abubio” se interpreta como hombre tonto, abestiado, mientras que en la de Rodríguez Barbón lo correcto deber ser el “Villano del Danubio”, en “Estudio”, p. 40.

¹¹³ *Ibid.*, Cap. CLVI, p. 64.

y los dos negaron el valor que puede tener una crónica que sólo se escribe de oídas. Ambos persiguieron el testimonio verídico de los hechos y ambos se rebelaron contra cualquier intento de conceder la gloria a uno sólo de los bandos o a uno solo de los capitanes.

Como quiera que la guerra entre judíos y romanos –dice Flavio Josefo–, que fue mayor no sólo de las de nuestra edad, sino, en cierto modo, de todas las que hemos oído hablar, que estallaron entre ciudades y ciudades o entre naciones y naciones, es contada de una manera engañosa por algunos que no fueron testigos presenciales y sólo recogieron de oídas algunos relatos infundados y discrepantes entre sí; mientras que otros que la presenciaron falsean los acontecimientos, bien por adular a los romanos bien por odio a los judíos, y sus escritos contienen ya censuras, ya panegíricos, pero no la verdad histórica.”¹¹⁴

En el norte y guía que Josefo fue para Bernal, éste pudo apreciar la importancia no sólo de encontrar un equilibrio entre el heroísmo de ambos contendientes, sino de hallar una armonía entre lo íntimo, –lo que pensaba y sentía el autor– y lo externo de los acontecimientos, o para decirlo de otra forma, entre lo lírico y lo épico. Josefo, asimismo, le enseñó a Bernal los puntos en los que debía fijar su atención, pues además de despertar el interés, no podían faltar en el relato de una guerra. Le mostró, por ejemplo, la necesidad de hablar sobre el motivo de ésta, su duración, el número de participantes y el número de los que perdían la vida; la calidad de los capitanes y la disciplina del ejército, y la forma en cómo salieron y cómo terminaron. Pero igualmente le llamó la atención sobre la importancia de las tretas, pactos y amenazas, y le dijo no olvidara los lugares por donde andaban errantes y la forma en que ocupaban y sitiaban las ciudades para terminar finalmente con los portentos que se desprendían de su destrucción.

¹¹⁴ Flavio Josefo, *La guerra de los judíos*, México, Porrúa, 1982, p. 1.

Asimismo, le advirtió no dejara fuera los caballos, los soldados notables, las funciones y atuendos de los sacerdotes, la geografía del país y, por supuesto, las principales batallas, las hazañas, los infortunios, los avatares, las calamidades y los agüeros. Hay unas líneas, incluso, que en mucho recuerdan la actitud de Cortés frente a la caída y destrucción de la gran Tenochtitlan. Dice Josefo, por ejemplo: “cuántas veces Tito, ansioso de salvar la ciudad y el templo, procuró que los revoltosos se aviniesen a una concordia.”¹¹⁵ Estas palabras, desde luego, nos remiten enseguida a los días aquellos en que el capitán español les proponía a los mexicas la rendición, y quien, al ver que estos no la aceptaban, se dolía de la destrucción de los templos, casas y puentes.

En general, al leer a Josefo, Bernal obtuvo una idea panorámica de lo que podría ser una estructura. Pero si esto no fuera suficiente, le dejó, por último, la recomendación certera: “Todos deseamos redactar con eficacia los sucesos de nuestra época: lo reprochable es escribir mentiras para los que se hallan al corriente de los acontecimientos. Ahora es elogiable, y muchos lo recomiendan, preservar el recuerdo de las cosas nuevas para la posteridad.”

116

Y justamente esta idea de escribir para los tiempos venideros, es la que advirtió el maestro Miguel León-Portilla en la obra de Bernal y que luego la comparó –no con Josefo–, sino con el historiador romano Tucídides, con el que también muy bien se puede comparar nuestro autor. Por eso, toda proporción guardada –dice León-Portilla– la frase de “una relación como ésta que siempre ha de quedar memoria de ella”, recuerda de algún modo la sentencia de

¹¹⁵ *Ibid.*, p. 4.

¹¹⁶ *Ibid.*, p. 2.

Tucidides respecto de lo que escribía en su *Historia de la guerra del Peloponeso* : “mi intención es componer [...] una historia provechosa, que dure para siempre”.¹¹⁷

2.5. Historia romana y literatura griega.

Por otro lado, las historias de los romanos, o por lo menos los nombres de los emperadores, o de los capitanes o centuriones, era frecuente oírlos en las conversaciones entre los soldados españoles. Y de igual forma la historia de los griegos no les era ajena. Recordemos que la Edad Media y el Renacimiento estaban sustentados en gran medida por la cultura grecolatina. Entre sus dichos, por ejemplo, se solía decir “Aquí fue Troya” cuando alguna grandeza había llegado a su fin, y en varias ocasiones Bernal llega a citar a varios personajes de la historia griega y romana. Personajes como Pompeyo, Nerón, Alejandro de Macedonia, los escipiones, o Atila y Aníbal, legendarios enemigos de los romanos, surgen en distintas oportunidades. Llega a citar también a Héctor y a Roldán, el personaje del poema épico o cantar de gesta más antiguo escrito en lengua romance en Europa: “Aunque estuvieran allí diez mil Héctores troyanos y tantos Roldanes, no les pudiesen entrar” afirma, cuando uno de los tantos combates contra los mexicanos.¹¹⁸ ¿Por qué? ¿Porque era lector de la *Ilíada* o *La canción de Roldán*?

En la *Historia Verdadera...*, nuestro autor también llega a nombrar en varias ocasiones a Julio César. “Que echada estaba la suerte de la buena

¹¹⁷ Miguel León-Portilla, “Estudio Introductorio” a la *Historia Verdadera de la Conquista de la Nueva España* (Antología) de Bernal Díaz del Castillo, México, CONACULTA, 2000, p. 19.

¹¹⁸ Bernal Díaz del Castillo, *op. cit.*, Cap. CXXVI, p. 386.

ventura –escribe– como dijo Julio César sobre el Rubicón”.¹¹⁹ O como cuando enaltece a Cortés y declara: “y como los romanos daban triunfos a Pompeyo y a Julio César y a los Escipiones, más digno es de loor nuestro Cortés que no los romanos”.¹²⁰

En otra ocasión, pero alabando también al Capitán, señala: “Pues como Cortés siempre tuvo los pensamientos muy altos y en la ambición de mandar y señorear quiso en todo remedar a Alejandro Macedonio”.¹²¹ Asimismo, en otro momento apunta: “Esto que he dicho no es nada para las muchas invenciones de otros juegos como solían hacer en Roma cuando entraban triunfando los cónsules y capitanes que habían vencido en las batallas.”¹²²

Pero todo esto qué significa. ¿Quiere decir que el soldado escritor conocía la historia de Grecia o de Roma o había leído a algún historiador de estos pueblos? ¿Había leído en realidad al propio Julio César, dado que en la parte final de la *Historia...*, cita a los *Comentarios* como si lo hubiera hecho?¹²³

En otras líneas, en un borrador agregado del mismo capítulo, donde se refiere a los *Comentarios*, dice Bernal, en relación con el escritor y militar romano: “Digo que me hallé en esta Nueva España en más batallas peleando que se halló el gran emperador Julio César, que dicen de él sus coronistas que era muy presto en armas y con mucho esfuerzo en dar una batalla, y cuando tenía espacio escribía sus heroicas hazañas, puesto que tuvo muchos y grandes cronistas...”¹²⁴

¹¹⁹ *Ibid.*, Cap. LIX, p. 177.

¹²⁰ *Ibid.*, Cap. CXXIX, p. 411.

¹²¹ *Ibid.*, Cap. CLXIV, p. 121.

¹²² *Ibid.*, Cap. CCI, p. 311.

¹²³ *Ibid.*, Cap. CCXII, p. 378.

¹²⁴ *Ibid.*, Cap. CCXII, p. 376.

¿Pero leyó en realidad nuestro autor las crónicas de Julio César o a los cronistas que sobre él escribieron? ¿Y, por otro lado, tomó ejemplo realmente del autor de los *Comentarios de la Guerra de las Galias* para escribir su *Historia verdadera...*? ¿"Si él lo hizo –se diría Bernal– yo no puedo hacerlo"? ¿Era un atrevimiento o una vanidad compararse con el gran Julio César?

Según Carmelo Sáenz de Santa María:

No sería nada extraño que desde el principio contara Bernal con un *Valerio de las historias*, que se atribuía entonces a Fernán Pérez de Guzmán y había sido publicado en 1542. Lo conjeturo como explicación de algunos detalles eruditos que afloran en la crónica, especialmente los que se refieren a Julio César, a quien el *Valerio...* concede tanto espacio.¹²⁵

Puede ser. Pero también es posible que Bernal haya abrevado su conocimiento de la historia romana en las conversaciones que les oía a los hombres cultos de la época o en las pláticas y discusiones que los soldados o capitanes tenían entre sí, como cuando Cortés, para decidir a quién cabía la gloria de haber capturado a Cuauhtémoc, les cuenta la historia de Mario Cornelio, Sila y Yugurta. O como en la ocasión en que Pánfilo de Narváez, de paso por México, encuentra a Francisco de Garay, se abrazan, se ponen a platicar y aquél le dice: "Hágole saber que otro más venturoso hombre en el mundo no ha habido que Cortés, y tiene tales capitanes y soldados que se podían nombrar tan en ventura cada uno, en lo que tuvo entre manos, como Octaviano, y en el vencer, como Julio César, y en el trabajar y ser en las batallas, más que Aníbal."¹²⁶ Es decir, que Bernal sí escuchaba y aprendía historia de labios de sus compañeros, ya fuera porque le interesaran los temas o por su natural perspicacia hacia el español hablado.

¹²⁵ Carmelo Sáenz de Santa María, *op. cit.*, p. 122.

¹²⁶ Bernal Díaz del Castillo, *op. cit.*, Cap. CLXII, p. 111.

Barbón Rodríguez, en relación con las citas de Julio César, sostiene que aunque Bernal no habla de Fernán Pérez de Guzmán y sus *Generaciones y semblanzas* ni de Fernando del Pulgar y sus *Claros varones de Castilla*, “hay motivos para pensar que los tuvo en sus manos”.¹²⁷

Pero, por otro lado, ¿no será que en realidad el soldado sí era lector de Homero? ¿O fue sólo de oídas? No dejo de preguntarlo, porque hay algunas líneas en las que claramente se manifiesta el conocimiento del autor griego. Superficial, cierto, pero suficiente para dar cuenta de que lo conocía o había oído hablar de él.

Cuando Francisco Vázquez Coronado, natural de Salamanca, va a la conquista de Zibola, enloquece de amores y es capaz de despreciar la gloria del soldado por la gloria del amor, no obstante ser un militar, pues cuando se encuentra precisamente en medio de la conquista, decide mandar todo al diablo en aras, únicamente, de volver a ver a su mujer, por cierto –dice Bernal– muy hermosa y llena de virtudes. Él entonces decide regresar a la Nueva España “y dijeron algunos soldados de los que fueron en su compañía que quiso remedar a Ulises, capitán greciano, que se hizo loco cuando estaba sobre Troya por venir a gozar de su mujer Penélope.”¹²⁸ Y aquí surgen, desde luego, varias preguntas. Porque, ¿los soldados conocían realmente de literatura griega? ¿Habían leído la *Odisea*? ¿En verdad, Bernal escuchó eso? ¿O es que el conocimiento era en realidad de él, y entonces, con su malicia de escritor, gusta de disimularlo para atribuírselo a los soldados? Quién sabe. Lo cierto es que él sí sabía de la existencia de la obra griega.

¹²⁷ José Antonio Barbón Rodríguez, en “Estudio”, *Historia...*, *op. cit.*, p. 40.

¹²⁸ Bernal Díaz del Castillo, *op. cit.*, Cap. CXCVIII, p. 301.

Al final, lamentablemente Francisco Vázquez se arrepiente de su determinación pues se la echaban constantemente en cara, y entonces, a los pocos días, el pobre muere, dice Bernal, de vergüenza. ¿De vergüenza? ¿Puede alguien morir por esa causa? ¿No ocurre un poco como en aquella novela en la que una curandera tenía como principal cualidad, precisamente, la cura de la vergüenza? Porque, otra vez, tal parece que la historia se convirtiera en literatura, o como que a Bernal, al igual que Homero, le costara trabajo –¿o lo hace a propósito?, ¿es su genio literario?– distinguir entre la realidad y la fantasía.

Hay otro pasaje también, en el que de alguna manera se recuerda la obra de Homero. Cuando Juana de Mansilla, mujer de Alonso Valiente, contra la orden del factor de que todas las mujeres cuyos maridos habían acompañado a Cortés a las Hibueras se casasen, ella se niega a contraer matrimonio dado que sostiene que su esposo sigue aún vivo, a pesar de todo lo que se dice en el sentido de que Cortés y sus hombres han muerto a manos de la gente de Xicalango, y entonces, como Penélope a Ulises, ella decide esperarlo. El factor la manda azotar por las calles de México y la acusa de hechicera, pero Juana de Mancilla se sostiene y al final triunfa la causa.¹²⁹

Y hay otras líneas también, de recordación de la *Odisea*, en las que Cortés, al ver tan poderoso al factor, decide desembarcar “muy secretamente” para que de esta manera, a escondidas, subrepticamente, como un desconocido, él pueda entrar a la ciudad y sorprender a todos para tomar el control de México.¹³⁰ Y hay otro pasaje, incluso, que ahora recuerdo al citar estas líneas, en las que, a la manera en que Ulises, disfrazado de mendigo, es

¹²⁹ *Ibid.*, Cap. CLXXXV, pp. 236 y 247.

¹³⁰ *Ibid.*, Cap. CLXXXV, p.239.

reconocido por su perro Argos cuando regresa a Ítaca, así en la *Historia verdadera...* hay un episodio en el que una lebrela ayuda a los españoles, cuando estos llegan con Grijalva a Boca de Términos, en el actual estado de Campeche, a cazar unos venados, y veinte capítulos más adelante, cuando estos vuelven con Cortés en el tercer viaje, la lebrela, “gorda y lucia”, los reconoce y los halaga “con la cola y haciendo otras señas de halagos, y se vino luego a los soldados y se metió con ellos en la nao”.¹³¹

2.6. Cronistas de Indias.

Por otro lado, hay que decir asimismo que Bernal Díaz del Castillo leyó las *Cartas de Relación* de Hernán Cortés¹³². Lo dice él mismo, cuando le envían a Su Majestad la recámara de oro, las joyas y todas las riquezas que se obtuvieron de los despojos, y cuando le piden al rey que no envíe a Francisco de Garay a conquistar la provincia de Pánuco pues los mexicanos, al ver a los dos capitanes españoles con el mando, se podrían alborotar y levantar en armas: “Pues Cortés, por su parte, –dice Bernal– no se le quedó nada en el tintero, y aun de manera hizo relación en su carta de todo lo acaecido, que fueron veinte y una plana, y porque yo las leí todas y lo entendí muy bien.”¹³³ Y lo confirma, cuando se inconforma –en el teatral diálogo con la Fama– con que Cortés se hubiere atribuido, él solo, toda la gloria de la Conquista: “Y sólo el marqués Cortés dice en sus *libros* que es el que lo descubrió y conquistó, y que

¹³¹ *Ibid.*, Cap. XXX, p. 105 ; Cap. X, p. 65.

¹³² También leyó una carta del rey de Hungría, que se la mostró Cortés, y otras de los procuradores de Su Majestad; véase Bernal Díaz del Castillo, *op. cit.*, Cap. CLXVIII, pp. 162 y 163.

¹³³ *Ibid.*, Cap. CLIX, p. 89.

los capitanes y soldados que lo ganamos quedamos en blanco, sin haber memoria de nuestras personas ni conquistas.”¹³⁴

Por otra parte, el cronista también leyó muy probablemente la *Historia general y natural de las Indias* de Gonzalo Fernández de Oviedo –lo cita en el capítulo XIII del Manuscrito Remón– y quizá la *Brevísima relación de la destrucción de las Indias* del fraile Bartolomé de las Casas. En cuanto al sacerdote dominico, dice nuestro autor: “Pasemos adelante y digamos que estas fueron las grandes crueldades *que escribe* y nunca acaba de decir el obispo de Chiapa, fray Bartolomé de las Casas, porque afirma que sin causa ninguna, sino por nuestro pasatiempo, y porque se nos antojó, se hizo aquel castigo, y aun dícelo de arte en su libro.”¹³⁵

2.7. Gómara, Illescas y Jovio.

Desde luego, ya en la etapa de la redacción de su obra, Bernal leyó a Francisco López de Gómara, Gonzalo de Illescas y a Paulo Jovio, a quienes cita en el mismo capítulo XIII antes mencionado, pero del Manuscrito Guatemala.¹³⁶

De Paulo Jovio, hay que decir que su libro, *Elogios o vidas breves de los cavalleros antiguos y modernos, ilustres en valor de guerra que están al vivo pintados en el museo de Paulo Jovio*, apareció por vez primera, en latín, en 1575, libro que seguramente no leyó nuestro autor por no conocer esa lengua. Sin embargo, la primera traducción al castellano, hecha por Gaspar de Baeza, en Granada, se publicó, según unos, en 1566, y según otros, en 1568. Esto

¹³⁴ *Ibid.*, Cap. CCX, p. 368. El subrayado es mío.

¹³⁵ *Ibid.*, Cap. LXXXIII, p. 248.

¹³⁶ *Ibid.*, Cap. XIII, p. 71, pero recordados también en Cap. XVII, p. 78; Cap. XVIII, p. 79; Cap. CXXIX, p. 411; Cap. CCXII, p. 374-78.

quiere decir que cuando Bernal pudo leer esta obra, él ya tenía una primera redacción de su *Historia Verdadera...* pues se supone que ésta, en una primera versión, se concluyó en el año de 1563, aunque se publicó, como sabemos, en su edición príncipe, hasta 1632.¹³⁷

No obstante, Sáenz de Santa María, uno de los hombres que más ha estudiado a Bernal, piensa que la obra de Jovio “debió ser libro de asidua lectura de Bernal”.¹³⁸ Si esto fue así, entonces nuestro autor debió haber leído a Jovio durante la etapa de corrección y pulimento. Sáenz de Santa María incluso agrega:

Me parece encontrar rastros de algunos elogios de Giovio en alusiones históricas de Bernal, no sería raro que la descripción que hace Giovio de la audiencia que el Papa otorgó a los enviados de Cortés esté en la base de las frases bernaldianas; ni sería extraño que la descripción del museo de Giovio, con su distribución de cuadros de grandes personajes, indujera a Bernal un deseo semejante ¹³⁹.

El libro de Gonzalo de Illescas, por su parte, *la Historia pontifical y católica, en la cual se contienen las vidas y hechos de todos los sumos pontífices romanos...con más una breve recapitulación de las cosas de España y la descendencia de los reyes della. Dende Hilarico Primero hasta Don Philipe Segundo*, era, al decir de Irving A. Leonard, uno de los libros de historia favoritos que cruzaban el Atlántico y “al parecer se consideraba por muchos como lectura fundamental.”¹⁴⁰ Su primera edición, en Dueñas, es de 1565, y de igual forma que la obra de Jovio, parece ser que Bernal leyó el capítulo 8 del libro VI, en donde habla de Cortés y la Conquista, pues más tarde se queja de

¹³⁷ Las fechas clave de la *Historia...* serían 1550-51, fecha de inicio, inferida de la noticia que da el oidor Alonso de Zorita en su *Historia de la Nueva España*; 1563, primera versión; 1568, fecha de conclusión; 1575, fecha de envío del Manuscrito Remón a España, y 1632, año de publicación.

¹³⁸ Carmelo Sáenz de Santa María, *op. cit.*, p.124.

¹³⁹ *Idem.*

¹⁴⁰ Irving A. Leonard, *op. cit.*, p. 125.

que en ninguna crónica lo mencionan a él ni a ningún soldado, “ni en la del doctor Illescas, que escribió *El Pontifical* ni en otros modernos cronistas”¹⁴¹. Pero esto lo hizo cuando ya tenía redactado un primer borrador de su obra. Y esto quiere significar, como en el caso anterior, que la lectura de Illescas sirvió también para corregir, agregar o quitar puntos faltantes en la *Historia Verdadera...*, pero que no fue realmente una influencia o una afinidad en su formación literaria.

Sáenz de Santa María, en otra afirmación, parece que se contradice – con respecto a Jovio– pues sostiene que “el trío Gómara-Illescas-Jovio era un trío formado ‘de oídas’ por nuestro cronista soldado”¹⁴², afirmación que luego ratifica cuando agrega: “Opino, como en el caso de Jovio, que se trata para nuestro Bernal, de un grupo del que algo había oído, pero del que no conocía personalmente más que la edición de la *Hispania Victrix* de López de Gómara.”¹⁴³ Esta obra sí es posible que Bernal la conociera antes de escribir su *Historia...* dado que la primera edición apareció en 1552, y un año después, se publicó otra, justamente en Medina del Campo, tierra de Bernal Díaz del Castillo. Sin embargo, como en los casos de Jovio e Illescas, Gómara tampoco fue una influencia decisiva en la formación literaria de nuestro autor, en virtud de que lo leyó tardíamente, cuando él sentía que empezaba a declinar su vida. Gómara, en todo caso, le sirvió como una guía temática para no olvidar aquellos puntos que era necesario recordar, y le sirvió asimismo como una motivación, una fuerte motivación, para rectificar todo aquello que era necesario, pues con molestia que se trasluce, dice nuestro autor:

¹⁴¹ Bernal Díaz del Castillo, *op. cit.*, Cap. CCX, p. 368.

¹⁴² Carmelo Sáenz de Santa María, *op. cit.*, p. 181.

¹⁴³ *Ibid*, p. 179.

Estaba escribiendo en esta mi corónica [por] acaso vi lo que escriben Gómara e Illescas y Jovio en las conquistas de México y Nueva España, y desde que las *leí* y entendí y vi de su policía y estas mis palabras tan groseras y sin primor, dejé de escribir en ella, y estando presentes tan buenas historias; y con este pensamiento *torné a leer* y a mirar muy bien las pláticas y razones que dicen en sus historias, y desde el principio y medio ni cabo no hablan de lo que pasó en la Nueva España ¹⁴⁴

En fin, como se ve, Bernal no era enteramente un hombre sin letras como él frecuentemente se considera, y mucho menos un idiota, como también se llama. Era sí un hombre ajeno al latín, pero conocía, y había leído, varias obras y autores. Aunque, lo que sí es cierto, es que su formación básica, y acaso la más importante, la obtuvo Bernal en la conversación con sus compañeros soldados. Fue allí, en el ejercicio diario de la plática sobre el combate o el azoro del día, donde se formó su palabra. Allí donde aprendió a vestir, entre la gente del pueblo, sus historias. Como muchos grandes escritores –Cervantes, entre ellos– que también aprendieron el idioma en gran medida entre vagabundos, arrieros, porteras o cocineras, Bernal lo aprendió entre soldados, músicos, truhanes, hombres de la mar y hombres de a caballo. Fueron estos los que le dieron el gran secreto y el sazón de su estilo y estos los que le enseñaron a condimentar su prosa con coplas y refranes, anécdotas y romances, y con algo que ha sido muy poco observado en la obra de nuestro autor, pero que no es nada desdeñable en la *Historia...* y al cual nos referiremos más ampliamente en el capítulo siguiente: su sentido del humor.

Con Cervantes, hay varios puntos con los que guarda semejanza. Por ejemplo, su propensión a intercalar historias o a intercalar digresiones. O su gusto por los refranes. O la llaneza de su estilo, próximo al coloquio. Y hay,

¹⁴⁴ Bernal Díaz del Castillo, *op. cit.*, Cap. XVIII, p. 79.

incluso, un arranque de página, en el que el parecido con las salidas al campo del Quijote, parece algo cercano:

Como salimos del Pueblo Cercado, que así le llamábamos desde allí adelante, entramos en un bueno y llano camino y todo sabana y sin árboles; y hacía un sol tan caluroso y recio, que otro mayor resestero no habíamos tenido en todo el camino. Y yendo por aquellos campos rasos, había tantos venados y corrían tan poco, que luego los alcanzábamos a caballo, por poco que corríamos con los caballos tras ellos...¹⁴⁵.

De tal suerte que, quizá, podríamos aventurarnos a considerar al Quijote, no como una influencia puesto que éste se escribió muchos años después, pero sí a tomar a la *Historia...* como una precursora, lejana si se quiere, pero al fin y al cabo como una antecesora del libro inmortal de Cervantes.

Para concluir, sólo resta decir que, en la *Historia...*, Bernal evoca a todos aquellos españoles, cuya característica distintiva era el bien hablar. Porque para él seguramente era de llamar la atención todo aquel que se expresara con soltura y elocuencia. La “buena expresiva” estaba entre sus cosas dignas de aprecio. Para él, el saber expresarse, el hablar una lengua con fruición o con elegancia, era signo de la más alta estimación.

Durante la Conquista de México, y durante los viajes, los largos viajes de España a América, de las Antillas a costas mexicanas, de Guatemala a España, seguramente Bernal, para acortar las distancias, para alegrarse el instante, para olvidarse por un momento de la guerra, platicaba, platicaba mucho, y siempre trataba, en estas conversaciones, de mejorar sus capacidades expresivas e imaginativas.

¹⁴⁵ *Ibid.*, Cap. CLXXVIII, p. 208.

En la plática, era donde el soldado escritor soñaba y vivía. Desde muy joven, comenzó a viajar y a convertirse en un hombre de experiencia. Los viajes le proporcionaron un gran conocimiento del mundo, pues como dice la Lozana Andaluza, el tremendo personaje de Francisco Delicado, “más sabe quien mucho anda que quien mucho vive”¹⁴⁶. Y esta experiencia la usó Bernal para detectar realmente qué era lo que gustaba y disgustaba a los hombres, de tal modo que pudo así seleccionar mejor no sólo los pasajes de su historia, sino sus prendas y adornos. Y tuvo, de esta manera, a quien lo escuchaba, pendiente siempre de sus labios y de sus recuerdos. Porque, seguramente, fueron muchos los que le oyeron y los que, de manera previa, conocieron alguna de sus páginas.

En Guatemala, antes de que las escribiera y las diera a leer, como hizo con dos supuestos licenciados, debe haber habido algún contemporáneo suyo que le escuchó interesado, quizá arrobado, los primeros borradores de su *Historia verdadera...*, ya que Bernal, muy probablemente, a la manera de los viejos y buenos escritores, al platicar, daba la impresión de que escribía. Y quizá era aquí, en la conversación, donde mientras platicaba, corregía, añadía, modificaba o quitaba lo que estaba de más, de tal suerte que siempre iba puliendo su historia o su palabra. El pasmo de los otros le indicaba la calidad de su relato y lo llevaba a seguir adornándolo con los vuelos de su fantasía. En un primer momento, quizá Bernal no se dio cuenta de esto, pero en la necesidad de describir o comunicar alguna cosa nueva que le representaba el mundo recién descubierto, o en la necesidad de contar alguna cosa vivida, fue realizando, repito, sin querer, múltiples ejercicios de expresión o composición,

¹⁴⁶ Francisco Delicado, *Retrato de la Lozana Andaluza*, Madrid, José Porrúa Turanzas, 1975, p. 340.

que lo condujeron a que su palabra corriera fácil y ligera. Después de todo, eran tantas las veces que había platicado la misma historia que, seguramente, algún mérito tenía lo ya muy platicado. Alcanzó, pues, la formación literaria requerida y se sentó a escribir y a recordar su historia verdadera.

Capítulo III

El escritor y la obra

Precisar qué es lo que debe entenderse por un escritor –escritor verdadero– o a quién puede llamársele así, nunca fue fácil ni sencillo. Difícil y polémico ha sido. Porque, mientras algunos sostienen que el principal compromiso del escritor es con el idioma y se privilegia la elegancia del estilo o la importancia de la forma; otros, en cambio, consideran que el verdadero escritor es aquel que sabe expresar a cabalidad el mundo interior que lleva dentro, sin importar si escribe con apego a la gramática, cuida la pulcritud sintáctica o carece de una gran riqueza en el léxico.

Cierto que no se puede ser escritor si no se sabe qué son y cómo funcionan las palabras, o si no se cuenta con una verdadera y real preocupación por el lenguaje, o incluso, si no se posee “oído” –la eufonía es otra ley del idioma– o si se está falto de lecturas, pero también es cierto que escritor es aquel que da con una verdad humana – sin que nos deslumbre con un gran estilo– y revela –o atrapa– alguna característica permanente de la vida.

Como en el caso del escritor, en el de la literatura, –de la definición de la literatura, quiero decir– ocurre lo mismo. Mientras hay quienes consideran que la jurisdicción donde más claramente se advierte la naturaleza de lo literario es en la construcción del texto, en la expresión, en la percepción de la forma; hay otros, en cambio, que afirman que la literatura –Stephen Vizinczey, entre ellos– no trata tanto del lenguaje, sino de la vida, no tanto de los significantes, sino de los significados, y cuya sustancia, dicen, se encuentra principalmente en el

hombre y en su imaginación. De tal suerte que tanto para la precisión de la literatura como para la del escritor, no existe una última palabra. No hay nada definitivo ni categórico. Por el contrario, existen muchos pareceres y muchos puntos de vista. En materia artística, o literaria, los valores absolutos están condenados al fracaso. Todo lo que se diga, tanto para la literatura como para la condición del escritor, no es sino una mera aproximación al auténtico problema de fondo.

No obstante, quizá pudiéramos arriesgar algunas consideraciones. Decir, por ejemplo, que escritor no es aquél que simplemente da rienda suelta a su escritura, como si fuera un grafómano, sino aquél que sabe pensar y, sobre todo, sentir. Porque el misterio del escritor se encuentra, quizá, más en el corazón que en la cabeza. Tiene que sentir la vida más que pensarla. Y por lo tanto, se convierte así, entonces, sobre todo, en un grito, un llanto, un sufrimiento. O, en todo caso, en una risa o una sonrisa. Pero no puede, por ningún motivo, permanecer indiferente ante la realidad que lo rodea. Debe vibrar ante el espectáculo del mundo, padeciéndolo o imaginándolo, pero siempre con la determinación de producir una obra viva.

Azorín, por eso, dice, sin duda, que no es escritor, quien carece de naturalidad y fuerza vital. Quizá porque para él sólo lo vivo perdura. No debe, por tanto, el escritor, pensar demasiado en la técnica, en la gramática o la sintaxis, ni mucho menos –o no sólo– en encontrar la palabra sencilla y clara, sino en tener cosas que decir, que contar, pues únicamente el que ha vivido es capaz de hacer obra memorable. Ésa es la razón por la que se ha dicho también que los buenos libros los escriben no tanto los buenos literatos, sino los hombres. Son los criminales, ladrones –o soldados como en el caso de

Bernal- quienes, conociendo la mente y el corazón humanos, son capaces de dejar testimonio de su tiempo y de su existencia.

Por otro lado, hay también que decir que se puede ser escritor, sólo con un solo libro publicado, o incluso, sin jamás haber escrito nunca uno solo, de la misma manera que no se es escritor aunque se hayan ya publicado 30 ó 40 novelas, largas o breves, pues no es el número de palabras –o de libros– lo que lo define, sino un temperamento, una vibración, un estado de alma.

Ser escritor es ser, quizá, una zozobra o un temblor que da sólo la vida cuando se le experimenta como una descarga infinita de emociones. El escritor se afana entonces por arrancarle a la existencia su fuerza cotidiana, aunque fracasa las más de las veces. No obstante, se empeña y lo intenta y lo vuelve a intentar, aunque sepa en el fondo que nunca lo alcanzará. Sin embargo, es justamente en ese drama, en esa lucha, en esa pena, en la que al propio tiempo que deja su sangre y sus lágrimas, consigue la soñada y anhelada gloria.

El escritor, para serlo de verdad, debe comprometerse con la vida. Y está bien, muy bien, que se esfuerce por conocer su idioma –de ahí le vienen precisamente muchas desgracias a los escritores actuales– y que se preocupe y tenga como máximo interés –a todas horas– la forma en que están mejor dichas las cosas –al escritor le interesa mucho más el sentido expresivo, artístico, del lenguaje que su sentido lógico, y mucho mejor si puede manifestar sus preocupaciones con belleza, con palabras que a un tiempo tengan una resonancia y una trascendencia emotiva– porque todo eso, digo, hay que aplaudirlo y celebrarlo, y forma parte esencial de la condición de escritor, mas lo primero, quizá, sea la búsqueda de la deslumbrante vida.

Bernal, en su libro inmortal, lleva a cabo esta demanda de manera incansable. Puebla su obra de infinidad de anécdotas, intrigas, pleitos, pero también de recuerdos, detalles, cuentos viejos como él los llama, y los condimenta, les da sabor, con ocurrencias, digresiones, refranes, pasajes humorísticos, y asimismo con llantos, enojos, e incluso, con chismes. Y por todo esto es que quizá algunos historiadores, lamentablemente algunos malos historiadores cuyo nombre no vale la pena recordar, más gustosos de la prosa árida y fría, sesuda, y adoradores de la objetividad –ya Certau ha puesto en tela de duda esa supuesta objetividad– han criticado duramente la *Historia*, tachándola de subjetiva, poco seria, y con demasiados datos falsos. Pero es precisamente en esa medida, en la capacidad del soldado de escribir una obra viva, llena de imaginación y entretenida, que el libro parece inclinarse más ahora del lado de la literatura que de la historia. Tal vez gusta más en nuestros días a la gente de letras, y a los hombres comunes y corrientes pero amantes de la literatura, que a los pensadores y eruditos de la historia. Y Bernal como que se da perfectamente cuenta de esto, pero tal parece que no pudiera contener el impulso por contar cosas, por decir lo que vio y oyó, por vestir su *Historia...*, por darle amenidad y variedad: “Dejemos de contar vidas ajenas – dice– que bien sé que tendrán razón de decir que para qué me meto en estas cosas, que por contar una antigüedad y cosa de memoria acaecida, dejo mi relación.”¹⁴⁷

¹⁴⁷ Bernal Díaz del Castillo, *op. cit.*, Cap. CCI, pp. 316-317.

3.1. Percepción lingüística.

Son abundantes, por otro lado, los sitios en los que se puede advertir la conciencia lingüística de nuestro autor y su aguzado olfato para las formas de expresión. Constantemente, a lo largo de la obra, da muestras de que llama mucho su atención el habla de sus contemporáneos. Le atrae el cómo dicen lo que dicen y ante esto es incapaz de permanecer indiferente. Hieren su sensibilidad no sólo los giros y modismos, sino incluso la materialidad de la palabra. A tal grado que, al final del libro, cuando hace el recuento de todos los capitanes y soldados que pelearon en la Conquista, da la impresión de que los llegara a definir no tanto por sus virtudes y defectos, sus orígenes y oficios, sino por la forma de su habla o lo bueno o malo de su conversación.

Recuerda a un clérigo, “que se decía Guevara”, que envía Pánfilo de Narváez a Sandoval, para que éste se rinda, porque “tenía *buena expresiva*”¹⁴⁸. Y lo mismo dice de otro fraile, “que se decía fray Pedro Melgarejo de Urrea”, quien también, al fin gente de libros, “tenía *buena expresiva*”¹⁴⁹. De la Malinche, doña Marina, señala que Cortés la elegía, para comunicarles a los indios que abandonasen las sodomías e idolatrías, pero también los robos, sacrificios y el consumo de carne humana, porque ella “lo sabía *bien decir*”¹⁵⁰.

Tampoco era insensible, incluso, al timbre de la voz. De los capitanes comenta, por ejemplo, que Cristóbal de Olid tenía “*la plática algo gorda y espantosa*”, pero que era de “*buena conversación*”¹⁵¹, lo mismo que de Pánfilo de Narváez, quien tenía “*en la plática y voz muy entonada como que salía de*

¹⁴⁸ *Ibid.*, Cap. CXI, p. 338. En ésta, como en las siguientes citas relativas a la forma del habla o la conversación, los subrayados son míos.

¹⁴⁹ *Ibid.*, Cap. CLVIII, p. 77.

¹⁵⁰ *Ibid.*, Cap. CLXXXIII, p. 227.

¹⁵¹ *Ibid.*, Cap. CLXV, p. 130.

*bóveda*¹⁵². De Gonzalo de Sandoval señala que “la voz no la tenía muy clara, sino algo espantosa, y *ceceaba* tanto cuanto; *no era hombre que sabía letras*, sino a las buenas llanas”¹⁵³. Y de Diego de Ordaz observa que “*la habla* no acertaba a pronunciar algunas palabras sino algo *tartajoso*”¹⁵⁴, pero que también era de *buena conversación*, al igual que Velázquez de León, quien a su vez, como Olid, “tenía la voz espantosa y gorda”¹⁵⁵, pero además “algo *tartamuda*”¹⁵⁶.

Y Cortés, por supuesto, no podía faltar, de quien subraya era dueño de una “*plática y agraciada expresiva*”¹⁵⁷ y quien además, indica, tenía “*gran retórica*”¹⁵⁸. Juraba el Capitán, para que le creyeran y vieran que era hombre de palabra, diciendo siempre “En mi conciencia”, y el día que le llevaron las cartas, para su juicio de residencia, Cortés “las besó y puso sobre su cabeza y despachó mensajeros con *palabras sabrosas* y ofrecimientos *muy mejor dichos que yo las sabré decir*”¹⁵⁹. Otro día también, a caballo, ordenó Cortés a los soldados que callaran y “luego comenzó un parlamento por tan lindo estilo y *plática tan bien dicha* cierto otra más sabrosa y llena de ofertas que yo aquí sabré escribir”¹⁶⁰

No olvida Bernal tampoco a Rodrigo Rangel, que era “*vocinglero y hablaba mucho*” y que no era para que, en la guerra, “de él se hiciese memoria”, pero que un día, “*a grandes voces* llamó a todos los soldados y dijo:

¹⁵² *Ibid.*, Cap. CXIII, p. 343.

¹⁵³ *Ibid.*, Cap. CCVI, p. 352.

¹⁵⁴ *Ibid.*, Cap. CCVI, p.353.

¹⁵⁵ *Ibid.*, Cap. CLXV, p. 130.

¹⁵⁶ *Ibid.*, Cap. CCVI, p. 353.

¹⁵⁷ *Ibid.*, Cap. CXCIV, p. 281.

¹⁵⁸ *Ibid.*, Cap. CLXX, p. 174.

¹⁵⁹ *Ibid.*, Cap. CXCI, p. 256.

¹⁶⁰ *Ibid.*, Cap. CXXII, p. 365.

“Ya es echada la suerte, que ya hemos de ir adelante, que voto a tal o descreo de tal (que siempre *éste era su jurar y su hablar*) si Bernal Díaz del Castillo no me ha dicho la verdad y lo que todos conviene”.¹⁶¹

Al hacer el recuento de todos los soldados y capitanes que llevaron a cabo la Conquista, nuestro autor asimismo recuerda a un Rodrigo de Castañeda que había sido buen soldado y *nahuatlato*¹⁶² y a un fulano de Pilar que “fue buena *lengua*”.¹⁶³ En algunos casos, también tiene, en la palabra, plena conciencia del cambio en su punto de articulación, pues al escuchar ésta en una lengua ajena y tratar de adaptarla a la suya propia, se produce una modificación lingüística: “Y otro día fuimos camino de otro muy mejor y mayor pueblo, que se dice *Coadlavaca*, y comúnmente corrompemos ahora aquel vocablo y le llamamos Cuernavaca.”¹⁶⁴

La perceptibilidad, pues, de nuestro autor para percatarse, en medio de las patas de los caballos, y en medio de las piedras, gritos y varas, de la forma –o formas– que usan sus compañeros para el español hablado es notoria y donosa. Ciertamente estamos aún en una época donde lo oral prevalece –Bernal se reunía, al final de la jornada, o durante las guardias, a conversar con sus compañeros y a comentar cuántas bajas había habido y cuántas proezas habían realizado, y muy probablemente, a la manera del hombre primitivo, quien a la luz de una hoguera, por la noche, también contaba cómo le había ido en la caza de los monstruosos animales y hacía nacer la leyenda y el mito, así los conquistadores españoles, de igual modo, se ejercitaban en el arte de la narración y le daban vuelo a su historia, sacándola de la realidad, e

¹⁶¹ *Ibid.*, Cap. CLXIX, p. 171.

¹⁶² *Ibid.*, Cap. CCV, p. 338.

¹⁶³ *Idem.*

¹⁶⁴ *Ibid.*, Cap. CXLIV, p. 479 .

introduciéndola en el terreno de lo literario– son tiempos de hablar, pues, digo, y tal vez de gritar, efectivamente, pero no cualquiera tiene esa inclinación o ese gusto por las palabras, las consonancias y los versos.

Además, cuando estuvo en Cuba –de 1514 ó 15 al 19, aproximadamente– aprendió, según él, *muy bien* la lengua de esta isla –el taíno¹⁶⁵– que era la misma de la otra isla de Jamaica:

Vino una india moza, de buen parecer, y comenzó de hablar en la lengua de la isla de Jamaica, y dijo que todos los indios e indias de aquel pueblo se habían ido huyendo a los montes, de miedo. Y como muchos de nuestros soldados y yo entendimos muy bien aquella lengua, que es como la propia de Cuba, nos admiramos de verla y le preguntamos que cómo estaba allí, y dijo que...¹⁶⁶.

3.2. Primeras manifestaciones poéticas.

El soldado escritor, por otra parte, goza fama, recordemos, de ser uno de los primeros, si no el primero, en dar a conocer las representaciones poéticas que inauguran, en nuestro Continente, o por lo menos en nuestro país, la historia de la poesía en lengua española. Alfonso Reyes afirma que la literatura, en su expresión popular, en español, entró a México por boca de los conquistadores y que “dos o tres pasajes de Bernal Díaz del Castillo representan esta hora simbólica”¹⁶⁷. Recuerda el romance de Calainos (*Cata Francia, Montesinos...*) y el viejo romance histórico en que Nerón, sin dolerse de nada, ve arder a Roma (*Mira Nerón de Tarpeya...*)

Habría que agregar también el cantar de Tacuba, que ya antes hemos recordado, (*En Tacuba está Cortés...*), la inscripción de la culebrina de oro y

¹⁶⁵ Cfr. Manuel Alvar, *Americanismos en la “Historia” de Bernal Díaz del Castillo*, Madrid, Revista de Filología Española, Anejo LXXXIX, 1970, p. 17.

¹⁶⁶ Bernal Díaz del Castillo, *Historia...*, op. cit., Cap. VIII, p. 62.

¹⁶⁷ Alfonso Reyes, “Las letras patrias” en *México y la cultura*, México, SEP, 1961, p. 223.

plata, llamada *El Fénix*, que Cortés envió a Su Majestad (*Aquesta ave nació sin par; yo en serviros, sin segundo, y vos, sin igual en el mundo*¹⁶⁸), y las sentencias, o motes como las llama Bernal, que aparecían, “algunos en prosa y otros en metros”, en las paredes blancas del palacio de Cortés, en Coyoacán, y que bien pudieran considerarse el origen de los grafitos en nuestro país:

Oh, qué triste está la ánima mea
hasta que todo el oro que tiene
tomado Cortés y escondido lo vea¹⁶⁹

Y las respuestas del Capitán que “era algo poeta” y que “respondía también por buenos consonantes”; hasta que se molestó y escribió:

Pared blanca, papel de necios.¹⁷⁰

Aunque la réplica no se hizo esperar:

Aun de sabios y verdades,
y Su Majestad lo sabrá muy presto¹⁷¹

Por otro lado, de igual modo se podrían incluir, dentro de estas originarias expresiones de poesía popular, los libelos infamatorios que Bernal recoge como una muestra de las diferencias que se suscitaban entre los españoles por el poder; en este caso, entre quienes dejaba Cortés, al ir a buscar a Olid a las Hibueras, como representantes suyos –el tesorero y el contador– y los que querían reemplazarlos, es decir, el veedor y el factor:

¡Oh, fray Gordo de Salazar,
factor de la diferencias!
Con tus falsas reverencias
engañaste al provincial.
Un fraile de santa vida
me dijo que me guardase
de hombre que así hablase
retórica tan polida¹⁷²

¹⁶⁸ *Ibid.*, Cap. CLXX, p. 173.

¹⁶⁹ *Ibid.*, Cap. CLVII, p. 73.

¹⁷⁰ *Idem.*

¹⁷¹ *Idem.*

Y aquel otro –éste contra Cortés– que Bernal tachó en el original, pero que tiene las mismas características:

Oh, Fray Hernando, provincial;
 más quejas van de tu persona
 delante Su Majestad,
 que fueron del Duque de Arjona
 dejante su general!¹⁷³

De tal manera que, el hecho de que nuestro autor incluya todas estas coplas populares, denuncia, a nuestro juicio, el gusto y apego que tenía este hombre por las expresiones verbales, por la poesía popular, por las consonancias y por el hablar en octosílabos o endecasílabos.

Y en cuanto a su agudeza, no por el español hablado, sino el escrito, hemos señalado ya que él leyó el *Amadís*, las *Cartas de Relación* de Cortés, algunas otras cartas de sus compañeros, algún libro de historia como el de Flavio Josefo, o acaso el de Julio César, y a los cronistas como Jovio e Illescas. Pero donde más claramente se ve su perspicacia, respecto del lenguaje escrito, es en la lectura de Francisco López de Gómara, pues es evidente que a este autor le encajó el diente por razones de veracidad y de desquite. Mas al hacerlo, se percató de la buena prosa del capellán de Cortés, ya que declaraba que "...si como tiene buena retórica en lo que escribe, acertara a decir lo que pasó, muy bien fuera."¹⁷⁴ Lástima de prosa, estilo, forma o expresión, porque de nada vale si miente. Ciertamente en un ámbito histórico, pero no literario, pues si hasta la más grande mentira está dicha con hermosura, puede ser que ésta parezca verdad, o por lo menos que deslumbré, y aquí

¹⁷² *Ibid.*, Cap. CLXXIV, p. 192.

¹⁷³ *Ibid.*, Cap. CXCIV, p. 272.

¹⁷⁴ *Ibid.*, Cap. CXXIX, p. 409.

Bernal bien que observa y pone atención, como escritor, en la *retórica* de su rival.

3.3. Malicia de escritor.

En este renglón es también donde se advierte más claramente la malicia, la malicia de escritor, de nuestro autor. Mientras Gómara es el ilustrado, el latino, el de prosa tan pulida e impecable, Díaz del Castillo es el pobre idiota sin letras, sin latín, sin universidad, un simple soldado, un hombre del montón, pero es él quien dice la verdad, no importando la forma en que la diga, atropellada o con desaliño, pues lo que vale es decir la verdad.

Es patente que Bernal busca contrastar, mejor dicho, exagerar, la distancia y la disparidad entre uno y otro. Porque, mientras más él se reduzca, o “se tire al piso”, para usar la expresión popular, y al otro lo engrandezca y lo ponga por las nubes, más él se ganará la simpatía de los lectores. ¿Cómo es posible que este bruto, que apenas habla y escribe, tenga el sabor y la verdad, mientras que aquél que es un sabio por donde se le mire, apenas y acierte a presentar la verdad a medias, o en todo caso, no haga más que ensartar una serie de disparates?

Los lectores estarán, sin duda, de parte de quien les cause asombro. Y el soldado sabe que ésa es su estrategia. Por eso es irónico, se burla, hace escarnio, finge, echa mano de toda su picardía de escritor, cuando exclama:

Miren los curiosos lectores cuánto va de la verdad a la mentira, a ésta mi relación en decir letra por letra lo acaecido, y no miren la retórica y ornato, que ya cosa vista es que es más apacible que no ésta tan grosera, más resiste la verdad a mi mala plática y pulidez de retórica...yo soy más obligado a decir la verdad de todo lo que pasa que no a lisonjas.¹⁷⁵

¹⁷⁵ *Ibid.*, Cap. CXXIX, p. 411.

A lo largo del libro, se encuentran infinidad de afirmaciones como “No sé en qué entendimiento de un tan retórico cronista cabía que había de escribir tal cosa...”¹⁷⁶; “Yo no le entiendo su escribir y había de mirar que cuando lo escribía en su historia, que había de haber vivos conquistadores de los de aquel tiempo que le dirían, cuando lo leyeren: ‘Esto no pasa así’”;¹⁷⁷ “[...] estoy muy harto de declarar sus borrones[...] hemos tenido por cierto los conquistadores verdaderos que esto vemos escrito, que le debieron dar oro a Gómara”¹⁷⁸; “[...] que es cosa de reír en lo que escribe[...]”¹⁷⁹; “lo que escribe va muy desatinado y a lo que yo he sentido él no tiene la culpa, sino el que le informó[...] le dio dineros por ello[...]”¹⁸⁰; “yo las maldigo como cosa de patrañas y mentiras, puesto que por más lindo estilo lo diga”¹⁸¹; “todo lo que en aquel caso dice Gómara es burla”¹⁸²; “y desde que los dos caballeros vieron claro lo que les dije juraron que habían de romper el libro e historia de Gómara.”¹⁸³

Seguramente, la verdad, por ser testigo y actor de la Conquista, está de lado de Bernal, de acuerdo, y se comprende que éste se moleste por no aparecer citado –ni él ni ninguno de sus compañeros– y por que toda la gloria se le atribuya a Cortés, pero esto no quita que debajo de la controversia, de manera hábil y con veladuras, y acaso con una gota de desquite –que al fin y al cabo para eso es también la literatura: para corregir un poco las deformaciones de la vida– subyazca un jueguito de desacreditación, e incluso, de mofa.

¹⁷⁶ *Ibid.*, Cap. XCIV, p. 291.

¹⁷⁷ *Idem.*

¹⁷⁸ *Ibid.*, Cap. CXXIX, p. 409.

¹⁷⁹ *Ibid.*, Cap. CXXLI, p. 463.

¹⁸⁰ *Idem.*

¹⁸¹ *Ibid.*, Cap. CXXXII, p. 420.

¹⁸² *Ibid.*, Cap. CXXXVIII, p. 397.

¹⁸³ *Ibid.*, Cap. CXXLI, p. 463.

En otros pasajes, hace como que no encuentra la palabra que exprese su emoción, como que no sabe decir lo que quiere decir, como si el idioma –el mezquino idioma de que hablaba Bécquer– no se le entregara por falta de genio, pero lo cierto es que sólo se trata de un disimulo, de una argucia de escritor, o en todo caso, de una malicia.

Dice, por ejemplo, “qué gritos y alaridos y silbos nos daban y cómo se venían a juntar con nosotros pie con pie, digo que yo no lo sé escribir”¹⁸⁴. Ciertamente, no sabe, o supongamos que no lo sabe, pero bien que ya lo dijo. O, de igual modo: “se remudaban...les cargaban de vara y flecha y piedra, porque era más que granizo (que de pronto cubrían la calzada) y no lo sé aquí decir, ni habrá quien lo pueda comprender, sino los que en ello nos hallamos...”¹⁸⁵. Efectivamente, como en el caso anterior, lo ignora, pero bien que ya contó lo que quería contar. De tal suerte, que todos estos giros no son sino recursos, tretas, que emplea el escritor para darle agudeza y desenvoltura a su prosa.

El estilo del soldado, o su “retórica”, tiene su raíz, fuerza y permanencia en la curiosidad por el español hablado de sus contemporáneos. No es tanto lo que dicen, sino cómo lo dicen lo que atrajo su atención y lo que le permitió reconstruir la emoción de una plática, el recuerdo de lo que se había vivido y quiere contarse, el detalle que jamás pudo olvidar. Y todo había que contarlo “a las buenas llanas”, es decir, con claridad y llaneza, como también recomendaba Cervantes era la cualidad de la buena prosa.

¹⁸⁴ *Ibid.*, Cap. CL, p. 14.

¹⁸⁵ *Ibid.*, Cap. CLI, p. 18.

Seguramente, a Bernal le gustaba platicar, platicar sabroso¹⁸⁶, facundo como todo hombre de pueblo, con ingenio e imaginación, y seguramente su estilo se formó con su plática, su habla, su conversación, pues como creía Juan Ramón “el estilo se forma con la expresión”¹⁸⁷, es decir, hablando, y la *Historia...* sin duda, la platicó, antes de escribirla, muchas veces a cuantos quisieron oírla, o incluso, a sí mismo, y en cada ocasión que lo hacía lo más probable es que le agregara algún detalle, alguna anécdota, algo que él se daba cuenta gustaba a sus oyentes.

Al final del libro, se vale de dos supuestos licenciados –otra de sus malicias– uno de ellos “muy retórico”, para manifestar su propia opinión acerca del origen de su estilo y para externar, como escritor– ¿acaso como lector o crítico?– su propia concepción de lo que debía ser la buena literatura:

en cuanto a la retórica, que va según nuestro *común hablar* de Castilla la Vieja, y que en estos tiempos se tiene por más agradable, porque no van razones hermoeadas ni policia dorada, que suelen poner los que han escrito, sino todo a las buenas llanas, y que debajo de esta verdad se encierra todo *bien hablar*¹⁸⁸

El estilo de Bernal es atropellado, urgente, con prisa, como quien desesperara por decir las cosas, no quiere detenerse, le brotan a borbotones los recuerdos, las historias, los detalles; quiere llegar al final pronto, que nada se le olvide, tiene mucho que decir, que contar. Nada de morosidades, estilo ágil, impetuoso, a ratos, como un caballo desbocado. Con rapidez, vivo, como debe ser todo buen estilo, pues, según Azorín, “el mayor enemigo del estilo es

¹⁸⁶ Luis Marín, alcalde ordinario de la Nueva España, en ocasión de la presentación de testigos por parte de Bernal por dos cédulas de encomienda que le fueron otorgadas, declara: “tiene al dicho Bernal Díaz por persona honrada y de buena fama y conversación”. Bernal Díaz del Castillo, *op. cit.*, p. 430.

¹⁸⁷ Juan Ramón, Jiménez, *Cartas literarias*, Barcelona, Bruguera, 1977, 1ª ed., p 107.

¹⁸⁸ Bernal Díaz del Castillo, *Historia...*, *op. cit.*, Cap. CCXII, p. 375.

la lentitud. Escolio: no hay estilo lento que pueda perdurar...un escritor lento es como documento histórico.”¹⁸⁹

Páginas y páginas enteras sin ninguna conciencia de la estructura del párrafo. O en todo caso, párrafos largos, larguísimos, de media página, con abundancia de comas y de puntos y comas, como si al soldado no le importara nuestro descanso ni nuestra facilidad en la lectura, o como si pensara trasladar su trote y ajetreo militar –“andábamos peores que bestias”, dice– a nuestro tránsito por sus páginas. En varios capítulos aparecen expresiones como “lo diré lo más breve que pueda”¹⁹⁰, “y por no detenerme en gastar más palabras en esta relación, de muchas cosas que pasaron, las dejaré de decir”¹⁹¹, “y otros pueblos que por no detenerme no nombro”¹⁹² o “y por no detenerme en cada cosa en qué tiempo y lugar acontecía”¹⁹³

Bernal escribe dándole rienda suelta a su pensamiento, sin ninguna preocupación literaria ni ningún temor por alguna probable censura lingüística. Esto le da una libertad única. Deja correr, mejor dicho, volar la pluma, atento sólo al recuerdo que lo atormenta. A diferencia de los escritores modernos, cuesta trabajo imaginar a Bernal consultando diccionarios o gramáticas para saber cómo se dice esto o aquello. Él trae su español, su gramática, dentro de su cabeza y no le importa tropezar o irse por los despeñaderos de la escritura. Con todo, siempre, curiosamente, da con la palabra precisa, nombra las cosas por su verdadero nombre y tal parece que fuera, no un soldado, sino un verdadero hombre de letras.

¹⁸⁹ Azorín, *El artista y el estilo*, México, Aguilar, 1976, p. 156.

¹⁹⁰ Bernal Díaz del Castillo, *op. cit.*, Cap. CLII, p. 30.

¹⁹¹ *Ibid.*, Cap. CLVIII, p. 83.

¹⁹² *Ibid.*, Cap. CL, p. 15.

¹⁹³ *Ibid.*, Cap. CXXXIII, p. 421.

3.4. Prolijidad y amenidad.

Lo que sí parece interesarle mucho a nuestro autor es la prolijidad. La prolijidad en sus dos acepciones: en la de molesto y pesado y en la de largo y dilatado. Y es que como escritor, más que como historiador, sabe, o intuye, que la monotonía irrita a los lectores y que estos se complacen mucho más en la quintaesencia –divisa del Siglo de Oro– que en el farrago.

No obstante, en su caso, es tanto lo que tiene que decir, que contar, que en algunas ocasiones olvida, o de plano, no puede con su propósito. Y es entonces cuando se echa a contar – trae las historias por los cabellos– y se extiende en los capítulos y resulta a veces copioso, aunque no farragoso. Está perfectamente consciente del peligro narrativo que entraña la redundancia, y por eso, de la prolijidad, en el sentido de impertinencia, de pesadez y molestia, afirma: “y como lo he dicho muchas veces, y estoy harto de decirlo, los lectores no lo tengan por cosa de prolijidad [...] daban recia guerra”¹⁹⁴. Y en otro momento, confirma: “es prolijidad recitarlo tantas veces y por esta causa pasaré adelante”¹⁹⁵.

Con el significado de extenso, dilatado, largo, sostiene: “y no los pongo por capítulos [...] porque me pareció que era gran prolijidad [...] y parecería a los libros de Amadís o Caballerías”¹⁹⁶; y en otras circunstancias afirma: “había muchas joyas de diversas maneras y hechuras y tan primas que si me parase a describir cada cosa y hechura de ello por sí es gran prolijidad lo dejaré de decir”¹⁹⁷; “y no me lo tengan por prolijidad en contar cosas viejas”.¹⁹⁸ De tal

¹⁹⁴ *Ibid.*, Cap. CXXVIII, p. 397.

¹⁹⁵ *Ibid.*, Cap. CXLIV, p. 480.

¹⁹⁶ *Ibid.*, Cap. CLI, p. 30.

¹⁹⁷ *Ibid.*, Cap. CLVII, p. 71.

¹⁹⁸ *Ibid.*, Cap. CLXXXIII, p. 227.

suerte que el soldado se da muy bien cuenta de lo que representa la variedad para el deleite de la inteligencia y entonces trata de rehuir el tema solo de la guerra. La Conquista no era solamente la contienda bélica. Era asimismo la disputa religiosa, cultural, económica. Por eso, no se queda sólo con un asunto o no le satisface hablar únicamente de batallas y de muertes, sino que nos platica un sinfín de cosas que realmente despiertan la curiosidad de cualquier lector. Sabe, como escritor, de la desgracia que significa el aburrimiento y de la importancia de embrujar al lector con toda clase de historias –veraces y verosímiles– y no despertarlo sino hasta el fin del libro, o por lo menos, del capítulo.

El tema de la guerra es un tema que muy bien puede dar de sí, como ya lo demostró, siglos después, Stephen Crane, en su reveladora novela corta *La roja insignia del valor*. Por medio de la guerra se puede llegar al conocimiento de uno mismo, y de los hombres, y del mundo. Las ideas acerca del valor, la cobardía, el miedo, la violencia, entre otras, se alteran, se trastocan y se vuelven a precisar. Pero en Bernal Díaz del Castillo se trata más bien de reproducir una época, un tiempo, un acontecimiento, y hubiera sido muy difícil que él, por medio solo de este tema, considerando el nivel de desarrollo de la épica o la novela, hubiera ahondado en las peculiaridades de su naturaleza íntima.

Para él un buen libro, una buena crónica, un buen relato no era aquel que hablara siempre de lo mismo, sino aquel que procurara ser ameno, diverso, entretenido. Por eso jamás hubiera escrito una obra fría, monótona, aburrida. No podía atenerse sólo a la referencia precisa y al dato histórico. Quería atrapar la vida, contar lo que veía y lo que lo maravillaba y lo que nunca

pudo olvidar. Así, de pronto, nos habla de la conjura para asesinar a Cortés, a puñaladas, durante un banquete, mientras lee una supuesta carta de su padre, y de repente, como sin sentirlo, Bernal ya ha creado el interés por la lectura. Y si bien es cierto que no llega al suspense, sí despierta la curiosidad por querer saber más y por conocer cómo se descubrió la traición.¹⁹⁹ Luego, más adelante, nos platica de las nubes de mosquitos que había en el pueblo de Tustepeque y de cómo tuvo que posar en un adoratorio de ídolos para poder dormir esa noche y poder librarse de la tortura de los insectos²⁰⁰; o de cómo, cuando atravesaban el río Chipilapa, surgían de éste, llenos de lodo, unos gigantescos sapos, seguramente feos –nos los imaginamos– como animales prehistóricos, pero al propio tiempo fascinantes²⁰¹. Y cómo, también nos cuenta, son atacados todos los conquistadores por unos tiburones furiosos, mientras se arrojaban unos tocinos al agua para poder descargar la carabela y no encallar en una isleta y cómo a un marinero lo hicieron pedazos estos animales y se lo tragaron, mientras los demás huyeron despavoridos²⁰². Pero antes ya nos ha relatado también cómo los cocuyos, en noches de lluvia y de gran oscuridad, cerca de Cempoal, alumbraban y alegraban la noche, pero lamentablemente eran confundidos con mechas de escopeta,²⁰³ y cómo un gavián, que llamaba la atención de los españoles por su vuelo y por su manera de cazar, se pierde por el lugar donde volaba, hasta que Moctezuma, que está oyendo suspirar a los españoles por tener un animal así, da la orden de que lo capturen y de que se lo traigan, y cómo finalmente se lo traen, pues el

¹⁹⁹ *Ibid.*, Cap. CXLVI, p. 493.

²⁰⁰ *Ibid.*, Cap. CLX, p. 92.

²⁰¹ *Ibid.*, Cap. CLXXV, p. 195.

²⁰² *Ibid.*, Cap. CLXIII, p. 119.

²⁰³ *Ibid.*, Cap. CXXII, p. 372.

emperador mexica tenía poder sobre los hombres, sobre los animales, sobre las piedras y sobre el mundo entero.²⁰⁴

3.5. Gusto por la minucia.

Refiere el soldado infinidad de detalles como cuántos escalones, por ejemplo, tenían los Templos Mayores de Tlaltelolco, Cholula y Tezcoco, o nos señala que a Juan de Grijalva le quebraron dos dientes, o que a Narváez le quebraron un ojo, o que se le quedó a Cortés una alpargata en el cieno, o que, como señal del camino, dejaron tres heridas en una ceiba, o que él no tomó mucho oro cuando la huída de la Noche Triste, sino sólo 4 *chalchihuis*... o, en fin, que ya va larga la lista, como dice el Periquillo, y para muestra basta sólo un botón.

3.6. Personajes.

Presenta Bernal algunos personajes, propios de novela picaresca, que bien pudieran llamar a risa o escándalo, como aquel Botello, nigromántico y latino, astrólogo, que echaba suertes, –ni más ni menos que como los supersticiosos indígenas– y a quien, al morir, le encontraron, entre sus pertenencias, en una petaca, unos papeles con cifras, rayas y señales raras, que vaticinaban, como jugando, jugando, como deshojando una margarita, el día de su tránsito. Aparecía “un morirás...no morirás...morirás...no morirás...”, pero apareció también, extrañamente, en la misma petaca, “una *natura* como de hombre, de obra de un gеме, hecha de baldrés²⁰⁵, ni más ni menos, al

²⁰⁴ *Ibid.*, Cap. XCIX, p. 307.

²⁰⁵ “Desus. baldés. Piel de oveja, curtida, suave y endeble, empleada especialmente para guantes.” *Diccionario de la Real Academia Española, s.v. ‘baldrés’*.

parecer de natura de hombre, y tenía dentro como una borra de lana de tundidor”.²⁰⁶ O sea que también, dentro de los muy hombres señores conquistadores, hombres de hierro y barbas, había quien no cantaba mal las rancheras...

Y cómo olvidar a aquel otro viejecito, quien además de padecer bubas, y que estaba casi en los puros huesos por la consunción o tisis, hético, y a quien le recomendaron tomar leche de cabra, pero a quien le recetaron sobre todo –y seguramente se lo recetaron como la cosa más maravillosa y buena del mundo– mamar a una mujer,²⁰⁷ cosa que llevó al pie de la letra el buen viejecito durante ocho largos meses, al cabo de los cuales murió finalmente, triste, pero gozoso.

Y otro, que tenía buena plática y era un gran embaucador, y que prometió que haría parir a una mujer, que sanaría de gota a un Cardenal y que curaría del brazo al mismísimo Cortés, y finalmente ni uno se curó ni la otra parió y el otro se quedó, como dice Bernal, más manco que antes pues sólo despilfarró sus indios y su oro²⁰⁸. Y recuerda también Bernal a un negro, “que harto negro fue para la Nueva España”²⁰⁹, y que fue el que trajo la viruela y se la contagió a los indios, y que estos, por más baños que se daban, no se curaban. En fin, que son varios los personajes pintorescos y memorables que andan por sus páginas, lo mismo que aquellos otros de nombres imborrables, mucho más literarios que históricos, como Cervantes, *El Loco* –¿será una coincidencia?– Juan de Limpias, Tarifas de las Manos Blancas, Martín

²⁰⁶ Bernal Díaz del Castillo, *op. cit.*, Cap. CXXVIII, p. 398.

²⁰⁷ *Ibid.*, Cap. CXCIII, p. 264.

²⁰⁸ *Ibid.*, Cap. CCI, p. 316.

²⁰⁹ *Ibid.*, Cap. CXXIV, p. 378.

Vendaval –apodado así porque también era medio loco– Castillo de los Pensamientos, Rapapelo, Niño Pinto, Arbolanche, etcétera, etcétera.

Bernal vuelve con las intrigas, chismes y crímenes, y también con los pleitos, traiciones y envenenamientos. Nos cuenta la conjura contra Pedro de Alvarado y sus hermanos, fraguada por ballesteros y escopeteros, en virtud de no darles el oro que, según ellos, les correspondía²¹⁰, y nos platica las maquinaciones de Diego Velázquez y el contador Rodrigo de Albornoz contra Cortés, de la misma manera como, poco después, también nos relata, a los curiosos lectores, la forma en que Francisco de las Casas, extremeño, cogió de las barbas a Cristóbal de Olid y lo asesinó, clavándole un cuchillo por la garganta.²¹¹

No olvidamos, por supuesto, las conocidas, conocidísimas historias de la Malinche, Gonzalo Guerrero, Jerónimo de Aguilar, los Santos Apóstoles, el Viejo Heredia, o la de la semilla de la naranja, el salto de Alvarado, o aquella otra de cuando Cortés embaucó a los indígenas haciéndoles creer que él tenía poder sobre los caballos. Pero éstas son sólo unas cuantas historias que bastan como muestra, pues el soldado sigue hilvanando anécdota tras anécdota, detalle tras detalle, personaje tras personaje, de tal manera que por un momento creemos que estamos más frente a una novela, o algo así, que propiamente frente a una obra de carácter histórico.

3.7. Realidad maravillosa.

Narra nuestro autor sucesos tan prodigiosos que nuestra credulidad duda entre tomar por ficción o realidad. Por esos tiempos lo extraordinario era

²¹⁰ *Ibid.*, Cap. CLXI, p. 102.

²¹¹ *Ibid.*, Cap. CLXXIII, p. 187.

cosa de todos los días. Todo era nuevo; todo era fantástico. El propio Bernal se maravillaba de lo que le contaban sus compañeros cuando iban a las islas, y él mismo llega decir, cuando ve las cabezas de tres de sus amigos que habían sido llevados al sacrificio, y que tenían las barbas y los cabellos “mucho mayor que cuando eran vivos”, que él no lo hubiera creído “si no lo viera”.²¹²

Durante el sitio, asimismo, los mexicas traían asidas –también de las mismas barbas y cabellos– chorreando sangre, las cabezas de sus enemigos y luego se las arrojaban a los tlaxcaltecas –junto con piernas asadas– para golpearles el ánimo y gritarles que eso era lo que les sobraba y que ellos ya estaban hartos de comer *teúles*, cuya carne amargaba y cuyas palabras y comportamiento eran propio de mujeres. Cuando iban de un real a otro, de una calzada a otra, tanto españoles como indígenas, caminaban, como brincando, por entre las cabezas y cuerpos de tantos muertos. Los caminos, las lagunas, las casas y barbacoas, los altares olían no sólo a sangre, sino a muerte. Cortés mismo llegó a enfermar del hedor insoportable que se desprendía de la ciudad –se le metió en las narices– pues “no había –dice Bernal en su gusto por la hipérbole– hombre que lo pudiese sufrir.”²¹³

Durante el sacrificio humano, cuenta el soldado otras linduras, otras barbaridades, en las que se advierte, a la manera de los creadores de mitos y leyendas, que engrandecían y engalanaban su relato, su tentación por caer en el terreno de la ficción más que en el histórico:

y los cuerpos dábanle con los pies por las gradas abajo; y estaban abajo aguardando otros indios carniceros, que les cortaban brazos y pies, y las caras desollaban, y las adobaban después como cuero de guantes, y con sus barbas las guardaban para hacer fiestas con ellas cuando hacían borracheras, y se comían las carnes con *chilmole*...y les

²¹² *Ibid.*, Cap. CLV, p. 55.

²¹³ *Ibid.*, CLVI, p. 64.

comieron las piernas y brazos, y los corazones y sangre ofrecían a sus ídolos...y los cuerpos, que eran las barrigas y tripas echaban a los tigres y leones y sierpes y culebras que tenían en la casa de las alimañas.²¹⁴

Y luego todas esas manos y piernas y caras desolladas con sus barbas y cabezas de los caballos las enviaban a todos sus amigos y parientes y pueblos de la comarca para que vieran que ellos, los mexicas, eran los que iban ganando la pelea.

En otra ocasión, cuando Cortés ya es vencedor y está todopoderoso y le ha llegado la Gobernación de la Nueva España, Bernal parece querer decirle que se acuerde de quiénes lo ayudaron a conseguir tal título y quiénes estuvieron en la batalla de Cholula cuando “tenían puestas las ollas con *ají*, para comernos cocidos.”²¹⁵ O en aquella otra, cuando afirma que “De los mil trescientos soldados que entramos, en ocho días nos mataron y sacrificaron y *comieron sobre ochocientos sesenta y dos españoles*, así de los que pasamos con Cortés como de los que trajo Narváez, y también sacrificaron y *comieron sobre mil tlaxcaltecas.*”²¹⁶

Hay páginas, en las que uno ya francamente se cree instalado en los terrenos del realismo mágico. Como cuando relata la historia de Juan Catalán, el soldado aquél que sanaba las heridas con sólo santiguarlas y ensalmarlas, en nombre de Jesucristo, y al que acudían todos los descalabrados y entrapajados y al que se le acumulaban colas y colas pues no había más de veinte hombres sanos por cada real. O como cuando refiere la historia de aquella mujer india, vieja y gorda –muy gorda– a la que tenían por diosa y adivina, y quien les había prometido que en cuanto ella llegara al campo de

²¹⁴ *Ibid.*, Cap. CLII, p. 40.

²¹⁵ *Ibid.*, Cap. CLXIX, p. 164.

²¹⁶ *Ibid.*, Cap. CCXIII, p. 386.

combate, al instante habían de ser derrotados los españoles. E iba aquella mujer, la diosa, digo, toda pintada del cuerpo y toda ataviada con algodón, pegado y embarrado a la carne, “y sin miedo ninguno – dice Bernal– se metió entre los indios [...] y luego fue despedazada la maldita diosa.”²¹⁷

Cuenta asimismo que un hombre murió de vergüenza y otro de enojo, y que cuando peleaban contra la tierra, la apedreaban y le gritaban: “Allí quedarás, tierra mala, y con la ayuda de Dios iremos a México”²¹⁸. Por todo esto, sin duda, fue que Alejo Carpentier dijo alguna vez que “lo real maravilloso” fue muy bien visto y expresado por vez primera en las Crónicas de la Conquista²¹⁹. Y es que, efectivamente, en Bernal, en varios momentos tenemos la sensación de que no estamos leyendo sobre la realidad, sino una ficción. Tal vez porque nuestro autor no se propuso escribir una Historia verdadera, sino una historia que pareciera verdadera, y así entonces la *Historia...* no sería una obra veraz, sino verosímil. Es decir, estaría más dentro del terreno de lo posible que dentro del terreno de lo real. Porque Bernal no miente, fabula, imagina, crea obra de ficción más que de historia, y de ahí, quizá, el disgusto o malestar de algunos estudiosos de esta materia.

En un párrafo como el que a continuación citamos puede ser que Bernal esté tratando de impresionarnos, cierto, pero puede ser también que, efectivamente, así haya ocurrido en la realidad. Algo así como si dijéramos que la verdad es verosímil o que la mentira es otra forma de la verdad. No en balde,

²¹⁷ *Ibid.*, Cap. CLXVI, p. 137.

²¹⁸ *Ibid.*, Cap. CXCIII, p. 265.

²¹⁹ Cfr. Alejo Carpentier, “Lo barroco y lo real maravilloso” en *La novela latinoamericana...op. cit.* pp. 130 y 131; “De la soledad a la solidaridad” por Miguel Osorio Cáceres y “Carpentier: La vida es la materia misma de la escritura” por Manuel Osorio en *Entrevistas Alejo Carpentier*, La Habana, Letras Cubanas, 1985, pp. 363 y 486.

Picasso decía que el arte era una mentira que nos hacía ver la verdad²²⁰, y Vargas Llosa, que la literatura era la verdad de la mentira o que la mejor de las mentiras parece una verdad²²¹.

En fin, pero volvamos al párrafo y veamos:

con la gran hambre que traíamos, –dice Bernal– así españoles como mexicanos, pareció ser que ciertos caciques de México apañaron dos o tres indios de los pueblos que dejábamos atrás y traíanlos escondidos con sus cargas [...] y con la hambre, en el camino los mataron y los asaron en hornos que para ello hicieron debajo de tierra, y con piedras, como en su tiempo lo solían hacer en México, y se los comieron; y asimismo habían apañado las dos guías que traíamos, que se fueron huyendo, y se los comieron [...] mandó Cortés por justicia quemar a un indio mexicano [...] porque pareciese que hacía justicia y que él no sabía de otros culpantes sino el que quemó.²²²

¿No parece este pasaje realidad? ¿No tiene visos de verdad? ¿Habría así sucedido? Lo cierto es que si Bernal no es veraz, sí es verosímil. Nos convence de una realidad que pudo ser una mentira, en la misma forma que Cortés está haciendo para con los indios, al tratar de convencerlos de que no hay justicia verdadera, sino que hay que hacer como si la fuese. Y este ejercicio de la fábula, o la mentira, tan de todos los días, entonces como ahora, tal parece lo cultivaban con mayor misterio e imaginación los indios que los españoles, pues como se puede ver, cuando era necesario dar la apariencia de verdad, se recurría a la fantasía indígena como en el caso del factor que, para hacerse del poder, tuvo que dar por muerto a Cortés y a sus hombres –que andaban perdidos por las Hibuerras– y tuvo necesidad de inventar

que andaban en los patios de Tezcuco unas cosas malas y que decían los indios que era el ánimo de doña Marina y la de Cortés y todas eran

²²⁰En *Antología. Textos de estética y teoría del arte*, Adolfo Sánchez Vázquez, (Comp.), México, UNAM, 1972, Lecturas Universitarias 14, p. 403.

²²¹Cfr. Mario Vargas Llosa, *La verdad de las mentiras*, Madrid, Punto de Lectura, 2007, pp. 15 -32.

²²²Bernal Díaz del Castillo, *op. cit.*, Cap. CLXXV, p. 197.

mentiras y traiciones, sino por congraciarse con el factor dijeron aquello, o el factor se lo mandó decir.²²³

Cuando Bernal miente, lo dice. Lo que equivale también de alguna otra forma a conseguir la veracidad en sus palabras. Cuando, pongamos por caso, los conquistadores echaban mano a las mujeres para hacerlas de su propiedad y luego marcarlas con el hierro, había entre ellos quienes, por la noche, se metían al aposento donde se hallaban aquéllas y se las robaban. Desaparecían, dice Bernal, “las mejores indias”, y por ese motivo “desde allí adelante muchos soldados, que tomamos algunas buenas indias, porque no las tomasen, las escondíamos, y no las llevábamos a herrar y *decíamos que se habían huido*”²²⁴. Es decir, Bernal se esmera, cuida que los lectores le den el crédito de sinceridad, honradez, verdad, que él reclama para su persona y para su *Historia*.

Cierto que él se equivoca, es inexacto, anda errado en algunos datos –lo han probado diversos historiadores²²⁵– pero eso no resta verosimilitud ni grandeza a la obra. Son lunares, efectivamente, sobre todo desde el punto de vista del estudioso de la historia, pero también recordemos en su descargo que no hay obra humana perfecta. Además, si bien es cierto él no era un idiota sin letras, como hábilmente se presenta, con instinto de escritor, para hacer crecer

²²³ *Ibid.*, Cap. CLXXXV, p. 236.

²²⁴ *Ibid.*, Cap. CXLIII, p. 470. El subrayado es mío.

²²⁵ Carmelo Sáenz de Santa María dice en *Historia de una historia*: “la historicidad de la crónica de Bernal no es absoluta. Hemos mencionado los números en los que siempre titubeó; los nombres de ciudades o pueblos indígenas, cuya transcripción fue caprichosa; los itinerarios en que con frecuencia “quemo etapas”; las escenas que no vivió y los datos que sacó de documentos, en cuya transcripción nunca fue muy seguro. Tampoco es fuente definitiva para explicar y conectar entre sí los distintos acontecimientos; a veces los “quema” como las etapas [...] *op. cit.*, p. 139. En otra parte de la misma obra también sostiene: fechas, números y nombres no son el fuerte de nuestro historiador, p. 50.

aún más la leyenda, cierto es también que no tenía la formación académica rigurosa, necesaria, estricta, que exige la de un historiador.

3.8. Las inexactitudes y los porqués del libro.

Por otro lado, la razón del porqué escribió el libro es posible también tenga su influjo en las inexactitudes. El propósito, en efecto, ha sido largamente analizado y largamente debatido. Son muchas las razones que se han esgrimido, por el propio autor.²²⁶ Entre otras, dice Bernal que lo hizo por dar a conocer la verdad, por relatarlo a los que no lo alcanzaron a saber ni lo vieron, porque haya fama de sus hechos y porque no se hizo memoria de ellos los soldados. Pero también son varias las que sostienen sus detractores e incluso sus lectores devotos. Se ha dicho, por ejemplo, es la afirmación más socorrida, que Bernal escribió el libro para congraciarse con el Rey y buscar así la recompensa. Y de igual modo, se ha sostenido que lo hizo para reprobar a otros autores y a otros libros, y para defenderse –él lo consigna– de aquellos que por pura malicia trataban de oscurecer sus servicios para con la Corona. Al final de la obra, él dice: “Porque mi intento desde que comencé a hacer mi relación no fue sino para escribir nuestros hechos y hazañas de los que pasamos con Cortés.”²²⁷ Ése, en realidad, hubiera sido el solo propósito válido y creíble para escribir el libro, dado que ¿no cambió el mundo y la historia por virtud de sus hechos y hazañas? ¿Y quién, además, no quiere dejar testimonio de lo que hizo, si lo que hizo fue memorable y si sus años son ya muchos? En lo personal, pienso, no hay una sola razón por la cual él haya escrito la

²²⁶ Cfr. Bernal Díaz del Castillo, *op. cit.*, Cap. VII, p. 57; Cap. CCV, p.351; Cap. CCX, pp. 365-368; Cap. CCXII, pp. 377-379.

²²⁷ Bernal Díaz del Castillo, *op. cit.*, Cap. CCVI, p. 355.

Historia... Son muchas, todas juntas, y a cual más, a cual menos, todas válidas. Yo mismo agregaría otras. Diría, por ejemplo, que se puso a escribir para desahogarse de tantos recuerdos que lo atormentaban, para ejercitar la memoria, para aplacar el tedio, para darle un mayor sentido a su existencia, para volver a vivir y para gozar con el recuerdo, pues ¿quién que no cuenta, no goza? Contar, relatar, narrar es disfrutar, y en medio de su soledad y vejez, qué otra cosa hace el viejo, si no echarse a caminar hacia atrás, hacia los días fulgurantes de la infancia y juventud en que todo lo podía. En fin, que son muchas las causas que se pueden enumerar acerca del porqué escribió la obra. Pero entre todas esas opiniones hay una que vale la pena destacar y es aquella que se refiere a que él lo llevó a cabo, porque en su viaje de descubrimiento y conquista, ocurrieron muchas cosas dignas de saber y de no poner en olvido, y dado que él había sido protagonista, “testigo de vista” como él dice, a nadie más que a él le correspondía dejar constancia de esos recuerdos. Es decir, como si él fuera un narrador de lo vivido y como si estuviera escribiendo más sus *Memorias* que una historia propiamente dicha de la Conquista. De tal suerte que, si ésa fue su intención, el soldado pudo sentirse con mucha mayor libertad, mucha mayor soltura, con menos rigor en el desarrollo de la escritura y de la composición, pues se sintió menos atado a cumplir con los preceptos o requerimientos de un género que tal vez ni siquiera bien a bien conocía.

El problema parece ser fue el título –la *Historia Verdadera*– porque si la hubiera llamado simplemente *Memorias de Bernal*, como aparece en una de las traducciones londinenses, de 1844, *The memoirs of the Conquistador Bernal Diaz del Castillo written by himself*, es decir, una especie de

autobiografía como la considera Manuel Alvar, tal vez se hubieran evitado, por parte de los críticos, algunos fastidiosos y cargados juicios y, por otro lado, se hubieran advertido algunos otros hallazgos y aciertos literarios. No en balde, en varias ocasiones, él mismo llega a decir que, de no haberlo salvado Dios de ser sacrificado a los ídolos y tener esa crudelísima muerte, él no hubiera podido escribir “esta *memoria* o *relación*”.²²⁸ “Dejemos estas memorias...”²²⁹, dice en otra parte, o “Volvamos a nuestra relación...”,²³⁰ dice en otra. En los documentos sobre su vida, en las famosas Probanzas de méritos, Bernal también se refiere a su trabajo como un “*memorial* de las guerras” o como “una *corónica* y *relación*”²³¹. De tal suerte que el propio soldado así consideraba también su obra –como una memoria, una relación, o una simple plática– y de ahí la libertad y los tan llevados y traídos yerros.

Recordemos no fue él quien le dio el título con que pasó el libro a la inmortalidad, sino el fraile mercedario Alonso Remón, su primer editor. Cosa curiosa, pues, en un escritor, los títulos son mucho muy importantes. A ratos, revelan la obra entera. Cuando se da con el título, tal parece que se tiene ya la idea completa o la impresión general del libro. Por eso, quizá, es que los hombres, como los libros, interesan también por el título. Título, por cierto, que ha sido diverso, según la edición o manuscrito de que se trate. En el Manuscrito Guatemala, por ejemplo, sobre sus pastas de cuero de color rojo oscuro, apareció como la *Historia original de la Conquista de México y Guatemala*. Pero en la edición guatemalteca de los años treinta –1933-34– que se hizo tomando como base este manuscrito, se publicó como la *Verdadera y*

²²⁸ *Ibid.*, Cap. CCVI, p. 356.

²²⁹ *Ibid.*, Cap. CLXXVIII, p. 212.

²³⁰ *Ibid.*, Cap. CLXXVIII, p. 210.

²³¹ *Historia...*, ed. crítica de José Barbón Rodríguez, *op. cit.*, “Documentos”, pp. 991 y 1001.

notable relación del descubrimiento y conquista de la Nueva España y Guatemala. O en la edición madrileña, de 1852, en que se dio a conocer como *la Verdadera historia de los sucesos de la conquista de la Nueva España*, o en la de Buenos Aires, de 1920, que simplemente apareció como el *Descubrimiento y Conquista de Méjico*.

Pero volviendo al asunto de las inexactitudes, la prisa, la urgencia por decir las cosas, el estilo atropellado, como ya antes apuntamos, también pudo ser la causa de las faltas o descuidos, que eso son las más de las veces, simples y meros descuidos, y no deliberados empeños por mentir. Acaso la única vez, o una de las pocas veces, en que se nota el desapego de Bernal a la verdad –a mí siempre me ha dado la impresión de que él hasta se sonroja cuando lo escribe– es aquella cuando afirma que ellos venían, sugiere que en primera instancia, a morir “por servir a Dios y a Su Majestad, y dar luz a los que estaban en tinieblas, y *también* por haber riquezas, que todos los hombres comúnmente venimos a buscar”.²³² Mentira. Fue exactamente al revés. Primero vinieron a buscar el oro, los bienes, la tierra – nadie se hubiera embarcado si le hubieran dicho que el solo propósito del viaje era “traer la luz” a los pobrecitos que vivían en tinieblas– y luego, al horrorizarse con la crueldad de los sacrificios, y con la ayuda de los misioneros, trataron de evangelizar y buscar así una justificación a sus ambiciones, o invasiones, que para el caso, parece ser, es lo mismo.

Otra causa de los errores pudo ser también la edad, los años que tenía Bernal, recordemos que él era un hombre de más de sesenta años y que, para ese tiempo, ya era considerado un hombre viejo. El tiempo seguramente se le

²³² *Ibid.*, Cap. CCX, p. 366. El subrayado es mío.

había revuelto en el pensamiento, y como es natural, hacía de las suyas alborotándole la cabeza por la distancia de los acontecimientos.

3.9. Los olvidos.

Si bien es cierto que él tenía una memoria portentosa, también es cierto que eran frecuentes y curiosos sus olvidos. Era capaz, efectivamente, de recordar el número de escalones de los templos, o los nombres y apodos de casi todos sus compañeros soldados, incluidos los nombres y tipos de sus caballos. Y era capaz de evocar el olor de la madera en determinado cepo, o cómo en una refriega le quebraron dos dientes a Juan de Grijalva, o cómo en otra le dieron una pedrada en la cara a su amigo, el capitán Sandoval, o cómo Cortés no vio dos escalones en un templo y se cayó y se rompió la cabeza, o en general un sinfín de fechas y lugares. Cierto. Y no olvida tampoco “curiosamente” –como tampoco lo olvidaban los otros soldados– que había un *chalchihuitl* en la recámara de Moctezuma del tamaño de la palma de una mano y no olvida otras muchas, muchísimas cosas más. Cierto. Todo eso es cierto. Y hasta parece que, como Funes, el inolvidable personaje memorioso de Borges, Bernal, de igual manera, fuera capaz de recordar absolutamente todo. O por lo menos a eso nos acostumbra a lo largo de la obra.

Sin embargo, no todo es así. El soldado confiesa también que ha olvidado muchas cosas. Por lo lejano de los hechos o por alguna otra razón, pero admite que ahora no recuerda con exactitud tal o cual fecha, tal o cual nombre o lugar. Hay ocasiones en que recuerda un dato, alguna cosa difícil de retener, pero, a cambio, olvida la sencilla. Combina luego recuerdos, grandes recuerdos, con minucias, y con el contraste, como que le da veracidad y

firmeza a lo otro. O al revés. No me acuerdo de esta minucia, pero sí de aquello que es lo cierto. Y todo esto es como si lo hiciera a propósito, con malicia de escritor, como no queriendo la cosa, como para que los lectores se sorprendieran aún más de su memoria y gustaran de la frescura de su estilo.

En otros momentos, parece que olvida a propósito. Hace como que se equivoca o en verdad no supiera, sabedor de que a los lectores enfada o cansa, así demasiada erudición como memoria. Por eso su obra no es una historia común y corriente, sino, en todo caso, como ya se apuntó, una memoria, una relación, o una simple pero larga plática que gusta de la amenidad y la variedad y que se preocupa porque sus lectores no se aburran. Y este aspecto de los olvidos –es importante señalarlo– porque generalmente se pone de relieve sólo su capacidad de recordación y nunca, que yo sepa, su falta de memoria, sus omisiones y olvidos, con lo que de esta manera, creo, tenemos una visión mucho más completa del autor y su obra.

En la descripción, por ejemplo, que hace de la entrada a Cholula, el soldado da nombres de algunas de las poblaciones cercanas más importantes, pero deja de mencionar las demás, en virtud, dice, de que eran demasiadas –aunque sí da a entender que no ignora sus nombres– y rememora además que Cholula era tierra de maíz, ají y magueyales y que en la tal población se fabricaba loza de barro de diversos colores –blanco, prieto y colorado– y que era una ciudad, como Valladolid, llena de altas y blancas torres, y que poseía el templo más alto de todo México, y que en ese templo se hallaba una deidad muy grande, y cuando todo el mundo espera que Bernal dé el nombre del ídolo, dado que está haciendo gala de su memoria y dada la importancia del templo y

la deidad, éste simplemente escribe que “el nombre de él no me acuerdo, mas entre ellos se tenía gran devoción y venían de muchas partes a sacrificarle.”²³³

En otro pasaje, de cuando Cortés da permiso a la gente de Narváez para volverse a la isla de Cuba, Bernal escribe:

Y se fue uno que se decía Maldonado, natural de Medellín, que estaba doliente; no digo Maldonado, el que fue marido de doña María del Rincón, ni por Maldonado el Ancho, ni otro Maldonado que se decía Álvaro Maldonado el Fiero, que fue casado con una señora que se decía Marí Arias; y también se fue un Vargas, vecino de la Trinidad, que le llamaban en Cuba Vargas el galán; no digo Vargas el que fue suegro de Cristóbal Lobo, vecino que fue de Guatemala; y se fue un soldado de los de Cortés que se decía Cárdenas, piloto. Aquél Cárdenas fue el que dijo a un su compañero que cómo podíamos reposar los soldados teniendo dos reyes en esta Nueva España; éste fue a quien Cortés dio trescientos pesos para que se fuese a su mujer e hijos²³⁴

Y cuando el soldado ya ha hecho un buen recuento de los que se fueron, que, a ratos, tiene tintes hasta como de chisme, cuando se ha acordado de varios detalles, viene el contraste y como si nada concluye que “por excusar prolijidad de ponerles todos por memoria, se fueron otros muchos que no me acuerdo bien de sus nombres.”²³⁵

Cuando nombra a los capitanes de los trece bergantines utilizados en el sitio a la gran Tenochtitlan, Bernal va mencionando a cada uno de ellos – García Holguín, Ginés Nortes, Juan Jaramillo, Pedro Barba, Briones, Jerónimo Ruiz de la Mota, Miguel Díaz de Ampiés, Juan de Limpias Carvajal, el Sordo, “que ahora es muy viejo y vive en la calle de San Francisco”, Portillo, “que entonces vino de Castilla, buen soldado, que tenía una mujer hermosa”, Zamora, “que fue maestro de navíos y vivía ahora en Oaxaca”, Colmenero, “que era marinero, buen soldado”– y en el momento en que va a mencionar al

²³³ *Ibid.*, Cap. LXXXIII, p. 247.

²³⁴ *Ibid.*, Cap. CXXXVI, p. 431.

²³⁵ *Idem.*

último, éste, sorprendentemente, ¡se le olvida!, y sólo dice: “el otro capitán no me acuerdo su nombre”.²³⁶

En múltiples ocasiones, en varios capítulos, Bernal reconoce, dice literalmente, que no se acuerda bien del suceso, ya sea porque han pasado muchos años, o porque simplemente no se acuerda, dado que nunca reparó en ese detalle o circunstancia.

Cuando Cortés manda a un joven capitán de 25 años, llamado Pizarro – entonces no se hablaba de los Pizarro ni se conocía el Perú– a Tustepeque en busca de oro, a su regreso, cuando Cortés recibe lo que ha traído el joven capitán, Bernal escribe que “porque han pasado muchos años no me acuerdo qué tanto era”.²³⁷ Y algo similar sucede, cuando, los de Veracruz –que se habían quedado resguardando la tierra y el real por órdenes de Cortés– reclaman su oro y no se los dan, y Bernal, vago e indeciso, escribe: “Y paréceme que les dijo que en Tlaxcala estaba guardado, que esto no me acuerdo bien.”²³⁸

Cuando se refiere a lugares o fechas, también duda. En una ocasión, en la que tienen que hacerse a la vela, en Zihuatanejo, ignora a qué provincia pertenece este puerto –si a la de Colima o a la de Zacatula– y dice: “no lo sé bien y fue en el mes de diciembre en el año de 1527 ó 28”.²³⁹ Es decir, ignora el lugar, pero no la fecha. Lo mismo que cuando, cerca de Acolman, manifiesta que “otro día fuimos camino de otra gran población que no me acuerdo el

²³⁶ *Ibid.*, Cap. CXLIX, p. 499. Ahora se sabe su nombre completo: Francisco Rodríguez Magariño. Cfr. Bernal Díaz Del Castillo, *ibidem*.

²³⁷ *Ibid.*, Cap. CIII, p. 320.

²³⁸ *Ibid.*, Cap. CXXIV, p. 379.

²³⁹ *Ibid.*, Cap. CC, p. 305.

nombre”.²⁴⁰ O en el momento en que salen hacia unos arrabales de Tezcoco y que no sabe cómo se llama el lugar, pues claramente indica “que ya se me ha olvidado el nombre”.²⁴¹ En cambio, al salir del puerto de la Natividad, es ahora la fecha la que se desconoce, ya que declara que fue “por el mes de junio del mil quinientos treinta y tantos años, y esto de los años no me acuerdo”.²⁴²

Y así pudiéramos seguir citando infinidad de lugares en que Bernal vacila, es incierto, no se acuerda de tal o cual cosa, o incluso no le da importancia al hecho – “el otro no me acuerdo el nombre, que poco va en saber sus nombres”, dice, cuando se refiere a los capitanes de Moctezuma que han sido quemados “por justicia”²⁴³, pero la lista va ya larga y creo es suficiente.

3.10. Verdad emotiva.

Bernal Díaz del Castillo, decíamos anteriormente, ha sido censurado muchas veces por historiadores en virtud de que, según ellos, falta a la verdad. A la verdad histórica, desde luego, porque a la otra, la emotiva, la que decía Vasconcelos se quedaba para siempre una vez que era aprehendida, y que es la que realmente interesa a los escritores, nunca se le ha puesto en tela de juicio. Quizá, porque ésta no interesa tanto a los historiadores, preocupados más por razones que atañan a la cabeza, que no al corazón, aunque éste también sea cosa de los hombres, y la historia se precie de que ella tenga a lo humano precisamente como tema fundamental de su estudio.

No obstante, a lo largo de su obra, Bernal sí da innumerables muestras de lo que sintió y padeció en la Conquista. En varios de sus capítulos, llenos de

²⁴⁰ *Ibid.*, Cap. CXLV, p. 492.

²⁴¹ *Ibid.*, Cap. CXXXVII, p. 440.

²⁴² *Ibid.*, Cap. CC, p. 310.

²⁴³ *Ibid.*, Cap. XCV, p. 297.

dramatismo y trastornos sentimentales, se advierte el coraje y la rabia, la tristeza y la risa, y hasta la ternura, no sólo de Bernal, sino de Cortés y de varios de los conquistadores. La *Historia verdadera*...es una obra llena de emociones. No es un libro seco, frío, yerto, como muchos libros históricos, sino, por el contrario, una obra jugosa y fresca; rasgo que la distancia también, no del verdadero pensamiento histórico que de igual modo es vivo y apasionado, sino de aquel otro, adocenado, que tal parece se apena o se avergüenza de mostrar sentimientos y sólo pretende dar a conocer el intelecto y la razón.

En cambio, con la *Historia*... es distinto. No tiene tiempo; tiene vida. Y tiene, además, entendimiento, perspicacia y mucha alma o espíritu. Y en este sentido, quizá, también estaría más cerca de la literatura que de la historia.

Entre historiadores, como entre gente de letras, la memoria de Bernal siempre se ha puesto de relieve. Pero el mundo de las emociones, apenas si ha suscitado comentario alguno. Y Bernal era hombre sensible, un soldado que sabía llorar, sollozar, enternecerse, reír, y sobre todo algo mejor, sonreír. Un conquistador, cierto, que lo mismo se encontraba en medio de una batalla, matando indígenas, pero que también sabía apartarse del mundo real y tender su espíritu hacia la ensoñación como cuando cruzaba el mar y se llenaba los ojos de sueños y lejanías. Un hombre, como todos los hombres, como todos los conquistadores mejor dicho, quienes a pesar de dar la impresión de estar hechos de hierro por fuera, parecían también estar formados de lágrimas y ausencias por dentro. Hombres para quienes la vida era una descarga intensa de emociones y para quienes la muerte era una cosa de todos los días.

Hay unas líneas, como perdidas en la *Historia*..., como insignificantes – si es que la *Historia*...podiera tener algo de insignificante– que no me gustaría

dejar pasar inadvertidas, pues a mi juicio dan una idea, o revelan, el temperamento, la naturaleza que poseía Bernal, su emoción de escritor, y que son aquellas que se refieren a cuando él salía a los pueblos –a los pueblos de su encomienda hay que decir– y no podía dormir, tenía que levantarse “a ver el cielo y estrellas” y se paseaba “un rato el sereno”,²⁴⁴ porque un hombre que no trae puesta la vista siempre en la tierra, sino que de vez en cuando levanta los ojos al cielo, es muy posible que sea un hombre que no sólo tenga un sentido real de la vida, sino que posea un sentido sublime de ésta.

En una ocasión, cuando en una emboscada, camino de Tacuba, los mexicas matan a dos mozos de espuelas de Cortés –Pedro Gallego y Francisco Martín Vendaval, apodado así por ser algo loco– y luego, ya en el pueblo, algunos de los soldados, juntos con el tesorero y el fraile Melgarejo, suben a los alto del *Cú* de Tacuba, y desde allí señorean la ciudad de México y contemplan sus calzadas, sus puentes, la laguna, y se quedan mirando, y se les llenan los ojos de inmensidades, hay un instante, dice Bernal, en que Cortés suspira “con una muy grande tristeza muy mayor que la que antes traía por los hombres que le mataron”.²⁴⁵

Luego, en otro momento, cuando el malhadado viaje a las Hibueras, y cuando Cortés recibe una carta del licenciado Zuazo, desde La Habana, en donde le informa de las muertes de muchos hombres y de todos los desmanes ocurridos en la ciudad de México, por la lucha de poder entre el factor y el veedor contra el tesorero y el contador, Bernal escribe que todos los soldados estaban “tristes y enojados así de Cortés que nos trajo con tantos trabajos, como del factor, y echábamos dos mil maldiciones, así al uno como al otro; y se

²⁴⁴ *Ibid.*, Cap. CVIII, p. 332.

²⁴⁵ *Ibid.*, Cap. CXLV, p. 490.

nos saltaban los corazones de coraje. Pues Cortés no pudo tener las lágrimas, que con la misma carta se fue luego a encerrar a su aposento y no quiso que le viésemos hasta más de mediodía”.²⁴⁶

Y, de igual manera, en otro pasaje, cuando los soldados reconocen, en el *tzompantli*, con todo y sus barbas y sus cabellos, las caras desolladas de sus amigos conquistadores, cuenta Bernal que “a todos se les quebró los corazones de lástima de verlas”.²⁴⁷ Y también cuando al capitán español le arrojan las cabezas, cuyos ojos y cabellos chorreaban sangre, y le dicen los mexicas que han matado a Sandoval, Alvarado, al propio Bernal y a varios *teúles* y a todos los que estaban en el real de Tacuba, Cortés desmaya y el soldado escribe que al capitán “se le saltaron las lágrimas por los ojos”.²⁴⁸ De hecho, hay varios momentos en que Cortés llora, y llora incluso, dice Bernal, por la muerte de Moctezuma. Aunque no sólo lo hace Cortés, sino “todos nuestros capitanes y soldados, y hombres hubo entre nosotros, de los que le conocíamos y tratábamos, de que fue tan llorado como si fuera nuestro padre”.²⁴⁹

Otro de los momentos en que Bernal sufre, es aquél cuando está próximo a entrar en batalla. “Se me ponía una como grima y tristeza en el corazón”²⁵⁰, dice, y poco después agrega, “temblaba el corazón porque temía la muerte.” Cuando muere su paisano, Cristóbal de Olea, natural de Medina del Campo²⁵¹, por salvar a Cortés, Bernal asegura que “ahora que lo estoy

²⁴⁶ *Ibid.*, Cap. CLXXXV, p. 239.

²⁴⁷ *Ibid.*, Cap. CLVIII, p. 82.

²⁴⁸ *Ibid.*, Cap. CLII, p. 36.

²⁴⁹ *Ibid.*, Cap. CXXVI, p. 391.

²⁵⁰ *Ibid.*, Cap. CLVI, p. 67.

²⁵¹ Hay otros medinenses que rescata Bernal en su *Historia* y que hoy nadie recuerda: Rodrigo Morejón (capitán e hidalgo), Francisco de Medina (franciscano) y otro Cristóbal, Cristóbal de Morante.

escribiendo se me enternece el corazón”.²⁵² Sin embargo, el momento que el cronista declara como el del máximo dolor, es aquél cuando, tras ahorcar a Cuauhtémoc –de quien, por cierto, Bernal dice “yo tuve gran lástima”²⁵³– y a su primo de Tacuba, y andar medio perdidos por la filosa sierra de los pedernales, y no encontrando qué comer, declara, acongojado: “Yo digo que verdaderamente nunca había sentido tanto dolor en mi corazón, como todos padecían entonces, viendo que no tenía qué comer ni qué dar a mi gente”.²⁵⁴

Los indios, según Bernal, también lloran. Por lo menos en el momento en que se quejan ante Cortés –“llorando muchas lágrimas de sus ojos”²⁵⁵– por la matanza del Templo Mayor; o cuando tienen que comunicar a Cuauhtémoc el mensaje de paz –realmente de rendición– que les sugiere el capitán español²⁵⁶; o en la ocasión en que les derriban sus ídolos y se tapan la cara y piden perdón²⁵⁷, pero, sobre todo, cuando el líder mexica es capturado y llevado preso ante Cortés y aquél le dice que ya ha hecho todo lo que ha podido por su gente y su ciudad, y que puesto que ya no puede más, éste se quite el puñal que trae en el cinto y lo mate, y que cuando esto decía Cuauhtémoc, afirma Bernal, “lloraba muchas lágrimas y sollozos, y también lloraban otros grandes señores que consigo traía.”²⁵⁸

La *Historia...*, pues, es una obra emotiva, viva, húmeda en lágrimas, diferente a otras historias secas y frías o sumamente analíticas. Una obra que no desmerece por mostrar el corazón. Una historia que es más historia –o más

²⁵² Bernal Díaz del Castillo, *Historia...*, *op. cit.*, Cap. CCV, p. 337.

²⁵³ *Ibid.*, Cap. CLXXVII, p. 205.

²⁵⁴ *Ibid.*, Cap. CLXXVIII, p. 211.

²⁵⁵ *Ibid.*, Cap. CXXIV, p. 379.

²⁵⁶ *Ibid.*, Cap. CLIV, p. 50.

²⁵⁷ *Ibid.*, Cap. LI, p. 161.

²⁵⁸ *Ibid.*, Cap. CLVI, p. 62.

literatura, según se vea- precisamente por estar teñida de emociones. Por fortuna, Bernal no se avergonzó de mostrarse como ser humano, como hombre que llora y que suspira, dejó de lado la rudeza del conquistador y la frialdad del mal historiador y supo muy bien incorporar los sentimientos a la narrativa histórica. Otra hubiera sido su obra –sin jugo y sin alma– de él haberse cohibido o reprimido o de juzgar que la pasión no puede formar parte de la historia. Por eso también comprendió que a grandes tristezas correspondían grandes alegrías, que las risas iban junto a las lágrimas, y entonces agregó su sentido del humor. Y es que Bernal era hombre que sabía reír, malicioso, de espíritu alegre y festivo, que gustaba de las ocurrencias de los hombres y que era muy dado, incluso, como buen soldado, como burlero que era, a poner apodos. “Y entonces por burlar –dice en una ocasión– les llamamos y pusimos por nombre los ‘panciverdetes’, porque traían los colores de muertos y las barrigas muy hinchadas.”²⁵⁹ De igual modo, nuestro autor ríe cuando se entera la manera equívoca de cómo ha surgido el nombre de Yucatán²⁶⁰: “y riéndome le respondí que quién le puso nombre Yucatán, que allá no le llaman así”.²⁶¹

La risa, muy probablemente, ayudaba a Bernal y a muchos de sus compañeros a mitigar la angustia por el peligro inminente de la muerte. Con las conversaciones, con los juegos, las bromas, los soldados, como pueblo que eran, se entretenían y olvidaban, aunque fuera por sólo un momento, los rigores y desazones de la Conquista. O también, quizá, las agudezas les servían como un desquite de los malos tratos de la vida o de los malos tratos de los que mandaban.

²⁵⁹ *Ibid.*, Cap. CXXXIII, p. 421.

²⁶⁰ *Ibid.*, Cap. VI, p. 56.

²⁶¹ *Ibid.*, Cap. VII, p. 58.

Más tarde, en las fiestas y banquetes, cuando caído el imperio azteca, los soldados seguirían riendo con las cosas que se les ocurrían a los decidores y truhanes. Unas líneas que ilustran la importancia de la risa en Bernal serían las siguientes:

Quiero decir algunas cosas que Rodrigo Rangel hizo en aquel camino, que son donaires de reír. Cuando estaban en las sierras de los zapotecas, parece ser que un soldado de los nuevamente venidos de Castilla le hizo un enojo, y Rangel dijo y juró y votó a tal que le había de atar en un pie de amigo, y dijo: “¿No hay un bellaco que le eche mano y me le ayude atar?” Entonces estaba allí un soldado...y como era hombre sin malicia dijo: “Quiérome apartar de aquí, no me lo manden a mí que le eche mano.” Y Rangel tuvo tal risa de aquello, que luego perdonó al soldado que le había enojado por lo que Aguilar dijo. Otra vez, soltóse un caballo a un soldado, que se decía Salazar, y no le podía tomar, y dijo Rangel: “Ayúdenselo a tomar uno de los más bellacos y ruines que allí vienen”; y vino un caballero, persona de calidad, que no entendió lo que Rangel dijo y le tomó el caballo: dale a Rangel tal risa que a todos nos hizo reír de cosas que decía...y decía otras cosas que eran más para reír que no de escribir.²⁶²

Cuando Cortés y Moctezuma jugaban *totoloque*, un pasatiempo que se jugaba con unos tejuelos de oro que se lanzaban hasta cierta distancia, y que a cinco rayas se ganaba o se perdía la pieza o joya que se jugara, y en el que a veces Alvarado, el famoso *Tonatio*, medía el tiro de Cortés, pero en el que siempre hacía trampa, tanteándole una raya de más, y al que Moctezuma siempre sorprendía y por eso no quería que el *Tonatio* calculase; cuando Cortés y Moctezuma jugaban, digo, todos los soldados que estaban allí presentes, manifiesta Bernal, “no podíamos estar de risa”²⁶³ por lo que decía Moctezuma y por la manera en que replicaba Alvarado, pues le conocían su condición y su modo “vicioso en el hablar demasiado”²⁶⁴.

²⁶² *Ibid.*, Cap. CLXIX, p. 172.

²⁶³ *Ibid.*, Cap. XCVII, p. 301.

²⁶⁴ *Idem.*

Bernal Díaz del Castillo era un gran conocedor de hombres. Hace espléndidos retratos de la Malinche, Moctezuma, pero principalmente de Cortés, quien a pesar de que lo censura, dura y continuamente, al propio tiempo lo enaltece y lo coloca así en su justa medida. Lo llama sabio, avisado, poeta y latino, pero al propio tiempo, sagaz y mañoso. Es hombre de hierro, cierto, pero también hombre de corazón. Travieso sobre mujeres, siempre fue varón, dice. Cortés llora, se entristece, se alegra, ríe –al igual que Moctezuma– pero asimismo se enoja. En la *Historia...*, sus furias, sus gritos, sus maldiciones se escuchan como los golpes de las espadas o de los escudos.

El enojo es otra de las emociones que recorre la obra. En una ocasión, cuando escaseaba el bastimento, los soldados se amotinaron y cogieron todo el maíz disponible que era para Cortés y los capitanes, y por más amenazas que hubo, e incluso súplicas, en el sentido de que por lo menos dejaran una carga, de nada valió, pues tanto el hambre como la sed, declara Bernal, carecen de reglamentos. Cortés entonces, al enterarse de que los soldados no le han dejado nada, monta en cólera y reniega y patea, “y estaba tan enojado, que decía que quería hacer pesquisa quién se lo tomó [...]”.²⁶⁵ Pero poco después se da cuenta que es inútil el enojo, como dar voces en el desierto dice Bernal, y entonces agrega:

Me mandó llamar a mí y muy enojado me dijo que cómo puse tal cobro en el bastimento. Yo le dije que procurara su merced de enviar adelante guardas para ello, y aunque él en persona estuviera guardándolo, se lo tomaran, porque le guarde Dios de el hambre, que no tiene ley. Y desde que vio que no había remedio ninguno, y que tenía mucha necesidad, me halagó con palabras melosas, estando delante el capitán Gonzalo de Sandoval, y me dijo: “¡Oh, señor y hermano Bernal Díaz del Castillo, por amor que de mí, que si dejaste algo escondido en el camino, que partáis conmigo, que bien creído tengo de vuestra buena diligencia que

²⁶⁵ *Ibid.*, Cap. CLXXVI, p. 202.

traeríades para vos y para vuestro amigo Sandoval!” Y de que vi sus palabras, y de la manera que lo dijo, hube mancilla de él.²⁶⁶

En otro momento, también por problemas de comida, cuando Cortés se da cuenta de que sus hombres no han traído ningún recaudo, de que han vuelto con las manos vacías, cuenta nuestro autor que “quería reventar Cortés de enojo”.²⁶⁷ Sin embargo, quizá, los dos momentos máximos de cólera del capitán español son aquellos cuando lo acusan de haberse quedado con todo el oro, en Coyoacán, por medio de lo que tal vez bien pudiera considerarse el origen de los *graffitti*, y en donde cada mañana aparecían, escritos con carbón, sobre las paredes encaladas, motes maliciosos puestos en verso y en prosa.²⁶⁸ El otro momento es cuando no puede casar a María Cortés, una de sus hijas, con el heredero del marquesado de Astorga, Álvaro Pérez Osorio, y entonces el ahora Marqués del Valle recibe

tan gran enojo, que de calenturas y cámaras que tuvo recias estuvo muy al cabo, y andando con su dolencia, que siempre iba empeorando, acordó de salirse de Sevilla por quitarse de muchas personas que le visitaban y le importunaban en negocios, y se fue a Castilleja de la Cuesta, para allí entender en su ánima y ordenar su testamento; y después que lo hubo ordenado como convenía y haber recibido los Santos Sacramentos, fue Nuestro Señor servido llevarle de esta trabajosa vida, y murió en dos días del mes de diciembre de mil quinientos cuarenta y siete años. Y llevóse su cuerpo a enterrar con gran pompa y mucha clerecía y gran sentimiento...²⁶⁹

Otros, al parecer, a quienes también hacía mucho daño enojarse eran el tesorero Alonso de Estrada, quien, tras haberle tomado la Real Audiencia de México el Juicio de Residencia “de ahí a pocos días falleció de enojo”,²⁷⁰ y

²⁶⁶ *Idem.*

²⁶⁷ *Ibid.*, Cap. CLXXVIII, p. 213.

²⁶⁸ *Ibid.*, Cap. CLVII, p. 73.

²⁶⁹ *Ibid.*, Cap. CCIV, p. 326.

²⁷⁰ *Ibid.*, Cap. CXCVI, p. 290.

asimismo un hidalgo, letrado, Gonzalo de Oblanca, quien porque Narváez lo mandó echar preso, “de enojo, murió dentro de cuatro días”²⁷¹. Pero recuerda también Bernal a otros capitanes como Cristóbal de Olid, quien “andaba enojado hecho un tigre”²⁷² por haberse destruido un puente y no poder pasar sus caballos, y a Diego Velázquez, “gordo y pesado”, quien “andaba tan encendido de enojo”²⁷³ por la preparación de la armada que iría en busca de Cortés, que fue hasta el confín del mundo con tal de reclutar indios que se sumaran al ejército. Y a Pánfilo de Narváez, quien, “dicen que se enojó de tal manera...”²⁷⁴ porque le hablaban bien de Cortés que después ya no quería ver ni hablar con quienes así lo hacían. Por su parte, los soldados también, cuenta Bernal, “echábamos dos mil maldiciones [...] y se nos saltaban los corazones de coraje.”²⁷⁵

3.11. Los famosos números.

Por otro lado, uno de los puntos más frecuentemente aludidos cuando se habla de nuestro cronista es sin duda el tema de los números. ¿Cómo iba a saber, –dicen los lectores comunes y corrientes que lo comentan– cuántos soldados muertos, o heridos había, si él estaba en medio de las flechas y las lanzas? Ni modo que se pusiera a contar cuando le caían encima dos o tres caballeros águilas. No. Efectivamente, no pudo ser así. Lo que ocurre –otra vez– es que a Bernal, en su condición de escritor, no le interesa tanto ser veraz, sino verosímil. Él sabe que lo importante no es precisar si fueron 15, 16

²⁷¹ *Ibid.*, Cap. CXIII, p. 343.

²⁷² *Ibid.*, Cap. CXXXII, p. 419.

²⁷³ *Ibid.*, Cap. CIX, p. 334.

²⁷⁴ *Ibid.*, Cap. CXII, p. 342.

²⁷⁵ *Ibid.*, Cap. CLXXXV, p. 239.

ó 17 los muertos, sino la creación de una atmósfera, un ambiente, un mundo; otra realidad.

Al inicio de la obra, Bernal cuida mucho el asunto. No se expone a una crítica o a una descalificación. Va con tiento en la mención de las cifras. Hace recordatorios fáciles o que no se presten a una incredulidad, ya sea por lo pequeño de la cifra o por lo singular y señalado de la circunstancia. Dice, por ejemplo, “se nos habían muerto dos soldados que echamos a la mar”²⁷⁶ o “pusimos por espías a dos soldados”²⁷⁷, o “acordamos de juntarnos ciento diez compañeros”²⁷⁸ para ir a descubrir tierras nuevas.

En otros casos, redondea un número pequeño que no se admita a censura y que se pueda pasar libremente por alto, como cuando señala que llegaron “los indios con las diez canoas cerca de nuestros navíos”.²⁷⁹ O en su defecto, aproxima, generaliza, no precisa, o, de plano, usa un adverbio de cantidad, global: “y entraron en la nao capitana –afirma– sobre treinta de ellos”²⁸⁰, es decir, más o menos: no se compromete. Y poco más adelante, señala también que “les habían muerto *muchos* soldados”²⁸¹, o sea, que de nueva cuenta no hay ajuste ni responsabilidad.

La primera vez, quizá, que él comienza arriesgarse, a crear verosimilitud, es con el número 15. Pero éste es asimismo un número relativamente pequeño y además está, digamos, parcialmente redondeado. Es decir, no dijo 17 ó 19, que sí crearía una primera suspicacia. El texto dice: “y nos comenzaron a flechar, de arte que de la primera rociada de flechas nos hirieron quince

²⁷⁶ *Ibid.*, Cap. III, p. 49.

²⁷⁷ *Ibid.*, Cap. VI, p. 54.

²⁷⁸ *Ibid.*, Cap. I, p. 43.

²⁷⁹ *Ibid.*, Cap. II, p. 45.

²⁸⁰ *Idem.*

²⁸¹ *Ibid.*, Cap. VI, p. 54. El subrayado en éste, como en el anterior caso, es mío.

soldados”.²⁸² Son varias las oportunidades en que utiliza el número 15: “llevábamos quince ballestas y diez escopetas”, “quedaron quince muertos”, “saltaron en tierra quince marineros”²⁸³, declara en diversos capítulos. No obstante, este número, lejos de generar una duda o un recelo que aleje al lector de la creencia de lo que Bernal está contando, es decir, de la verosimilitud, produce el efecto contrario. Porque, como dijo alguna vez García Márquez, en una entrevista de televisión²⁸⁴, cuando un autor generaliza –lo dijo con otras palabras, claro está– redondea, encierra la cifra en un número decimal o un múltiplo de 10, como pudieran ser el propio 10, el 50 o el 100, el lector –o el oyente– no registra o no le da importancia a la cantidad exacta –simplemente la pasa por alto– y la sustituye en todo caso por un adverbio de cantidad como poco, mucho o bastante. Pero no se detiene a corroborar la veracidad del dato, sino que sencillamente lo toma como una generalidad, un conjunto, un todo global que no contribuye en nada, o muy poco, a la verosimilitud de la historia. Ah, pero cuando el autor utiliza, digamos, un número no o un número poco común, entonces sí el lector, o el oyente, se detiene a pensar en la posibilidad de la cifra. Puede ser cierta o no, pero el hecho de que al interlocutor ya lo haga dudar, o pensar, significa que la cifra es posible, es decir, verosímil, y en ese momento el lector, o el oyente, ya está atrapado en el juego de la historia.

Y esto es justamente lo que hace Bernal. Se recrea con los números –redondea o generaliza– pero no se arriesga a usar un dato preciso que pudiera sonar a falso o exagerado. Porque lo que importa es la verosimilitud,

²⁸² *Ibid.*, Cap. II, p. 46.

²⁸³ *Ibid.*, Cap. II, 46; *idem*; Cap. V, p. 53, respectivamente.

²⁸⁴ *Cfr.* Entrevista de Silvia Lemus a Gabriel García Márquez, 1993, en *Tratos y Retratos*, DVD, Colección Canal 22, 2008.

no la veracidad. ¿A quién le interesa que hayan sido 16 ó 17 los muertos? Lo realmente sustancial es que fueron alrededor de ese número los desaparecidos y, por tanto, con eso ya se satisface la fe en la historia. Mas si lo que se necesita es meter al lector mucho más en el cuento, entonces sí se utiliza una cifra que lo ponga a pensar o a dudar y en ese momento ya se estará dando un primer paso en la creación de la verosimilitud, pues el lector ya estará instalado en el terreno de la ficción.

El primer número, de este tipo, que, a nuestro juicio usa Bernal, es el número 57, que, curiosa o supersticiosamente, se encuentra, en la edición que estamos consultando, justamente en la página 57. Cuando dice que estuvieron muchos días curándose las heridas y que “por nuestra cuenta hallamos que murieron cincuenta y siete”, o, en otra parte, con otro número, cuando peleaban con los naturales de La Florida, menciona que “quedaron tendidos en la costa y en el agua veintidós de ellos”²⁸⁵, ocurre que ya está colocado en el ámbito de la literatura que no de la historia. Porque está dando un número que, aunque no sea cierto ni real, puede ser posible, verosímil. El lector no lo rechaza de entrada; duda; tal vez no lo cree, efectivamente, pero piensa que pudo ser así, ¿por qué no?, y cuando esto ocurre, quiere decir que ya se está en el mundo de la fantasía. Por eso nuestro autor no miente, fabula, que no es lo mismo, pues, como decía Antonio Machado, se miente más de la cuenta por carecer de fantasía y es que una cosa es la mentira y otra muy distinta la imaginación o la fábula.

²⁸⁵ *Ibid.*, Cap. VI, p. 55.

Cuando Bernal escribe que “el capitán salió con diez flechazos y todos los más soldados a dos y tres heridas”²⁸⁶ sólo el lector inocente puede creer que, efectivamente, le dieron 10 flechazos; los más traducen este número como muchos, varios, algunos. Tal vez si hubiera escrito 11, entonces sí, el lector avezado, como ya dijimos, se hubiera detenido a pensar en su probabilidad, dudaría, pero estaría ya, quizá, camino del convencimiento. Ahora, lo de que la mayoría de los soldados salió “a dos y tres heridas”, eso sí es mucho más creíble y no requiere mayor comprobación.

Páginas más adelante continúa utilizando cifras pequeñas, sigue redondeando o generalizando –“sobre cincuenta”, “veinte”, “más de la mitad”– surge de nueva cuenta el número 15, que al parecer tanto le gusta, y desde luego vuelve a usar la cifra, acompañada de lo raro de la circunstancia –5 sacrificados, 2 mujeres, 3 heridos por la garganta– para llamar la atención sobre la rareza, y no sobre el número, y así crear la verosimilitud.

Pero, a Bernal, en realidad, podríamos de nueva cuenta volver a preguntarnos, ¿no le interesa la precisión o veracidad de los números? Porque hay unas líneas, en los capítulos iniciales de la *Historia...*, el XVIII para ser precisos, en que al censurar a los cronistas Gómara, Illescas y Jovio, nuestro autor dice: “Y desde que entraron a decir de las grandes ciudades tantos números que dicen había de vecinos en ellas, que tanto se les da poner ochenta mil como ocho mil”.²⁸⁷

Muchos capítulos después, Bernal repite la idea, nada más que ahora sólo contra Gómara:

²⁸⁶ *Ibid.*, Cap. I, p. 41.

²⁸⁷ *Ibid.*, Cap. XVIII, p. 79.

Y también dice este coronista que iban tantos mil millares de indios con nosotros a las entradas, que no tiene cuenta ni razón en tantos como pone, y también dice de las ciudades y pueblos y poblaciones que eran tantos millares de casas no siendo la quinta parte, que si se suma todo lo que pone en su historia son más millones de hombres que en todo el Universo están poblados, y eso se le da poner ocho mil que ochenta mil”
288

Es decir, a Bernal sí le interesa la precisión del número. ¿O es que hace como que le interesa, pero en verdad no es así? ¿O lo que ocurre no es que se adelanta a señalar la importancia que sobre los números pueda anteponer el lector? ¿Un poco a la manera como suelen hacerlo los narradores de historias fantásticas, o de horror, cuando el propio protagonista de la historia se anticipa a expresar la incredulidad que sobre el hecho que se le va a contar pueda manifestar el lector? “Porque a mí, como a ti, curioso lector, sí me importan los números”, parece decir Bernal en este caso. “A los otros, no, que los manejan con suma liberalidad, pero yo soy distinto: yo te digo la verdad”. Como si la verosimilitud estuviera transitando ya hacia la veracidad o como si yo ya fuera su amigo pues con todo desparpajo me confía las críticas del otro. Esto, como es de suponer, va ganando la simpatía del lector y, por ende, su credibilidad. A quien le voy a creer va a ser a mi amigo, con quien simpatizo, no al otro, al extraño: otro recurso de Bernal para lograr la fe en su obra. Por eso su poder de persuasión es grande y el lector en ocasiones difícilmente se detiene a verificar la exactitud de un número, cuando además está siendo atiborrado – a una gran velocidad, con un estilo nada moroso, con una gran audacia– por tal cúmulo de sucesos, al parecer mágicos, que todo esto va contribuyendo a crear si no la veracidad, sí la verosimilitud.

²⁸⁸ *Ibid.*, Cap. CXXIX, p. 411.

En una ocasión, en un pueblo, cerca de Jalapa, de nombre Iztacamaxtitlán, cuando los indios de este lugar se asustan por un animal que llevaban los españoles y preguntan a otros indios que iban con estos –los de Cempoal, aliados de los españoles– de qué clase de animal se trataba aquél, “si era tigre o león o cosa con que matábamos los indios”²⁸⁹, estos les contestan que traían aquel animal –era un perro enorme que ladraba mucho por la noche– “para cuando algunos los enoje, los mate”²⁹⁰. Luego preguntan qué eran y para qué servían aquellas lombardas o cañones que allí llevaban y los de Cempoal les contestan que “con unas piedras que metíamos dentro de ellas –dice Bernal– matábamos a quien queríamos”²⁹¹ y que con los caballos alcanzábamos a quien se nos antojase, pues solo bastaba ordenárselos. Allí, en ese pueblo, Bernal ve el *tzompantli* y se asombra a tal grado que no tiene ningún empacho en afirmar que eran tantos los rimeros de calaveras “que se podían contar, según el concierto como estaban puestas, que al parecer que serían *más* de cien mil”²⁹², e inmediatamente después, para no dejar lugar a duda de lo que ha dicho, remacha, y dice como muy orgulloso y seguro: “y digo otra vez *sobre* cien mil”.²⁹³

Pero si se mira más detenidamente la cita se verá que, en la primera vez, Bernal afirma que los cráneos sobrepasan los 100,000, mientras que en la segunda sólo indica que eran alrededor de ese número. Mas quién se va a detener en la lectura de la cifra cuando nos está contando tantas otras cosas fantásticas. Por el contrario, el lector quiere seguir leyendo más y más, y tal vez

²⁸⁹ *Ibid.*, Cap. LXI, p. 184.

²⁹⁰ *Idem.*

²⁹¹ *Idem.*

²⁹² *Idem.*

²⁹³ *Idem.* En éste, como en el anterior caso, el subrayado es mío.

sin darse cuenta, y engolosinado por el estilo, le va dando aceptación ya a cualquier número.

Cuando habla del número 13, que no podía faltar en su relación, nuestro autor da otro pequeño ejemplo de cómo va creando la verosimilitud:

Y señaló trece de caballo, y Cortés por capitán de ellos; y fueron estos que aquí nombraré: Cortés, Cristóbal de Olid, y Pedro de Alvarado, y Alonso Hernández Portacarrero, y Juan de Escalante, y Francisco de Montejo y Alonso de Ávila (le dieron un caballo que era de Ortiz, el Músico, y de un Bartolomé García, que ninguno de ellos era buen jinete), y Juan Velázquez de León, y Francisco de Morla, y Lares, el buen jinete, (nómbrolo así porque había otro Lares);y Gonzalo Domínguez, extremado hombre de a caballo; Morón el de Bayamo y Pedro González de Trujillo.²⁹⁴

Con todos estos datos –y detalles– que nos proporciona Bernal, y que respaldan la certidumbre del número, ¿alguien dudaría de que éste no dice la verdad? Creo que no. Casi nadie. Pero si alguien lo hiciera, en esa duda, al propio tiempo, ya le estaría dando los visos de verosimilitud que busca nuestro autor, es decir, “no creo lo que dice, pero me hace dudar... tal vez sí fue así...puede ser”. Y mientras está dudando, ya un poco está creyendo, pero, sobre todo, ya está metido en la historia.

En varios momentos se han puesto al descubierto, como decíamos antes, las inexactitudes –la veracidad, no la verosimilitud– de Bernal. Se ha dicho, pongamos por caso, que cuando decía que el camino de Cempoala a Jalapa se hacía en una jornada, Torquemada, o Cortés, en sus *Cartas de Relación*, sostienen que se realizaba en cuatro. Igual ocurre aquí. Porque, después de todas esas referencias, ¿a alguien le importaría saber si, en lugar de 13, no fueron 15 ó 17 los de a caballo? Lo valioso es la creación, o

²⁹⁴ *Ibid.*, Cap. XXXIII, p. 112.

recreación, de ese mundo, la atmósfera, el ámbito en que se llevó a cabo la Conquista.

En una de las primeras veces, si no la primera, en que Bernal se atreve a usar la cifra de los millares, se encuentra tachada ésta en el manuscrito original. Dice 28,000 –en el original– pero luego como que se arrepiente, le parece excesivo, cuida la verosimilitud, redondea el número y termina consignando únicamente 12,000.²⁹⁵ Y hay otras veces en que para cuidar su capacidad persuasiva, alterna o guarda un equilibrio entre lo que pudiera sonar a falso, inverosímil, no creíble, y algo que nadie pudiera rebatirle por el simple hecho de que se refiere a un dato autobiográfico o por lo significativo de la circunstancia: “ Acuérdome –dice en una ocasión, como apuntando lo que va a afirmar– que en aquellas reñidas guerras que nos dieron de aquella vez hirieron a catorce soldados y a mí me dieron un flechazo en el muslo, mas poca herida, y quedaron tendidos y muertos dieciocho indios en el agua donde desembarcamos.”²⁹⁶

Y en esta otra parte, aproxima, pero combina con una muerte especial: “De la primera arremetida hirieron *más de* setenta de los nuestros...y un soldado murió de un flechazo que le dieron por el oído.”²⁹⁷

Líneas más adelante, en el mismo capítulo, arriesga un número clave. Número que no matiza en su afirmación, pero que sí redondea, y que es clave, digo, por lo visible que puede representarnos los combates desiguales de la Conquista: “Había para cada uno de nosotros trescientos indios.”²⁹⁸ Si es así como dice Bernal, entonces su triunfo fue una verdadera proeza militar, cosa

²⁹⁵ *Ibid.*, Cap. XXXI, p. 107.

²⁹⁶ *Ibid.*, Cap. XXXI, p. 110.

²⁹⁷ *Ibid.*, Cap. XXXIV, p. 114. El subrayado es mío.

²⁹⁸ *Idem.*

difícil de creer, pues con que sólo se hubieran organizado los indios y fueran yéndose unos 300 sobre un soldado, y aquellos otros 300 sobre otro, y estos otros 300 más sobre aquél y así sucesivamente, por más que hubieran peleado los españoles no habría quedado nadie con vida en muy poco tiempo. No. Lo que, en realidad, ocurrió no fue tan simple. Seguramente, el número fue menor por cada español, pero la estrategia militar sí fue mucho mejor planeada. Bernal, de nueva cuenta, a la manera de los narradores primitivos, y más acorde con la literatura que con la historia, está tratando de engrandecer su hazaña y dejar boquiabiertos a sus interlocutores.

El número 20, como el 15, es utilizado por nuestro cronista con suma frecuencia. Lo emplea con tal soltura, con tal naturalidad, como si ya no requiriera ninguna comprobación; se convierte en un mero decir para manifestar que no eran pocos ni muchos. Cuando utiliza, en cambio, el 200 o el 2000, no parece necesario echar mano de ningún artificio, pues lo usa en relación con grupos bien definidos como los tamemes –que los caciques estaban obligados a proporcionar para llevar la carga– los hombres de guerra²⁹⁹ o alguna tripulación.

A partir más o menos de la primera guerra contra los tlaxcaltecas, Bernal da la impresión de que se ha ganado ya la simpatía del lector y de que éste ya le cree casi todo, pues las cifras las maneja ahora con mucha mayor libertad:

Y desde que los treinta indios que estaban por espías vieron que los de a caballo iban hacia ellos y los llamaban con la mano, no quisieron aguardar hasta que los alcanzaron [...] Y desde que los nuestros los vieron tan bravamente pelear, y sus caballos heridos, procuraron hacer lo que eran obligados y mataron cinco de ellos. Y estando en esto viene muy de presto y con gran furia un escuadrón de tlaxcaltecas que estaban en celada, de más de tres mil de ellos...Y en aquel reencuentro hirieron a cuatro de los nuestros, y paréceme que desde ahí a pocos

²⁹⁹ *Ibid.*, Cap. LI, p. 157; Cap. LIX, p. 177.

días murió el uno de las heridas...y quedaron muertos hasta diecisiete de ellos.³⁰⁰

No se aprecia, pues, ya aquel recato de los primeros capítulos para con los números, pues poco a poco comienza a hablar de miles con mayor frecuencia –lo mismo le da ya citar 2,000, 6,000 que 40,000 ó 50,000– hasta llegar al extremo de rebasar la centena del millar. Aparecen los 150,000 –o los 1,500 que parecen 3,000³⁰¹– y se da el lujo, incluso, de precisar un número. Corrige a Cortés cuando el incidente de la calzadilla, cerca de Tacuba, en que éste estuvo a punto de morir, si no es salvado por Cristóbal de Olea, pues el capitán escribe que “no fueron sino veintiocho los que murieron, y, como digo, –afirma Bernal– fueron sesenta y dos”.³⁰² Aunque páginas antes, en el capítulo que de ello habla, como dice Bernal³⁰³, éste señala que no fueron 62, sino sobre 66; es decir, que él mismo se contradice o autocorrige –la edad, quizá, ya hacía estragos– pero esto no interesa, es una simple minucia, pues lo verdaderamente importante no es la veracidad, sino la verosimilitud.

Al final del libro, con malicia literaria, y después de que ya nos ha traído y llevado con tantísimo número, parece decirnos, simple y llanamente: pero no se asombren de que yo sepa cuántos murieron en cada batalla, esto no tiene ningún mérito ni ninguna virtud, es muy fácil y sencillo, miren

hagamos cuenta que sale de Castilla un valeroso capitán y va [a] dar guerra a los moros y turcos, va a otras batallas de contrarios y lleva sobre veinte mil soldados; después de asentado su real envía un capitán con soldados a tal parte, y otro a otra parte, y va con ellos por capitán; después que ha dado las batallas y reencuentros, que vuelve con su gente al real, tienen cuenta de los que murieron en la batalla y están heridos y quedan presos; así, cuando íbamos con el valeroso Cortés,

³⁰⁰ *Ibid.*, Cap. LXII, p. 188.

³⁰¹ *Ibid.*, Cap. CXXIII, p. 375.

³⁰² *Ibid.*, Cap. CCV, p. 337.

³⁰³ *Ibid.*, Cap. CLII, p. 33.

íbamos todos juntos y en las batallas sabíamos los que quedaban muertos y volvían heridos, y asimismo de otros que enviaron a otras provincias, y así no es mucho que yo tenga memoria de todo lo que dicho tengo y lo escriba tan claramente.³⁰⁴

Cuando ha llegado ya a este punto, es porque el soldado sabe ya que la obra, en su verosimilitud, está hecha, así para el número como para la letra, así para la letra como para el número. El lector es suyo. La ficción se ha vuelto historia; la historia, literatura; el soldado, escritor. Nadie puede ahora derribar la apariencia de lo verdadero, o mejor dicho, la *Historia verdadera*. La veracidad ha cedido el paso a la verosimilitud. El embrujo de la literatura se ha cumplido. Queda ahora sólo el goce estético. Bernal Díaz del Castillo artista nos ha agrandado el mundo con la recreación de una época, y su libro, como decía Joaquín Ramírez Cabañas, es una obra de arte de altísimo valor humano.³⁰⁵

³⁰⁴ *Ibid.*, Cap. CCXII, p. 383.

³⁰⁵ Joaquín Ramírez Cabañas, "Introducción", Bernal Díaz del Castillo, *op. cit.*, p. 19.

Capítulo IV

A las buenas llanas

Si bien es cierto que Bernal Díaz del Castillo creció en los albores del siglo XVI, cuando la invención de la imprenta –1440– ya se había producido, él pertenece, por tradición y tiempo, al mundo de la oralidad. No importa tampoco que manifieste haber leído el *Amadís* y a los cronistas que refuta –Francisco López de Gómara, Paulo Jovio y Gonzalo de Illescas– dado que, en el texto, se expresan de manera mucho muy clara las huellas de la naturaleza oral.

La imprenta se establece en España –al parecer en Segovia– por el año de 1472, con lo que vienen a quedar escasos veinte o treinta años, entre la aparición de ésta y el nacimiento de nuestro autor. La publicación y la circulación de libros no se desarrolló sino hasta el siguiente siglo³⁰⁶ y el viaje de Bernal a las Indias fue sin duda otro acontecimiento que afectó su vida de lector.

Walter J. Ong llama mucho la atención sobre la importancia de la escritura y sobre la gran diferencia entre los hombres del mundo de la palabra y los hombres del mundo de la escritura.

Una comprensión más profunda de la oralidad prístina o primaria –dice– nos capacita para entender mejor el nuevo mundo de la escritura, lo que en realidad es y lo que de hecho son los seres humanos funcionalmente escolarizados: seres cuyos procesos de pensamiento no se originan en poderes naturales, sino en estos poderes según sean estructurados, directa o indirectamente, por la tecnología de la escritura. Sin la escritura, el pensamiento escolarizado no pensaría ni podría pensar como lo hace, no sólo cuando está ocupado en escribir, sino incluso normalmente cuando

³⁰⁶ Cfr. Irving A. Leonard, *op. cit.*, p. 27.

articula sus pensamientos de manera oral. Más que cualquier otra invención particular, la escritura ha transformado la conciencia humana.³⁰⁷

De este modo, las características que distinguen, según Ong, la expresión y el pensamiento en una cultura oral primaria son, entre otras, las que se señalan a continuación y las que de manera clara se pueden advertir en la obra de Bernal.

4.1. Marcas de oralidad.

a. Oraciones acumulativas antes que subordinadas.

Esta característica, en el caso de Bernal, queda manifiesta por el uso abundante del polisíndeton. Sólo en el caso del capítulo CLVI, que hemos tomado como modelo para este breve análisis, se pueden encontrar cerca de 250 nexos introductores. La conjunción copulativa “y” prevalece sobre el pronombre relativo “que” de las subordinadas y esta forma de construcción lo acerca, además, a las formas del habla infantil, en que continuamente se está haciendo alusión al esquema de la acumulación: “y mi mamá...y mi tío...y...”. La narración de esta manera queda más suelta, más ligera y produce la impresión de una mayor naturalidad. El estilo se robustece por la velocidad del relato, en virtud de que no hay nada que detenga la marcha del pensamiento. Las oraciones incidentales son prácticamente nulas, y aunque al parecer los guiones o paréntesis –tan propios de los historiadores para precisar fechas o datos– todavía no estaban en uso, nada indica en el estilo bernaldino una tendencia a la pausa, la complicación o el oscurecimiento.

Nuestro autor articula sus frases de tal manera que pone una delante de la otra –no una dentro de otra– como si lo que buscara fuera sólo dar curso al

³⁰⁷ Walter. J. Ong, *Oralidad y escritura. Tecnologías de la palabra*, México, FCE, 2002, p. 47.

río interno de sus pensamientos, sin detenerse o preocuparse por los primores de estilo. **A Bernal** le brotan los recuerdos, como diría el *Martín Fierro*, como “agua de manantial” y entonces se pone a contar y a contar sin que ninguna valla, dique, paréntesis, guión o frase incidental, interfiera en el libre vuelo de sus capacidades narrativas. Azorín por eso decía, en un alarde de ingenio, que escribir sólo consistía en poner una palabra enfrente de otra sin que nada obstaculizara la marcha del pensamiento escrito. Así, Bernal, quien cuenta las cosas tal y como le van ocurriendo a la memoria pues con esto logra hacer avanzar la historia con fluidez. Las culturas orales, dice Ong, “estimulan la fluidez, el exceso, la verbosidad.”³⁰⁸

En este sentido, uno de los estilos que más se asemeja al de nuestro autor es el de santa Teresa, quien también se despreocupaba de los propósitos de estilo, y quien en una de sus cartas llegó incluso a decir que “si faltaren letras, póngalas el lector”³⁰⁹. Por eso, la prosa de la monja carmelita es una de las más frescas y espontáneas prosas castellanas que se hayan escrito a lo largo del siglo XVI.

En cambio, el estilo de Francisco López de Gómara es pulcro y cuidadoso. Su sintaxis y puntuación, correctas. Y sus períodos, que revelan un dominio en la forma y longitud, son breves, escuetos, sobrios. La manera en que se entrelazan sus oraciones –afirmación tras afirmación– nos revela que estamos frente a alguien que conoce los secretos del idioma o por lo menos frente a alguien que recibió una instrucción esmerada. Véase, si no, en las siguientes líneas: “Era Fernando Cortés de buena estatura, rehecho y de gran

³⁰⁸ *Idem.*

³⁰⁹ Cfr. Ramón Menéndez Pidal, *Antología de prosistas españoles*, Madrid, Revista de Filología Española, 1932, 6ª ed., p.143.

pecho; el color ceniciento, la barba clara, el cabello largo Tenía gran fuerza, mucho ánimo, destreza en las armas. Fue travieso cuando muchacho, y cuando hombre fue asentado; y así, tuvo en la guerra buen lugar, y en la paz también.”³¹⁰

Hernán Cortés, por su parte, fue uno de los cronistas que mayor influjo recibió del latín. Por eso la concisión de su prosa y lo ceñido de su pensamiento. Un pensamiento riguroso, estricto, lógico, y a ratos, seco. Su tendencia a mandar el verbo al final de la frase, el uso del hipérbaton, y su estilo, con frecuencia impersonal –características todas de la prosa latina– marcan las diferencias de estilo entre el capitán español y el soldado escritor. Nuestro autor no tiene el dominio retórico, cierto, pero lo suple la tumultuosidad de su prosa, su apego a la verdad emotiva, su amenidad y su vivacidad de estilo, y el interés que sabe despertar en el lector por sus historias.

b. Oraciones redundantes o copiosas.

Esta otra característica es de muy fácil comprensión, pues en el mundo de la oralidad no hay forma de preservar el conocimiento. Todo tiende a perderse y a olvidarse, por lo que es muy importante recurrir a las pautas mnemotécnicas de recordación. “En una cultura oral –dice Ong– el análisis de algo en términos no mnemotécnicos –si fuera posible– no tiene ningún sentido, es una pérdida de tiempo, porque nunca podría recuperarse [...] En una cultura oral, la experiencia es intelectualizada mnemotécnicamente.”³¹¹

En la literatura prehispánica, recordemos, señaladamente en la náhuatl, los procedimientos estilísticos –difrasismo, paralelismo, estribillo, partículas

³¹⁰ Francisco López de Gómara, *Historia de la Conquista de México*, México, Porrúa, 1997, 3ª ed., Col. Sepan cuantos..., Núm. 566, Estudio preliminar de Juan Miralles, Cap. CCLII, p. 336.

³¹¹ Walter J. Ong, *op. cit.*, p. 42.

interjectivas, palabras broche- tienen una fuerte base rítmica, y repetitiva, con la finalidad de grabar en el ánimo y la memoria del lector, o espectador, el canto, el drama, el mito o la historia. Se auxilian con los diferentes tipos de glifos, es cierto, con los colores, tamaños y posiciones, pero el complemento de los códices, es decir, la tradición oral, el ejercicio de la memoria, es sumamente importante³¹². Es fundamental e ineludible. A tal grado que, como dice Ong, “la restricción de las palabras al sonido determina no sólo los modos de expresión, sino los procesos de pensamiento”.³¹³

En el caso de Bernal, casi apenas abierto el capítulo referido, encontramos que Cortés ordena a sus capitanes que, en la captura de Cuauhtémoc, no se “matase ni hiriese a ningunos indios, salvo sino le diesen guerra”. Y apenas unas cuantas líneas más adelante, reitera la orden: “y que no le ofendiesen ni le hiciesen enojo ninguno, sino que buenamente le procurasen prender”. Y cinco líneas después: “y le mandó que si le alcanzase que no le hiciese enojo ninguno, mas de prenderlo”.³¹⁴ La redundancia, pues, la pronta repetición, que determina incluso la sintaxis, es una muestra más del estilo de Bernal, impregnado de una fuerte dosis de cultura oral. La repetición, o esa especie de *ritornelo*, es una expresión que no sólo aparece en este capítulo, sino que continuamente está presente a lo largo de muchas de sus páginas, un poco también con la idea de ser más claro y no dejar lugar a ninguna duda, y aunque a ratos, es cierto, pueda dar la impresión de ser un

³¹²Cfr. Ángel María de Garibay K., *Panorama literario de los pueblos nahuas*, México, Porrúa, 1979, 4ª ed., pp. 27-41; Birgitta Leander, *Flor y canto*, México, Instituto Nacional Indigenista-SEP, 1981, 2ª ed., pp. 53-65; Miguel León-Portilla, *Los antiguos mexicanos a través de sus crónicas y cantares*, México, FCE, 1988, pp. 52-70.

³¹³*Ibid*, p. 40.

³¹⁴Bernal Díaz del Castillo, *op. cit.*, Cap.CLVI, pp. 60 y 61.

estribillo, también es cierto que la repetición confiere a la prosa un sentido menos afectado y mucho más vivo y natural.

c. Referencias situacionales antes que abstractas.

En una cultura oral, sostiene Ong, no se manejan conceptos tales como figuras geométricas ni se puede categorizar por abstracción. No existe el círculo, sino la luna o el “plato de fulano de tal”; tampoco el cuadrado, sino la puerta o tal o cual tabla, es decir, conceptos que tengan una relación con lo real, concreto, utilitario, y estén “cerca del mundo humano vital”. Esto lleva también, a los hombres que provienen de una cultura oral, a que no estén capacitados –no que no sean inteligentes– para desarrollar procesos de razonamiento formalmente lógicos y a que tengan mucho trabajo con la formulación de definiciones.³¹⁵

Ong sostiene que hay una gran incapacidad para el autoanálisis, en virtud de que “los factores externos dominan la atención”³¹⁶. Y, efectivamente, en Bernal se manifiesta mucho más una personalidad comunitaria y exteriorizada que introspectiva, y prevalecen en él las situaciones externas. Continuamente nos está relatando las batallas, los estragos de la guerra, el filo con que cortan las espadas e, incluso, uno que otro golpe memorable, pues, como se consideraba en la época, para que un relato sea bueno, debe subrayar, ante la mirada expectante de sus lectores, aquellos golpes que definen la situación y que le otorgan categoría.³¹⁷

En el capítulo referido, destaca la destrucción de la ciudad. Los cadáveres se encuentran por doquier; las cabezas, piernas, y brazos sueltos,

³¹⁵ Cfr. Walter J. Ong., *op. cit.*, pp. 54-62.

³¹⁶ *Ibid.*, p. 59.

³¹⁷ Cfr. Georges Duby, *Le dimanche de Bouvines*, Paris, Gallimard, 1985.

están regados por todas partes; el hedor, que se vuelve insoportable, se les mete a los conquistadores por las narices y les produce tremendos dolores de cabeza. El estado miserable en que se encuentran los derrotados los hace purgar de sus cuerpos “una suciedad como echan los cuerpos muy flacos”³¹⁸. Los sacrificios humanos y la captura de Cuauhtémoc son otras tantas referencias siempre a las situaciones externas. No obstante, curiosamente, aquí se encuentra una de las escasas, escasísimas referencias –no sólo de este capítulo, sino de toda la obra– a la mirada interior. Por este pasaje, podemos enterarnos de lo íngrimo y solo que se sentía Bernal algunos días y del terrible temor a la muerte que experimentaba ante la vista de sus compañeros de armas que iban rumbo al sacrificio. A tal extremo era su miedo, dice, que se obligaba a orinar una o dos veces, por no decir, creo, que lo hacía sin sentirlo.

d. Expresiones acumulativas antes que analíticas.

Esta característica –dice Ong– está estrechamente ligada a la dependencia de las fórmulas para practicar la memoria. Los elementos del pensamiento y de la expresión de condición oral no tienden tanto a ser entidades simples sino grupos de entidades, tales como términos, locuciones u oraciones antitéticos o epítetos. La tradición popular oral prefiere, especialmente en el discurso formal, no al soldado, sino al valiente soldado; no a la princesa, sino a la hermosa princesa; no al roble, sino al fuerte roble. De esta manera, la expresión oral lleva una carga de epítetos y otro bagaje formulario que la alta escritura rechaza por pesada y tediosamente redundante, debido a su peso acumulativo. Los lugares comunes en las denuncias políticas de muchas culturas en vías de desarrollo de baja tecnología –enemigo del pueblo, capitalistas traficantes de guerra–, que parecen estúpidos a las personas muy instruidas, constituyen elementos formularios esenciales de la huella de los procesos orales de pensamiento.³¹⁹

³¹⁸ Bernal Díaz del Castillo, *op. cit.*, p. 65.

³¹⁹ Walter J. Ong, *op. cit.*, p. 45.

En la prosa de Bernal, este uso del epíteto es inexistente. No obstante, es muy notoria su tendencia a acumular detalles e historias como si quisiera vaciar todos sus recuerdos en un solo libro. A Bernal lo que le interesa, acorde con sus impulsos de escritor, es contar, narrar, relatar, no analizar. En el capítulo de referencia, podemos verlo con un ejemplo: cuando pensamos que va a darnos las razones, los porqués, las causas de a quién debe caber la gloria de haber capturado a Cuauhtémoc, si a García Holguín o a Gonzalo de Sandoval, se pone a contarnos una historia, o un cuento como él dice, –aquel en que se recuerda la disputa por Yugurta– acumula detalles y termina por abandonar la reflexión crítica que da la escritura y regresa de nueva cuenta al relato.

e. Cercanía con el mundo vital.

Bernal, al igual que Cervantes, tiende, cuando escribe, a percibir un auditorio. Es evidente que siente una relación con sus “curiosos lectores”, pues expresiones como “Dejemos esto y digamos como...”, “Pues como dicho tengo”, “Volvamos a nuestras pláticas...”, “y antes que pasemos más adelante digamos...”, “dejemos esto y volvamos a hablar...” abundan en la prosa bernaldina. De esta manera, nuestro autor mantiene vivo su gusto por la tradición oral, su apego a lo placentero de la conversación y su pasión por el mundo que lo rodea.

f. Posición conservadora y tradicionalista.

En virtud de que el hombre ha tenido que recorrer un largo camino para llegar a ser lo que es y ha sido, sabe la cantidad de esfuerzo, de espíritu, que es necesario invertir en una empresa. La conciencia de la preservación es muy alta en aquellos hombres cuya vida ha transcurrido en comunidades apartadas

de la tecnología de la escritura. Su casi religiosidad por sus usos y costumbres lo enfrenta contra cualquier posición innovadora. Posición que, al cabo de un tiempo, acaba por sumarse a la tradición y se despoja de su carácter transformador. Se trata, según ellos, de guardar la tradición y de ir la bajando de generación en generación.

Walter J. Ong lo dice de esta manera: “Dado que en una cultura oral primaria el conocimiento conceptualizado que no se repite en voz alta desaparece pronto, las sociedades orales deben dedicar gran energía a repetir una y otra vez lo que se ha aprendido arduamente a través de los siglos.”³²⁰

Así, Bernal Díaz del Castillo, quien seguramente, como muchos otros ancianos, con la idea de que quedara memoria de sus tiempos heroicos, refirió infinidad de veces la que para él era la historia verdadera de la conquista.

g. Matices agonísticos.

La descripción entusiasta de la violencia física –que en todo ha de entrometerse– es otra de las características, dice Ong, que a menudo identifican las huellas de la narración oral. Las culturas orales, agrega, gustan de la alabanza y de la exaltación del triunfalismo. Estas tres marcas –violencia, elogio y triunfalismo– están sin duda muy claras en este capítulo y a lo largo de toda la *Historia...* Con todo, mencionemos algunos ejemplos: “Que después que se ganó esta tan grande y populosa ciudad y tan nombrada en el Universo, después de haber dado muchas gracias a Dios nuestro Señor y a su bendita madre Nuestra Señora, y haber ofrecido ciertas mandas a Dios Nuestro Señor,

³²⁰ *Ibid*, p. 47.

Cortés mandó hacer un banquete en Coyoacán por alegrías de haberla ganado...”³²¹

Otro: “pues aún no son nada los trabajos ni riesgos de muerte que de mi persona he recontado, que después que ganamos esta grande y fuerte ciudad de México pasé otros muchos reencuentros de guerra...”³²²

Uno más: “y por otra parte, si bien se considera, es por demasiado atrevimiento y gran ánimo en que aquellos días había de poner mi persona en lo más recio de las batallas, porque en aquella sazón presumía de buen soldado y estaba tenido en aquella reputación.”³²³

h. Sentido del drama.

Una huella más de los métodos orales de composición en la prosa de Bernal es la inclinación hacia la teatralidad. En virtud de que el mundo oral es cálido, vital, existe una tendencia hacia la interacción de sus integrantes. Estos se mueven libremente con todas sus pasiones y debilidades y crean un ámbito muy rico en emociones humanas. En la escritura, el narrador se oculta tras la voz de sus personajes y deja que estos interactúen como si realmente estuvieran en el mundo. En el capítulo CLVI, podemos señalar por lo menos tres ejemplos. El primero, cuando sorprenden a Cuauhtémoc y éste tal parece que se levanta y dice: “No me tire, que yo soy el rey de esta ciudad y me llaman Guatemuz; lo que te ruego es que no llegues a cosas más de cuantas traigo ni a mi mujer ni parientes, sino llévame luego a Malinche”.³²⁴ El segundo, cuando Cuauhtémoc es llevado ante Cortés y aquél dice: “Señor Malinche: ya he hecho lo que soy obligado en defensa de mi ciudad y vasallos, y no puedo

³²¹ Bernal Díaz del Casatillo, *op. cit.*, Cap. CLVI, p. 65.

³²² *Ibid.*, p. 68.

³²³ *Ibid.*, p. 67.

³²⁴ *Ibid.*, p. 61.

más, y pues vengo por fuerza y preso ante tu persona y poder, toma ese puñal que tienes en la cinta y márame luego con él”³²⁵. Y el otro pasaje relatado con un gran contenido dramático, y uno de los más bellos desde el punto de vista literario, es aquel cuando, a la derrota de Cuauhtémoc, y en medio de la lluvia, los relámpagos y los truenos, y tras una caída de agua como nunca antes había caído, sobreviene un silencio estremecedor que casi se oye. Cesan los ruidos y los “malditos atambores y cornetas y atabales dolorosos”³²⁶ y todo se ensombrece y da la impresión de que un mundo y una cultura ha llegado a su fin.

i. Presencia de refranes.

Desde siempre estas breves sentencias de la sabiduría popular, o evangelios chiquitos como los llama el Pensador Mexicano, han sido de gran utilidad y provecho, no sólo para conducirse en la vida, sino para adquirir un sentido del idioma. La cuenta silábica a que están sujetos, sus consonancias y asonancias le otorgan un principio rítmico. Y el ritmo y la rima, amén de ayudar a la memorización, incluso fisiológicamente dice Ong³²⁷, despiertan un gusto por la palabra. Se escucha y se disfruta una musicalidad que no sólo posee el verso sino también la prosa, y el oído se ajusta a una cadencia y a un compás de la lengua.

En las culturas orales, el uso de refranes es abundante; a tal grado, que no se puede vivir sin ellos pues, como sostiene Ong, “forman la sustancia del pensamiento mismo”.³²⁸ “La ley misma –agrega Ong– está encerrada en

³²⁵ *Ibid.*, p. 62.

³²⁶ *Ibid.*, p. 63.

³²⁷ Walter J. Ong, *op. cit.*, p. 41.

³²⁸ *Idem.*

refranes y proverbios formulaicos que no representan meros adornos de la jurisprudencia, sino que ellos mismos constituyen la ley.”³²⁹

En el caso de Bernal, como en el de Cervantes, con quien guarda tantos parecidos, o mejor dicho de Sancho, es decir, del pueblo, los refranes avivan el color de sus páginas, pues estos son capaces de dar lustre y brillo, así sea la página que se considere más selecta.

En nuestro capítulo, Bernal trae a cuento, le ocurre a la memoria –porque así llegan los refranes a la conversación o al pensamiento: solos y naturales– en ocasión de los sacrificios humanos, aquel que dice que “cantarillo que muchas veces va a la fuente...”.³³⁰ Pero, a lo largo de la obra, hay muchos otros giros, dichos y refranes de los que se vale Bernal para sazonar su prosa. Como aquellos de que “hizo las provisiones de muy buena tinta”,³³¹ “tú me lo ruegas y yo me lo quiero”³³² o aquel que aparece también en el Quijote de “dádivas quebrantan peñas”³³³ –o sus variantes– “el oro quebranta peñas”³³⁴ o “todo con el oro se amansa”³³⁵ o aquel otro que también cita *La Celestina* de “ir por lana y salir trasquilado.”³³⁶

En dos o tres ocasiones se refiere asimismo al refrán de Mazagatos³³⁷ – “Escapó de la de Mazagatos” por querer significar que se libró del peligro o que estuvo envuelto en algún lío o trance– y al de “no quedó roso ni velloso”³³⁸ que se utilizaba para referirse a que no había quedado nadie vivo en alguna

³²⁹ *Ibid*, p. 42.

³³⁰ Bernal Díaz del Castillo, *op. cit.*, Cap. CLVI, p. 67.

³³¹ *Ibid.*, Cap. XIX, p. 82.

³³² *Ibid.*, Cap. XLII, p. 138.

³³³ *Ibid.*, Cap. CXII, p. 341.

³³⁴ *Ibid.*, Cap. XLIV, p. 142.

³³⁵ *Idem.*

³³⁶ *Ibid.*, Cap. CLII, p. 41.

³³⁷ *Ibid.*, Cap. CXXXII, p. 420; Cap. CLII, p. 32.

³³⁸ *Ibid.*, Cap. CLII, p. 35.

determinada circunstancia. Pero también Bernal echa mano de aquél cuya rima en asonancia y consonancia servía para aludir a aquel invitado que no se conformaba con la comida que le servían a la mesa, sino que quería llevarse además su itacate y por eso se decía “el uno en papo y en otro en saco y otro so el sobaco”³³⁹ y además algunas veces se agregaba: “llora por lo que quedó en el plato”.³⁴⁰

Y así nuestro autor iba recurriendo a cuanto refrán le viniera a la cabeza, tal y como seguramente él también los usaba no sólo en la expresión escrita, sino en la oral. De esta manera aparecen en la *Historia...* algunos otros como aquellos de “quien acomete, vence”³⁴¹, “el hambre no tiene ley”³⁴², “mal ajeno de pelo cuelga”³⁴³, “a la oveja ruin le pesa la lana”³⁴⁴, “cabra coja no tenga siesta”,³⁴⁵ “oro y amores, malos de encubrir”,³⁴⁶ o aquel otro de “a grandes bonanzas y placeres, tristeza”³⁴⁷ o su variante de “a mayores prosperidades, muchas tristezas.”³⁴⁸ Y había además algunas expresiones distintas, cuenta Bernal, que ya se traían por refrán como, por ejemplo, “cuando había alguna cosa de mucha calidad que repartir”, pues se solía decir: “No se lo repartir como Cortés”³⁴⁹, que se tomó todo el oro, lo más y mejor de la Nueva España

³³⁹ *Ibid.*, Cap. CV, p. 326.

³⁴⁰ Cfr. Sebastián de Covarrubias, *Tesoro de la lengua castellana o española*, Madrid, Turner, 1984, pp. 852, 941 y 918.

³⁴¹ *Ibid.*, Cap. IV, p. 51. (Primer refrán que cita Bernal).

³⁴² *Ibid.*, Cap. CLXXVI, p. 202.

³⁴³ *Ibid.*, Cap. CLXIX, p. 165.

³⁴⁴ *Ibid.*, Cap. CCIV, p. 331.

³⁴⁵ *Ibid.*, Cap. LX, p. 178.

³⁴⁶ *Ibid.*, Cap. CXXXV, p. 429.

³⁴⁷ *Ibid.*, Cap. CXXIV, p. 379.

³⁴⁸ *Ibid.*, Cap. CLII, p. 32.

³⁴⁹ *Ibid.*, Cap. CLXIX, p. 166.

para sí. O aquel otro que se solía decir en relación con una disputa sobre caballos: “En bondad es tan bueno como fue Motilla.”³⁵⁰

Y de igual manera había otras varias sentencias, dichos, máximas que quizás no fueran propiamente refranes, pero que como todo lo que parece corresponder a esta época, oscila entre una y otra denominación. Así, había expresiones como “Aquí fue Troya”,³⁵¹ “echada está la suerte de la buena ventura”,³⁵² “quién no supiera escribir para no firmar muertes de hombres”,³⁵³ “estar siempre la barba sobre el hombro”,³⁵⁴ “buscar a Mahoma en Granada o escribir a mi hijo el bachiller de Salamanca”.³⁵⁵

j. Lectura en voz alta

Un texto es muy oral, afirma Ong, cuando puede leerse bien en voz alta.³⁵⁶ Con nuestro autor, esta prueba está fuera de toda duda. Resiste perfectamente –lo he comprobado innumerables veces– la lectura en voz alta, no sólo de un capítulo sino de la obra entera. Y si nos atenemos a lo que Ong nos informa, tendremos que esta característica define no sólo su naturaleza, sino su calidad y valor pues: “En la Antigüedad clásica occidental, se daba por sentado que un texto escrito valioso debía y merecía leerse en voz alta, y la práctica de leer los textos en voz alta continuó, comúnmente con muchas variaciones, a través del siglo XIX (Balogh, 1926)”.³⁵⁷

k. Personajes y cosas memorables.

³⁵⁰ *Ibid.*, Cap. CCVI, p. 352.

³⁵¹ *Ibid.*, Cap. CLVII, p. 75.

³⁵² *Ibid.*, Cap. LIX, p. 177.

³⁵³ *Ibid.*, Cap. LVII, p. 175.

³⁵⁴ *Ibid.*, Cap. CXXXIX, p. 447.

³⁵⁵ *Ibid.*, Cap. CXLIII, p. 471.

³⁵⁶ Walter J. Ong, *op. cit.*, p. 104.

³⁵⁷ *Ibid.*, p. 115.

¿Qué sabe, o puede saber, de manera organizada un hombre que provenga de una cultura oral? Walter J. Ong categóricamente dice: “La única respuesta es: pensar cosas memorables.”³⁵⁸ Pero si esto es así, ¿cómo explicar entonces el cúmulo de detalles que Bernal recuerda al lado del hecho renombrado que fue la Conquista? O acaso, ¿sólo son notables para él y los lectores son incapaces de advertirlo? ¿O tan recordado el hecho de armas como el número de escalones que tenía el *Cú* mayor de Tlaltelolco? Lo cierto es que si la Conquista ocupó gran parte de su pensamiento, y fue largamente meditada y platicada, muy clara y viva había de estar en sus recuerdos. Recuerdos que tal vez lo atormentaban y que, al escribir su *Historia...*, quiso aliviarse de ellos.

Por otro lado, si su cabeza estaba acostumbrada a pensar sólo en cosas memorables como la Conquista –memorable para él y para el mundo de ése y de todos los tiempos– y no cargaba su mente con otras cosas secundarias, ¿quiere esto significar que allí radicaba el secreto de su memoria? Ong insiste en que “Lo heroico y lo maravilloso desempeñaron una función específica en la organización del conocimiento en el mundo oral.”³⁵⁹ Y no sólo, sino que “la memoria oral funciona eficazmente con los grandes personajes cuyas proezas sean gloriosas”³⁶⁰, ya que los personajes incoloros no se recuerdan, no sobreviven a la memoria oral. ¿Por esta razón están descritos con una gran fuerza expresiva, así Cortés como Cuauhtémoc? ¿Sentir que se viven tiempos heroicos aviva la memoria? ¿O la desarrolla el saber que se tiene la muerte a un lado y que en cualquier momento se puede morir? ¿No dicen algunos que

³⁵⁸ *Ibid.*, p. 41.

³⁵⁹ *Ibid.*, p. 74.

³⁶⁰ *Ibid.*, p. 73.

cuando se han sentido en peligro de muerte recuerdan con toda claridad el camino de su vida?

I. Signos de puntuación.

La mayor parte de los estudiosos de la obra de Bernal han hecho alusión a lo ininteligible de su caligrafía y a lo lleno de tachaduras y enmendaduras que se encuentran sus manuscritos. En el manuscrito *Guatemala*, por ejemplo, son célebres los interlineados y las abreviaturas. R. B. Cunninghame Graham, uno de sus biógrafos, en el prefacio a su *Bernal Díaz del Castillo, historiador de la conquista* dice que “los manuscritos de Bernal son muy difíciles de leer, enredados, confusos y llenos de extrañas abreviaturas”³⁶¹. Pero todo el que tiene trato frecuente con manuscritos antiguos ha pasado por estos apurados trances. Asimismo, la importancia o valor que le otorga nuestro autor a los signos de puntuación es mínimo, muy probablemente por la libertad ortográfica de la época, aunque también habría que considerar quizá que estos no son fonéticos, es decir no se oyen, y que en un hombre tan cercano a la tradición oral, el sonido, la pronunciación, tiene muchísima importancia.

4.2. Figuras retóricas.

Aunque Bernal Díaz del Castillo no es muy rico en la utilización de procedimientos retóricos, producto de su estilo desaliñado pero vigoroso, se pueden mencionar algunos que nos darían un mayor conocimiento de su prosa y que de igual forma confirmarían su deuda con los recursos animados de la conversación.

³⁶¹ R. B. Cunninghame Graham, *Bernal Díaz del Castillo, historiador de la conquista*, Buenos Aires, Inter-americana, 1943, p. 9.

a. Anacoluto.

Esta figura, que produce la impresión de que se trunca la construcción gramatical, producto de la urgencia, la prisa, la emoción del escritor por decir lo que tiene que decir, es, sin embargo, dice Helena Beristáin en su *Diccionario de Retórica y Poética*, uno de los procedimientos estilísticos que produce un efecto de mimesis de la lengua hablada³⁶² y que, por lo tanto, le da a la prosa una espontaneidad y una viveza que la hace de muy sencilla y agradable lectura. Cuando Bernal cuenta la caída de Cuauhtémoc y advierte que “esto digo al propósito porque todos los noventa y tres días que sobre esta ciudad estuvimos, de noche y de día daban tantos gritos y voces unos capitanes mexicanos aperciendo los escuadrones y guerreros que habían de batallar en las calzadas...”³⁶³, aparece aquí el desvío con una serie de yuxtaposiciones o puntos y comas que, hasta un punto y seguido después, surge la oración que todos esperaríamos completara la idea, es decir, aquella en la que dice : “que no nos oíamos los unos a los otros”³⁶⁴.

El anacoluto puede deberse asimismo a una confusión entre la parataxis y la hipotaxis, o bien a que la apódosis, es decir la oración que completa el sentido, no es la adecuada. En este caso, el cambio de tema o la ruptura en el hilo de la narración obedece a un recurso muy socorrido de Bernal cuando se encuentra en un callejón sin salida y que es recurrir a la parataxis o yuxtaposición.

³⁶² Helena Beristáin, *Diccionario de Retórica y Poética*, México, Porrúa, 2001, p. 35.

³⁶³ Bernal Díaz del Castillo, *op. cit.*, Cap. CLVI, p. 63.

³⁶⁴ *Idem*.

b. Parataxis.

El texto bernaldino oscila con frecuencia entre una forma u otra de enlazar la oración. Ya sea porque se trate de una coordinación, yuxtaposición o parataxis, o de una subordinación o hipotaxis. Aunque, en los más de los casos, tal parece que acaba por decidirse hacia una construcción brusca y precipitadamente paratáctica. La ausencia de conjunciones, adverbios o pronombres relativos que marquen la subordinación y el uso abundante del polisíndeton produce una sintaxis poco cuidada que es de la que goza fama la prosa de nuestro autor.

La parataxis, explica Walter von Wartburg en su libro *Problemas y métodos de lingüística*³⁶⁵, es una modalidad de la construcción medieval que se produjo por un fenómeno histórico que llevó a la pérdida de conjunciones en la baja latinidad. Varios de los párrafos de toda la *Historia...*, e incluso de este capítulo, principian de una manera abrupta. La transición de una idea a otra no ocurre de manera llana, suave, sencilla, sino que se siente un brinco o una yuxtaposición precipitada. Arranques –y finales– como “Dejemos esto y digamos...”, “Dejemos de hablar en esto y quiero decir otras cosas...”, “Dejemos de esto y pasemos adelante y digamos...”, “Dejemos esto, volvamos a hablar” aparecen con demasiada frecuencia en el estilo de Bernal.

El párrafo de la referida página 63 es un buen ejemplo –aunque hay muchos otros a lo largo del capítulo– de esa prosa un tanto atropellada, con cierto desaliño, poco gramatical, que no sabe bien a bien si elegir entre una parataxis forzada o una hipotaxis faltante. Bernal rehúye casi de manera natural la hipotaxis por ser este procedimiento de naturaleza lógica o

³⁶⁵ Walter von Wartburg, *Problemas y métodos de lingüística*, Madrid, Instituto Cervantes, 1951, tr. Dámaso Alonso.

discursiva, propio de un estado reflexivo, histórico, que lo distancia de su influjo oral y de su afán por contar y no analizar. De las dos clases de parataxis, es decir, la asindética y la polisindética, ésta última produce un estilo más animado que es el propio de Bernal.

c. Epítome.

En Retórica, como es sabido, este procedimiento de construcción no es otra cosa sino un tipo o clase de repetición que se utiliza para mantener viva, en el ánimo del lector, alguna idea o emoción que se desee subrayar. Generalmente, son las primeras expresiones de un párrafo y sirven asimismo para reforzar la claridad y la coherencia. A Bernal no le importa repetir con tal de que quede fija su idea en la memoria del lector, es cierto, pero también con el propósito de ser claro. De hecho, casi todas las figuras retóricas están íntimamente vinculadas a su mundo de oralidad y a su propósito de ser preciso y no confundir u oscurecer el hilo del relato. En el capítulo seleccionado, al final, tenemos un ejemplo:

cuando nos mataron a nuestros compañeros, *lleváronlos* y no digo matéronlos, y la causa es ésta: porque los guerreros que con nosotros peleaban aunque pudieran matar a los que *llevaban* vivos de nuestros soldados, no los mataban luego, sino dábanles heridas peligrosas porque no se defendiesen, y vivos los *llevaban* a sacrificar a sus ídolos, y aun primero les hacían bailar delante del Huichilobos, que era su ídolo de la guerra, y ésta es la causa por qué he dicho *lleváronlos*.³⁶⁶

d. Hipérbole.

Como hombre apasionado, Bernal gusta de la hipérbole. Pero de una hipérbole cuya imagen y expresión se correspondan con bastante exactitud. No una exageración falsa o postiza, sino una forma de construir, como la lleva a cabo Bernal y como la considera adecuada la Retórica, que represente una

³⁶⁶ Bernal Díaz del Castillo, *op. cit.*, Cap. CLVI, p. 69. Los subrayados son míos.

verdadera audacia expresiva. El impulso de Bernal, de continuamente estar llevando hasta el extremo, hasta donde den de sí las expresiones, revela muy claramente su gusto por este procedimiento retórico.

Unos ejemplos: “Llovió y relampagueó y tronó aquella tarde y hasta medianoche mucho más agua que otras veces” / “quedamos tan sordos todos los soldados como si de antes estuviera un hombre encima de un campanario y tañesen muchas campanas, y en aquel instante en que las tañían cesasen de tañerlas”/ “que no nos oíamos los unos a los otros” / “y no se ha hallado generación en muchos tiempos que tanto sufriese la hambre y la sed y continuas guerras como éstas”.³⁶⁷

e. Digresiones.

Uno de los secretos de la amenidad del estilo de Bernal Díaz del Castillo es sin duda la abundancia de digresiones. Esta idea de nuestro autor de andar sin rumbo fijo en el curso de su historia, de perderse en el cuerpo de su relato, le da a su estilo tal placentero carácter que hace que su lectura hoy se haga con el mismo gusto que cuando fue escrita.

Hombre de experiencias, de muchas e intensas experiencias, Bernal Díaz del Castillo era sabedor de que la variedad, en casi todos los órdenes, gusta y atrae a la mayor parte de los hombres. Por eso sin duda su inclinación a esta forma de construir su relato, pendiente siempre de interesar al lector y de no aburrirlo.

Sólo dos ejemplos: “Dejemos de hablar en esto, y quiero decir otras cosas que pasaron, que se me olvidaban, y aunque no vengan ahora dichas...” / “Ahora que estoy fuera de los combates y recias batallas que con los

³⁶⁷ *Ibid.*, Cap. CLVI, pp. 63 y 65.

mexicanos teníamos de día y de noche, por lo cual doy muchas gracias a Dios que de ellas me libró, quiero contar una cosa que me aconteció después que...”³⁶⁸

f. Revocación.

Cuando el autor retorna, tras una digresión o divagación al hilo del relato, se produce esta figura de pensamiento que, de acuerdo con Helena Beristáin, es un metalogismo que afecta la lógica del discurso y está próxima a la analepsis. En nuestro capítulo CLVI, citemos como ejemplo el pasaje o las líneas, donde, tras el cuento de Yugurta, Bernal dice: “Volvamos a nuestro hilo y propósito y es que Cortés dijo...”³⁶⁹

g. Reyección.

Al igual que la revocación, la reyección es un metalogismo que afecta la lógica del discurso, pero que a diferencia de la primera no es una analepsis, sino una prolepsis, es decir, una anticipación, ya que el emisor o autor pospone el desarrollo de un tema para decir que lo tratará más tarde. La prolepsis también la usa Bernal para intensificar el dramatismo de su relato. Barthes, según Helena Beristáin, lo entiende como un embrague que caracteriza el discurso propio de la historia.³⁷⁰

En nuestro caso, podemos mencionar algunos ejemplos: “porque los capitanes mexicanos y aun Guatemuz dijeron a Cortés, cuando les demandaba el tesoro de Montezuma, que los que andaban en los bergantines habían robado mucha parte de ello. Dejemos de hablar más en esto hasta más adelante, y digamos...”/ “y por esta causa temblaba el corazón, porque temía la

³⁶⁸ *Ibid.*, Cap. CLVI, pp. 66 y 67.

³⁶⁹ *Ibid.*, Cap. CLVI, p. 64.

³⁷⁰ Helena Beristáin, *op. cit.*, p. 444.

muerte, y todas estas batallas que aquí he dicho, donde me he hallado, verán en mi relación en qué tiempo y cómo y cuándo y dónde y de qué manera” / “Y dejemos esta materia, y digamos lo que Cortés hizo después de ganado México.”³⁷¹

4.3. Modos de expresión.

A más de los modos narrativo y dramático mencionados con anterioridad, en el capítulo seleccionado podemos mencionar el descriptivo que lleva a cabo Bernal en múltiples situaciones y personajes. Por ejemplo, cuando al pintarnos de cuerpo entero la figura de Cuauhtémoc, en unas cuantas líneas, con una gran economía verbal, como deben ser las buenas descripciones –quintaesencias y no fárragos, como se decía en el Siglo de Oro– nuestro autor nos regala una de las imágenes más sugestivas de uno de los héroes más grandes de la historia de México. La descripción de la mirada del héroe, una vez leída, se nos queda fija para siempre en la memoria: “Y los ojos más parecían que cuando miraba que era con gravedad que halagüeños” ³⁷². Pero, continuamente, a lo largo de la obra, sus descripciones del ambiente, o de las personas, son abundantes y memorables. Influida por la viveza del recuerdo –“si hasta parece que lo estoy viendo” dice en varios momentos o “como ahora los tengo en la mente y sentido y memoria”– la descripción adquiere matices y rasgos que la hacen mucho más honda y real que incluso una fotografía.

Por otro lado, otra característica de su modo narrativo es la forma en que, cándidamente, detiene el relato para explicarnos su estrategia narrativa, sobre todo, cuando tiene necesidad de una simultaneidad de acciones y de

³⁷¹ Bernal Díaz del Castillo, *op. cit.*, Cap. CLVI, pp. 65, 68 y 69.

³⁷² *Ibid.*, Cap. CLVI, p. 63.

tiempos. Carece de adverbios suficientes para explicar lo complejo del proceso o la acción y sus oraciones con frecuencia parecen interminables.

4.4. Uso del tiempo.

Como corresponde prácticamente a toda la crónica de la época, Bernal hace un uso objetivo del tiempo y alterna la narración en primera persona con la tercera y, a ratos, con la primera del plural. Su uso del tiempo es muy elemental, no juega con él ni lo hace avanzar o retroceder como parte de la historia, o de la estructura, sino sólo con fines de esclarecimiento, para no confundir u oscurecer el hilo del relato. Expresiones como “y para que esto se entienda bien ha menester volver atrás”, “dejemos de hablar más en esto hasta más adelante”, “Volvamos ahora a decir algo atrás de nuestra relación para que bien se entienda”, “Es menester que volvamos algo atrás”, “y fue de la manera que diré adelante”³⁷³ son de las se vale Bernal para darle curso a la historia y lograr su afán de claridad, amén de mantener al lector atento a la narración.

4.5. Narrador.

Se trata de un narrador homodiegético, según la clasificación de Genette, en la medida en que, al propio tiempo que narra, es un personaje o un partícipe de los acontecimientos.

4.6. Léxico.

Su vocabulario es el de todos los días, el de su comunidad; sin duda porque para él escribir era una manera de platicar, de contar las cosas como le

³⁷³ *Ibid.*, Cap. CLV, p. 53; CLVI, p. 65; CIX, p. 333; CLXI, p. 101; CLIII, p. 49.

iban ocurriendo a la memoria, de un modo sencillo, sin buscar el deslumbramiento del lector con la preparación de metáforas o símiles previos, sino, por el contrario, creando en él la certeza de que todo era muy fácil y de que cualquiera podía decirlo, aunque él supiera que no.

Los latinismos o cultismos, como pudiera esperarse en una época influida todavía por la retórica latina, y como se manifiestan en los otros cronistas, son prácticamente nulos. Otra hubiera sido su prosa, su estilo, de haber aprendido Bernal, latín. Se hubiera ajustado a una mayor concisión, a una sintaxis más ceñida, quizás más fría y lógica, como la de Cortés, y se hubiera perdido la espontaneidad y frescura que milagrosamente todavía conserva hasta nuestros días.

En cambio, los que sí aparecen, a diferencia de los latinismos, son los nahuatlismos o americanismos, producto de su curiosidad lingüística y de su afán por recoger y explicar palabras y mundos nuevos, lo que revela muy a las claras su condición de escritor. Manuel Alvar, en su *Americanismos en la "Historia" de Bernal Díaz del Castillo*³⁷⁴, revela el mundo americano de nuestro autor en por lo menos treinta palabras taínas o arahuacas, cincuenta aztecas y seis mayas. A semejanza de su lejana Castilla, de las ferias de Medina en donde escuchó el vasco, el gallego o el catalán, pero también el hebreo o el árabe, aquí en las Indias, en las Antillas o en Tierra Firme, de igual manera trajo los oídos abiertos y su mundo lingüístico se agrandó con la infinidad de lenguas indígenas que tuvo la oportunidad de escuchar.

³⁷⁴ Manuel Alvar, *Americanismos en la "Historia" de Bernal Díaz del Castillo.*, Madrid, Revista de Filología Española, Anejo LXXXIX, 1970, pp. 19-32.

4.7. Tono

El tono, es decir, la fuerza o tensión interna en que está construida la *Historia...* es propio de una conversación. Se percibe el fluir de la palabra hablada y por eso la obra da la impresión de ser un organismo vivo. Además, el soldado escritor tiene la dichosa particularidad de dar casi siempre con el tono apropiado de lo que se propone narrar, lo que le da a sus páginas una gran riqueza de relieves y matices estilísticos.

4.8. Estructura

Una de las razones por las que Bernal Díaz del Castillo no sigue una trama lineal climática en su *Historia...*, y por la que introduce, en la mayoría de sus capítulos, desde el primer momento, una clara tensión narrativa, es quizá por lo que Walter J. Ong plantea, respecto de la estrategia discursiva de los narradores que provienen de una tradición oral. Ong dice, por ejemplo:

Los poetas orales por lo común sumergían al lector *in media res* no por una razón solemne de estructura, sino por fuerza. No tenían opción ni alternativa... Si hubiera intentado avanzar en estricto orden cronológico, el poeta oral en cualquier ocasión dada seguramente omitiría uno que otro episodio en el sitio donde por orden cronológico debía encajar, y tendría que agregarlo más adelante...Lo que hacía a un buen poeta épico no era el dominio de una trama lineal climática que desarrollaba a fuerza de un truco sutil llamado a precipitar al lector *in media res*. Lo que constituía a un buen poeta épico era, entre otras cosas, en primer lugar la aceptación tácita del hecho de que la estructura episódica era la única manera, y la manera del todo natural, de imaginarse y manejar una narración larga. En segundo lugar, la posesión de una habilidad suprema para el uso de escenas retrospectivas y otras técnicas episódicas.³⁷⁵

Sin lugar a dudas, toda la *Historia Verdadera de la Conquista de la Nueva España* está construida con una estructura episódica, lo que también

³⁷⁵ Walter J. Ong, *op. cit.*, p. 141 .

auxilia a que su lectura en voz alta sea mucho más fácil y amena y lo que hace también que la misma estructura adquiriera un notorio valor estilístico.

Por otro lado, la falta de uniformidad en la extensión de los capítulos es un reflejo de lo caótico que se encontraban sus recuerdos en el pensamiento y de la manera en que estos le borbotaban por la frente. De manera que toda la obra de Bernal da la impresión de que tiende a la dispersión, cierto, pero su fuerza narrativa es tal que lo vuelve único en el mundo de las letras hispanoamericanas. Su estilo, inconfundible, llamará la atención de generaciones venideras y difícilmente podrá ser derrotado por el tiempo.

Capítulo V

Aunque todos somos del mismo barro, no es lo mismo bacín que jarro

Uno de los puntos más largamente llevados y traídos en la obra de Bernal –señaladamente en los últimos años– es aquel que se refiere a su condición genérica. Sin duda, porque la riqueza de su estilo y el alcance de su significado y contenido trascienden todo tipo de encasillamiento. Como el *Facundo* de Sarmiento o *Los cantos de maldoror* del Conde de Lautréamont, por citar sólo dos grandes obras, la *Historia verdadera...* de Bernal Díaz del Castillo de igual forma parece escabullirse –o dar de sí– al intento de reducirla únicamente a una obra histórica, una crónica, un mito o una leyenda. O, en todo caso, a una epopeya, cantar de gesta, novela, –o “arranque de novela” para usar la expresión de Reyes– o simplemente a una memoria, relación o plática. José Mariano Beristáin y Souza se atrevió incluso, en el siglo XIX, a considerarla como “un poema y no una historia”³⁷⁶, y en el siglo XX, Alejo Carpentier la llegó a llamar “primera novela de caballería real de todos los tiempos”³⁷⁷ y Carlos Fuentes la proclamó como elegía, poema épico o novela épica,³⁷⁸ pero también como “crónica, historia verdadera, biografía, autobiografía, memoria, novela de caballería violentamente trasladada a la realidad, y canto narrativo proclamando su propia, novedosa gestación.”³⁷⁹

³⁷⁶ José Mariano Beristáin y Souza, *Biblioteca Hispano-Americana Septentrional*, Reimpresión de Fortino Hipólito Vera, Amecameca, Imprenta del Colegio Católico, 1883, p. 382.

³⁷⁷ Alejo Carpentier, “Papel social del novelista” en *La novela latinoamericana... op. cit.*, p. 44.

³⁷⁸ Carlos Fuentes, *Valiente mundo nuevo*, México, FCE, 1990, Col. Tierra Firme, pp. 74, 77, 79.

³⁷⁹ *Ibid.*, p. 77.

Además, a todo esto habría que agregar también que hay algunos pasajes que, aunados al uso abundante que hace Bernal del estilo directo pues pone en boca de sus personajes infinidad de parlamentos –emotivos y cargados de lágrimas y coraje– y a la frecuente presencia de diálogos, le confieren al libro, aunque sea en grado mínimo, un sentido propio del género dramático. No porque esto quiera decir, desde luego, que Bernal sea un dramaturgo o que la *Historia...* sea una obra de teatro ni mucho menos, pero sí que en algunos momentos, en algunas líneas de su larga, larguísima conversación, hay instantes que bien pudieran considerarse propios para una representación. De hecho, hay un capítulo, el CCX, en el que un poco a la manera de un Auto Sacramental, pues uno de los personajes con quien dialoga Bernal es la Fama, se pueden apreciar de un modo más claro estos alcances teatrales. En él, la Fama proclama, a gritos, a grandes voces:

– ¡Es justicia y razón que los verdaderos conquistadores tengan buenas rentas! ¡Y más aventajadas que tienen otras personas que no han servido en estas conquistas ni en otras partes a Su Majestad!³⁸⁰

Y luego agrega:

– ¿Dónde están sus palacios? ¿Dónde sus moradas? ¿Qué blasones tienen en ellas? ¿Están esculpidos en ellas y puestos por memoria sus heroicos hechos de armas según y la manera de los caballeros de España que en los tiempos pasados sirvieron al rey?³⁸¹

Y el Conquistador, como entre dolorido y quejoso, parece que responde:

³⁸⁰ Bernal Díaz del Castillo, *op. cit.*, Cap. CCX, p. 366.

³⁸¹ *Idem.*

-Efectivamente, ilustre Fama, nuestras hazañas no son menores que las de los caballeros de España, señores de otros tiempos.³⁸²

Luego, la Fama vuelve a preguntar:

- ¿Dónde están sus sepulcros? ¿Dónde están los conquistadores que escaparon?

Y el Conquistador, responde:

- ¡Oh, excelente y muy sonante ilustre Fama! ¡Deseada y loada entre buenos y virtuosos! ¡Hágoos, señora, saber que de quinientos cincuenta soldados que pasamos con Cortés desde la isla de Cuba, no somos vivos en toda la Nueva España, hasta este año de mil quinientos sesenta y ocho, en que estoy trasladando mi relación, sino 5! ¡Que todos los más murieron en las guerras, sacrificados a sus ídolos, o muertos de su muerte!³⁸³

Más adelante, Bernal suplica a la Fama que alce su virtuosísima voz para que todo el mundo conozca sus proezas, pero sobre todo para que los reyes lo colmen, a él y a sus compañeros, de bienes, de tierras, y de repartimientos de indios. Al final, la Fama no le da lo que esperaba, o al menos no en la cantidad que lo quería, pero, a cambio, le da sin duda algo mejor: la gloria, el nombre y el renombre, la inmortalidad.

Los diálogos que se pudieran adaptar o las escenas que se pudieran reconstruir darían sin duda como para una pequeña obra, cuyas resonancias teatrales tendrían que tomarse muy en cuenta para el establecimiento definitivo del género. A este pasaje de la Fama, se le pudieran sumar muchos otros pequeños cuadros, con parlamentos propios de la obra, como aquel cuando,

³⁸² *Idem.*

³⁸³ *Idem.*

camino de las Hibueras, el factor Gonzalo de Salazar, quitándose la gorra y haciendo grandes reverencias, le decía a Cortés, cantando, que se volviera, que no fuera porque había visto, a la manera supersticiosa de los indios, una mala señal, pero Cortés, también cantando, le respondía que no creyera en agüeros pues sucedería lo que Dios quisiese. O también se pudiera incluir en esa imaginada obra, aquel otro pasaje, lleno de dramatismo, cuando los mexicas le dicen a Guatemuz que no se fíe de Malinche, es decir de Cortés, pues sus palabras halagüeñas de paz no son más que engaños y maldades, y el joven abuelo responde, enojado, que está bien, muy bien, que mueran peleando, pero que si de ahí en adelante, alguien, atrevido, le pide que haga la paz con los españoles, él mismo lo mandará matar.

En fin, que pudieran ser varios los pasajes que se pudieran reunir, dándoles desde luego unidad y coherencia, para formar esa pequeña obra a la que nos referimos y cuya puesta en escena sería tan atractiva y amena como la obra en prosa.

Pero, volviendo al tema de los géneros, tendríamos entonces que, acorde con el siglo, con los tiempos del mestizaje, la *Historia*... sería asimismo una obra de naturaleza híbrida o heterogénea, ya que reuniría, así en su cuerpo como en su alma, varias condiciones que la ubicarían fuera de toda clasificación a la que se le pretende confinar. Una clasificación que resultaría insuficiente, pues como señala el crítico e historiador literario búlgaro Tzvetan Todorov, una obra puede pertenecer a varios géneros, según se ponga de relieve determinada característica de su naturaleza.³⁸⁴

³⁸⁴ Cfr. Antonio García Berrio y Javier Huerta, *Los géneros literarios: sistema e historia*, Madrid, Cátedra, 1999, p. 133.

La concepción de género, por otra parte, recordemos, es algo que ha ido cambiando a lo largo del tiempo. En un primer momento, en la Antigüedad grecolatina, que es cuando surge la teoría clásica de los géneros, se les consideraba como entidades fijas, estáticas, permanentes. Desde Platón, y más especialmente con Aristóteles, pero pasando luego por los preceptistas romanos, los criterios elegidos para el establecimiento de los géneros fueron sumamente rígidos y cerrados. Difícilmente, se comprendía que un género pudiera entrecruzarse con otro para enriquecerlo y ni pensar que estas clasificaciones pudieran ser desbordadas, o incluso negadas, por la peculiaridad de los textos.

En la Edad Media, surgieron otras formas, otros códigos, producto de las nuevas estructuras y de la complejidad de las obras, que provocaron una crisis en el sistema tradicional de ordenamiento³⁸⁵. Pero es en el siglo XVI, cuando escribe Bernal, y sobre todo en el XVII, época del Barroco, cuando los autores, junto con las obras, se deciden a dar rienda suelta a la locura de sus genios, y las leyes y las reglas que en otro tiempo se consideraban inmutables, son ahora enmendadas por una infinidad de inéditas variaciones.

El teatro es, quizá, en esta época, junto con la épica narrativa, los géneros que más transformaciones sufren. El teatro, porque tiene la audacia de complicar, como la vida, como la muerte, el espíritu burlón con el funesto, y la épica, porque va a dar a luz el que muchos críticos consideran el género de géneros, la novela, pues en su seno integra prácticamente todas las categorías posibles.

³⁸⁵ Para la historia de los géneros, véase Antonio García Berrio y Javier Huerta Calvo, *op. cit.*

Un siglo después, lamentablemente, el Neoclasicismo vuelve a la inflexibilidad de las normas, pero, por fortuna, el Romanticismo pronto rompe con la tradición clásica, crea una nueva visión, libre de los prejuicios de la contaminación de los géneros, y sienta las bases de una teoría moderna de clasificación, en donde los criterios son mucho más abiertos y en donde las reglas están prácticamente ausentes.

Hoy en día se puede hablar, con entera libertad, de poemas en prosa o de prosa poética, sin que nadie se llame a engaño o confusión. En el siglo XX, y los años primeros de este nuevo siglo XXI, hay muchos críticos y autores, incluso, que se oponen abiertamente a la idea de género pues sostienen que es una contradicción con el espíritu libérrimo del arte y con la grandeza de las creaciones. Sin embargo, en términos generales, se puede decir que la teoría se inclina hoy ya mucho más hacia el reconocimiento de la especificidad de la obra.

Julia Kristeva, otra teórica, también de origen búlgaro, y a quien en cierta manera se le atribuye la maternidad del concepto de la intertextualidad, plantea ya la necesidad de abandonar la antigua clasificación genérica para ir en busca de una tipología de los textos. La Teoría de la Recepción, por su parte, de forma aún más innovadora, postula que el concepto de género no tiene tanto que ver con el autor ni con la obra, sino de manera muy especial con los ojos del lector. Qué es lo que yo, desde mi perspectiva, punto de vista, contingencia, o como a ellos les encanta llamar desde mi “horizonte de expectativas” –horizonte cultural, ideológico o histórico– encuentro en tal o cual libro. Qué es lo que a mí me interesa y “que es lo que yo veo que tú no ves” en este texto para luego colocarlo al lado de otros de características similares.

De hecho, en este trabajo lo que ha interesado no ha sido lo que comúnmente llama la atención de la mayor parte de lectores de Bernal, es decir, su análisis y lectura desde una visión histórica, sino su acercamiento desde una mirada literaria. Aunque aquí también, quizá, convendría traer a cuento, así fuera brevemente, el hecho de que la historia, desde los griegos, no era otra cosa sino un género literario.

Las grandes obras de la Antigüedad, como la *Ilíada* o la *Odisea*, no fueron leídas como lo haríamos hoy en día los lectores contemporáneos, es decir, como textos literarios, sino históricos. Los poemas homéricos –¿poemas?, ¿o sería más propio llamarlos epopeyas?– fueron la expresión, para los griegos de entonces, de su historia antigua. ¿Y la obra de Herodoto, considerado como el padre de la Historia, no era algo así como un texto literario con sus intervenciones de dioses, destinos, digresiones, supersticiones y mitos? ¿Y no ocurre lo mismo con la *Eneida* de Virgilio, para poner un ejemplo romano? ¿O con la *Biblia*, para poner uno hebreo y seguir con los ejemplos del mundo antiguo?

Lo cierto es que la Historia era una disciplina mucho menos árida de lo que lo es en la actualidad. Una disciplina que, como la literatura, embellecía el mundo, al tiempo que le proporcionaba conocimiento, lo mismo que hoy y siempre también han hecho las obras literarias.

Y fue así por largo, larguísimo tiempo. Por siglos. No obstante que ya, desde entonces, Luciano de Samosata, en su encantador opúsculo de *Cómo debe escribirse la historia*, ya hablara de que sin detrimento del buen uso del lenguaje –que para él era algo relativamente sencillo de advertir con sólo abrir los oídos– no se supieran separar los atributos de la historia y los atributos de

la poesía. Porque para él era un gravísimo defecto “meter en la historia los adornos de la poesía”³⁸⁶, dado que esto equivalía, agregaba, a vestir “a uno de esos atletas fuertes y completamente macizos con vestidos de púrpura y los demás aderezos de una putilla”³⁸⁷ y a pintarle la cara con rojo y albayalde. Admitía, eso sí, sobre todo en el caso de las batallas y combates, que la historia se contagiara un poco de poesía, pero inmediatamente puntualizaba: “que la expresión se quede en tierra”³⁸⁸.

Sin embargo, la expresión voló, voló por años, muchos años, cruzó el Medioevo, contagió el *Poema del Mío Cid* y los libros de caballerías, exaltó a Bernal, atravesó el Renacimiento, y no fue sino hasta la aparición del positivismo cuando se detuvo e hizo tierra. Surgió entonces una fiebre por la ciencia que le dio un vuelco al mundo. Fueron los años también en que un gran grupo de historiadores –Michelet y Tocqueville, entre otros– polemizaron y teorizaron acerca de lo que debía ser la historia. Leopoldo von Ranke, otro historiador alemán, postulaba, con base en el estudio de los documentos, que el quehacer histórico era algo completamente distinto de la literatura y sacó a ésta del ámbito de las artes para introducirla en el ámbito de las ciencias.

Lamentablemente, se fue al extremo y se equivocó. Proclamó a la historia como la disciplina científica capaz de recuperar fielmente el pasado y cayó en lo que ahora se le conoce como el “realismo ingenuo”, es decir, cayó en la ingenuidad, en el infinito candor de que el pasado se podía rescatar tal y como sucedió realmente. Sin embargo, no tardaron mucho los años –en comparación, claro, con los que la historia se consideró como una parte de la

³⁸⁶ Luciano de Samosata, “Cómo debe escribirse la historia” en *Obras*, Madrid, Gredos, 1990, p. 378.

³⁸⁷ *Ibid.*, p. 379.

³⁸⁸ *Ibid.*, p. 402.

literatura– para que esta teoría se pusiera en entredicho. Al poco tiempo, dice Luis Vergara Anderson, las ciencias del espíritu –¿no parece una contradicción eso del “espíritu”?, ¿la ciencia no trata sólo de la materia?, como de igual manera ¿no parece un contrasentido eso de la *Historia verdadera*?– quién sabe, pero dice el historiador mexicano que esta clase de ciencias no tardó en intentar diferenciarse de las de la naturaleza, al oponerle a éstas “un tipo distinto de método, a saber, el hermenéutico, orientado hacia la comprensión (de sentido)”³⁸⁹, mientras que las otras, las físicas, se ejercieron más en función de la descripción, explicación y el encuentro de universales leyes generales. Para la historia, se trataba entonces de comprender más que de explicar y de encontrarle una regularidad a su comportamiento.

Más tarde, la Escuela de los Anales, otro grupo de extraordinarios historiadores, –March Bloch es un ejemplo excelente de cómo se puede escribir historia de manera sencilla y con alcances literarios– precisó, o matizó, el sitio de la historia, al considerarla como una “ciencia en marcha”³⁹⁰. Pero, en los últimos tiempos, teóricos como Raymond Aron, Arthur C. Danto, Hayden White, se han pronunciado por el carácter subjetivo y parcial de la historia, al grado tal que se ha dicho que ésta tiene, como la literatura, una índole ficticia. De tal suerte que tal parece que estamos otra vez como al principio. Es decir, como si se hubiera vuelto al origen, como si el tiempo hubiera dado una vuelta exacta, se hubiera cumplido un ciclo, y estuviéramos otra vez como en los días de la Antigüedad grecolatina, cuando la historia era considerada una rama de la literatura.

³⁸⁹ Luis Vergara Anderson, “Discusiones contemporáneas en torno al carácter narrativo del discurso histórico” en *Historia y Grafía* (UIA), 24 (2005), p. 22.

³⁹⁰ Marc Bloch, *Introducción a la historia*, México, FCE, 1987, Col. Breviarios, Núm. 64, p.16.

Michel de Certeau ha establecido que se escribe historia siempre en función de un “sistema de referencias”, o de “preferencias”, quizás también se pudiera decir, pues las más de las veces, por no decir todas, se tiene el estorbo de la parcialidad. Parcialidad social o económica, política o cultural que, se quiera o no, determina la interpretación y escritura de la historia. Porque la institución donde laboro, mi tradición cultural, mi sensibilidad, mis simpatías, el lugar que ocupo en la sociedad, el dinero, la política, las ideas, todo se cuele e influye a la hora de redactar un texto histórico, de tal forma que se incurre en alguna bandería o partidismo y se desvanece, por ende, la alardeada objetividad. Ningún hombre, ningún historiador, puede decir, a ciencia cierta, sin temor a equivocarse, por sabio o testigo que sea, que él sabe en realidad cómo sucedieron las cosas. Porque nadie tiene la palabra última, la definitiva. Por eso hoy se cree que la historia no nos da el rescate objetivo del pasado, sino que sólo nos proporciona de éste algo así como una *representación*.

El constructivismo, sin embargo, como una visión de la historia, y como en otro tiempo lo hizo el positivismo, se va al extremo y postula que todo es ficción y que la realidad no se puede conocer pues lo que se tiene de ésta no es otra cosa sino solamente un constructo narrativo. Y es que, efectivamente, la historia y la literatura tienen más similitudes de las que se cree a simple vista. La imaginación, por ejemplo, es falso que no exista en la historia. Existe en la historia y aun en las ciencias. Y es más, en la vida, no puede carecerse de imaginación pues que serían, sin ella, digamos, los escauceos amorosos. En todo ha de entrometerse la imaginación, pues no sólo de realidad vive el hombre.

A la inversa, se ha dicho que la literatura no tiene el rigor que caracteriza a la historia. No lo tiene, quizás, en cuanto a que ésta encierra más nuestra mente que nuestro corazón, más nuestras ideas que nuestras lágrimas, pero sí lo tiene en el manejo del lenguaje y en el conocimiento del idioma, e incluso en la investigación, pues nadie se atrevería a decir que Marguerite Yourcenar, con sus bellísimas y eruditísimas *Memorias de Adriano*, es una improvisada. Y, como en el caso anterior, también, pienso, todo en la vida, así fuera el oficio más humilde y sencillo, como el de un velador o un aseo de calzado, debería hacerse siempre con el máximo rigor.

La historia, tanto como la literatura, echa mano de las figuras retóricas para embellecer sus páginas y para persuadir en ellas, lo mismo que ésta, tanto como la historia, se vale de un mecanismo para rescatar el pasado. Porque la literatura también lo rescata, aunque algunos necios lo nieguen. No en balde dijo Manuel Toussaint que muchas veces los artistas escriben la historia sin saberlo³⁹¹. Y, efectivamente, así es. Artistas no sólo de la palabra, sino de la piedra, el lienzo, el sonido.

Se ha insistido asimismo en que ambas comparten un carácter narrativo, que las dos son, al fin y al cabo, una construcción lingüística, una elaboración de trama, y que tanto la una como la otra no tienen, en lo esencial, sino la fascinación por el hombre, la vida, el mundo. No obstante, como ocurre con los hermanos gemelos, cuyas características en el cuerpo son casi idénticas, pero que si bien se miran –sobre todo en el alma, en el carácter– se advierte alguna marca o señal diferente, así la historia y la literatura guardan peculiaridades gemelas, cierto, pero que si se miran un poco más de cerca se notan sus

³⁹¹ Manuel Toussaint, “El arte de la Nueva España” en *México y la cultura*, México, SEP, 1961, p. 85.

diferencias. Porque, al igual que Marguerite Yourcenar nunca creyó que los placeres del amor pudieran equipararse a los placeres del comer y beber, pues nunca había visto a un gastrónomo llorar frente a su platillo favorito, así yo jamás he visto a un hombre llorar mientras lee un libro de historia, y sí en cambio, vi a uno de mis abuelos, un obrero zapoteca, bajo un árbol de mango, derramar lágrimas con un *Hamlet* en la mano.

De tal suerte que, creo, sí hay diferencias, sobre todo, cuando se comparan las prosas. La prosa del historiador es, en lo general, mucho más apretada, dura, y a ratos paradójicamente inconexa, no obstante que es una prosa largamente meditada, pensada, nada espontánea, y por ende, poco fresca y natural. Con frecuencia quiere aparecer sesuda, compleja, intelectual. Teme a la sencillez pues tal vez olvida que ésta es la verdadera elegancia y elocuencia, o tal vez porque en ocasiones lo que busque sea deslumbrar al lector. Pero el lector inteligente se da perfectamente cuenta de lo que es afectado y postizo y percibe –ya intuitiva o conscientemente– quién conoce en realidad el idioma y quien lo maneja con soltura.

Las más de las veces, también, la prosa del historiador tiene la pretensión de precisar o definir los términos, pero un término, desgraciadamente, por muy bien definido que esté, siempre algo se le escapa, queda corto, y por eso también las más de las veces fracasa. Ésa es una de las razones, quizás, –desde luego hay muchas otras: la falta de genio o el peso del pensamiento o la información– por la que cuando un historiador se mete a novelista se nota, pues por muy bien pensada que esté la trama, por muy bien que hayan sido concebidos los personajes, o la estructura, a la hora de la verdad, quiero decir, a la hora de la escritura, ahí nomás como que parece que

la puerca tuerce el rabo pues son muy notorias las costuras, los caminos, muy predecibles las salidas, y el idioma como que efectivamente se queda en tierra, es decir, no hay literatura. Siempre hay algún rasgo, alguna palabra, alguna línea, un giro de expresión que lo delata. Lo mismo que seguramente ocurre cuando un hombre de letras se mete a historiar algún acontecimiento. Porque lo cierto es que sí son dos saberes distintos. Hermanos gemelos sí, o hermanas mejor dicho, pero diferentes. Cada una en su ámbito y su circunstancia.

La literatura embellece el mundo, agranda el universo de las ideas y busca dar con una verdad humana. La historia, por su parte, nos explica lo que somos, así individuos como pueblos, pone asaz luz en nuestro entendimiento y se esmera por encontrar una verdad que algo tenga de científica.

También se ha dicho que la literatura es equívoca; la historia, unívoca; que la literatura, siente, la historia, piensa, analiza, argumenta; que la primera, muestra, la segunda, demuestra, comprueba. La historia tiene un carácter denotativo; la literatura, connotativo; la una echa mano principalmente de la función poética de la lengua, mientras que la segunda, de la función referencial de ésta; la una, investiga; la otra, escribe; la literatura anhela retener la verdad emotiva; la historia, con su aparato crítico o sus notas a pie de página, la verdad teórica.

Pero, aunque todo esto pudiera ser, como dicen los historiadores, “muy relativo”, lo cierto es que, sin duda, hay una dichosa conjunción entre la historia y la literatura, conjunción que también se encuentra de manera dichosa en Bernal Díaz del Castillo, pues él es al propio tiempo historiador y escritor, quizá más escritor que historiador, pues no tenía la formación académica necesaria

ni poseía documento alguno, y era, en todo caso, historiador a la manera antigua, es decir, como testigo de los hechos, o como decía don Luis González Obregón, por ser un hombre viejo, pues todos los viejos tal parece ya no hacen otra cosa sino recordar, soñar, entristecerse y volver a vivir.

La literatura, por otro lado, o el genio literario, cabe en cualquier género, así sea un simple recado, una carta o un artículo de periódico. Los textos científicos de Sigmund Freud o los del doctor español Gregorio Marañón son de ello un buen testimonio. Y ya no se diga, por supuesto, que el genio no cabe en una crónica o en un libro de historia. Porque, precisamente por eso, en la *Historia verdadera...*, hay muchos momentos en los que se advierte la naturaleza de escritor que poseía Bernal.

Carlos Pereyra, el famoso historiador, y a quien Vasconcelos consideraba un “escritorazo”, dijo, en su prólogo al libro de Bernal, que éste reunía aquellas dos condiciones que, según Goethe, daban sentido y definición a la literatura: la verdad y la belleza. Y Alejo Carpentier, de igual modo, también llegó a declarar que nuestro autor, el rústico pero inspirado soldado, dio a luz “el primer libro de caballería auténtico”³⁹², algo así como si estos libros, de ficción, se hubieran hecho aquí, en el Nuevo Mundo, realidad.

Carlos Fuentes, por su parte, también en alguna ocasión trajo a cuento las aptitudes y habilidades de Bernal como autor de novelas. Nuestro primer novelista lo llamó³⁹³ y advirtió el talento del soldado para la formación de personajes. Asimismo, destacó su afecto al detalle, “especialmente el detalle

³⁹² Alejo Carpentier, “Lo barroco y lo real maravilloso” en *La novela latinoamericana... op. cit.*, p. 130.

³⁹³ Cfr. Carlos Fuentes, *Valiente mundo nuevo*, México, FCE, 1997, Col. Tierra Firme, p. 73. Alejo Carpentier de igual modo manifestó que nunca ha “podido establecer distingos muy válidos entre la condición del cronista y la del novelista. Al comienzo de de la novela, tal como hoy la entendemos, se encuentra la crónica.” Y líneas después agrega: “Bernal Díaz del Castillo es mucho más novelista que los autores de muy famosos romances de caballería.” En *La novela latinoamericana... op. cit.*, pp. 23 y 24.

que desacraliza a la figuras épicas”³⁹⁴, y su amor por el chisme, “sin el cual, sin duda, no habría novela moderna o inclusive narración épica”³⁹⁵. Desde luego, muy pocos como Carlos Fuentes para advertir las capacidades de alguien como narrador de novelas y muy pocos como él para decir si la *Historia verdadera...* cuenta con las características suficientes como para ser considerada una novela. Porque, llevados del entusiasmo, es muy probable que algunos lleguen a considerarla de esta manera, dado que si nos atenemos a las consideraciones generales de algunos teóricos del género, encontraremos que una novela es, en lo fundamental, una historia, “un registro de acontecimientos generalmente maravillosos”³⁹⁶, de cierta extensión y con determinada organización en el tiempo, que despierta nuestra curiosidad, mueve nuestras emociones y nos ofrece una visión de la vida humana y eso es precisamente lo que representa la obra de Bernal. Pero que si se ve con más detenimiento, la novela exige asimismo un argumento y una estructura. Un argumento que dé cuenta de las causas de los acontecimientos y una estructura que nos señale qué poner antes y qué poner después para suscitar en el lector un interés y para lograr un efecto de cierto misterio o sorpresa que mantenga una conversación directa con nuestra inteligencia.

Y en la *Historia...* de Bernal, para que ésta fuera considerada una novela, el autor habría tenido necesariamente, por lo menos, que haber ahondado en la construcción de sus personajes. Porque, si bien es cierto que están descritos con una gran fuerza, en apenas unas cuantas líneas, también

³⁹⁴ Carlos Fuentes, *op. cit.*, p. 80.

³⁹⁵ *Idem.*

³⁹⁶ Edwin Muir, *La estructura de la novela*, México, UAM, 1984, p.13.

es cierto que la imagen que tenemos de ellos –incluso la suya propia o la de Cortés, Moctezuma o la Malinche– reclamaría un mayor desarrollo.

La elección del punto de vista del narrador, pienso, sería la misma, es decir, la de un narrador–personaje que contara la historia desde la primera persona. Pero el planteamiento del conflicto, la tensión, la fuerza interna, el arranque que atrapa de inmediato la atención del lector –una imagen sugerente, como dice García Márquez, es fundamental en el comienzo– el final, y muchas otras cosas más que saben muy bien los que saben contar una historia, o una novela, tendrían que redefinirse y trabajarse con mucha mayor amplitud. O, en todo caso, con todas estas limitaciones, ¿sería posible considerar a Bernal como un precursor de la novela histórica en México? ¿O de la novela de aventuras y acción? ¿O de algún otro tipo de novela como la bizantina o la morisca, por ejemplo, en cuyo cuerpo también solían mezclar acontecimientos verídicos con fantásticos?

No lo creo; sería un exceso o en todo caso un error. No obstante, esto no quiere decir que no haya instantes o pasajes que no tengan un tinte francamente novelístico como el de la intriga contra Cristóbal de Olid, por ejemplo, y su posterior degollamiento en la Plaza de Naco, o el de la conjura, en el pueblo de Tututepeque, contra Pedro de Alvarado por no querer repartir el oro entre los escopeteros y ballesteros.³⁹⁷

Lo que sí está fuera de toda duda es la calidad literaria de las páginas de Bernal. Su instinto del idioma para crear un estilo propio y su capacidad para dotarlo de una gran fuerza expresiva. La manera eficaz de poblar de emociones su narración, el donaire para sus metáforas e hipérboles, a las que

³⁹⁷ Cfr. Bernal Díaz del Castillo, *op. cit.*, Cap. CLXI y CLXXIII.

recurre cual si fuera cualquier cosa escribir, pleno de ingenio, y la forma en que su fantasía va llenando cada uno de sus capítulos son otras tantas muestras de la trascendencia literaria que alcanza su libro inmortal. Muestras, para cuya ejemplificación baste un botón:

Acuérdome – escribe Bernal durante la segunda batalla de Champotón– que cuando estábamos peleando en aquellas escaramuzas por mí memoradas, que había allí unos prados y en ellos muchas langostas de las chicas, que cuando peleábamos saltaban y venían volando y nos daban en la cara, y como eran muchos los indios flecheros y tiraban tanta flecha como granizos, nos parecía que eran algunas de ellas langostas que volaban, y no nos rodelábamos, y la flecha que venía nos hería; otras veces creíamos que eran flechas, y eran langostas que venían volando...³⁹⁸

La sabrosura de su prosa, por otra parte, que él condimenta con refranes, dichos y anécdotas, un poco a la manera de Cervantes, otro español con quien Bernal comparte su condición de soldado escritor –aunque quizá Cervantes era más escritor soldado– es otra manifestación del rango literario que alcanzan su *Historia*.

Cuando Bernal escribe, parece que habla, que respira, como si para él fuera muy fácil escribir, una manera de platicar, o de respirar, que no se distingue de sus funciones orgánicas, cosa de todos los días, natural, sin la necesidad de reunir un estado de ánimo, equivalente quizá –no en su producción; sí en su facilidad– a un Lope de Vega, con quien, también, por cierto, comparte el tiempo y el apego a las armas y a las letras. O en todo caso parecido, en cuanto a su idea de la literatura, a ese otro escritor, español también y también del tiempo, Juan de Valdés, quien sostenía que él escribía como hablaba. Y es que, efectivamente, nuestro autor escribe con tal llaneza, con tal claridad, que cualquiera puede entenderlo. “En el siglo XVI, primero de

³⁹⁸ *Ibid.*, Cap. IX, p. 64.

nuestra edad de oro literaria –dice Ramón Menéndez Pidal– domina una norma de sencillez y naturalidad en el lenguaje.”³⁹⁹ Por eso, quizá, también Bernal gusta: porque todos lo entienden. Porque lo que no se entiende, se tiende a menospreciar. Yo, muchas veces, me he preguntado qué es lo que realmente atrae de Bernal, y las más de las veces me he respondido que no es tanto la visión que nos da de los hechos ni los informes o detalles que nos proporciona, sino su manera de escribir o eso que los críticos llaman estilo, y que en el caso de él, para decirlo con sus palabras, era como “muy plático”, es decir, próximo a la conversación.

Seguramente, él contó, antes de escribirla, muchas veces, a lo largo del tiempo, su *Historia*. Se la contó sin duda a varias personas que lo oían, expectantes y curiosas, cómo había sucedido un hecho de tamaño envergadura. Un hecho que transformó al mundo. Y se la contó muy probablemente incluso a sí mismo, porque los viejos y los memoriosos, y los locos y los escritores, y los solitarios y los amorosos, aprenden a hablar consigo mismos. Y seguramente mientras la contaba e iba quedando una de las versiones últimas, él, atento a las reacciones de sus interlocutores, y como hombre de experiencia que era, sabía lo que a la gente agradaba y entonces quitaba, añadía, modificaba, pulía su narración, de tal suerte que, en el texto final, aunque daba la apariencia de estar contado de una primera intención, a un solo golpe de inspiración, en realidad había un trabajo previo, una elaboración, una construcción deliberada, cuyo resultado era producto del cuidado no sólo de la estructura de la obra, sino del lenguaje, la sintaxis, el vocabulario. La forma lograba así entonces el predominio sobre el fondo, pero

³⁹⁹ Ramón Menéndez Pidal, *Mis páginas preferidas*, Madrid, Gredos, 1957, p. 198.

sobre todo lograba algo mucho más importante: introducir a la *Historia* en el mundo literario.

Más tarde, aparecieron las correcciones por escrito. Las que realizó él y las que realizaron sus editores y su hijo.⁴⁰⁰ El *Manuscrito Guatemala* que, según algunos, es el que más se acerca a la idea original de Bernal y a su propósito estético, preserva las tachaduras y enmendaduras llevadas a cabo a lo largo del tiempo, y en el Remón, como se sabe, pusieron las manos desde los frailes mercedarios hasta los historiadores modernos.⁴⁰¹ Pero, independientemente de estas correcciones, el estilo del libro, por fortuna, guarda una unidad y coherencia. Y en este estilo, hecho más de pláticas que de lecturas, más con sabor a pueblo que a universidades o academias, un poco a la manera de la santa Teresa, otra española de su tiempo, quien sin ningún rubor afirmaba que si hacían falta en sus páginas algunas letras, las pusiera el lector –lo que precisamente algunos, siguiendo este consejo, hicieron con Bernal– pero que, en este estilo, digo, queda de manifiesto que se trabajó no sólo en el fondo, sino de manera muy especial en su forma. Hay un énfasis puesto en la expresión del texto. El mensaje –para usar un término del formalista Roman Jakobson– está puesto de relieve. Se cuidó tanto la selección de la palabra como el sinónimo que realmente expresara la idea que se traía en el pensamiento –o el estado de ánimo en que se encontraba el corazón– y luego se fue consciente de la manera en que se relacionaban o

⁴⁰⁰ Es de todos sabido que existen 3 grandes versiones del libro de Bernal: el *Manuscrito Guatemala*, el Remón y el Alegría.

⁴⁰¹ Para un análisis pormenorizado de las diversas tachaduras, enmendaduras, interlineados de las tres versiones de la *Historia...*, véase el Capítulo I, “Manuscritos”, de *Historia de una Historia*, *op. cit.*, de Carmelo Sáenz de Santa María. Allí mismo, el autor revela, en un informe a la Audiencia de Bernal, el esforzado método de corrección del soldado escritor y asimismo establece algunos comentarios acerca de su estilo.

combinaban las palabras, hasta que finalmente se tuvo un producto verbal, lingüístico, que recogía literariamente el acontecimiento.

El día, la tarde, la hora de vísperas en que cayó la Gran Tenochtitlan, cuando parecía que el mundo indígena acababa y algo se perdía para siempre, Bernal escribió:

Llovió y relampagueó y tronó aquella tarde y hasta medianoche mucha más agua que otras veces. Y después que se hubo preso Guatemuz quedamos tan sordos todos los soldados como si de antes estuviera un hombre encima de un campanario y tañesen muchas campanas, y en aquel instante en que las tañían cesasen de tañerlas, y esto digo al propósito porque todos los noventa y tres días que sobre esta ciudad estuvimos, de noche y de día daban tantos gritos y voces unos capitanes mexicanos aperciendo los escuadrones y guerreros que habían de batallar en las calzadas; otros llamando a los de las canoas que habían de guerrear con los bergantines y con nosotros en las puentes; otros en hincar palizadas y abrir y ahondar las aberturas de agua y puentes y en hacer albarradas; otros en aderezar vara y flecha, y las mujeres en hacer piedras rollizas para tirar con las hondas; pues desde los adoratorios y torres de ídolos los malditos atambores y cornetas y atabales dolorosos nunca paraban de sonar.⁴⁰²

Y después de toda esta escandalera, y de toda esta agitación y estrépito, el soldado escritor concluye de una manera bastante redonda, sentida, literaria, el relato: “Y de esta manera de noche y de día teníamos el mayor ruido, que no nos oíamos los unos a los otros, y después de preso Guatemuz cesaron las voces y todo el ruido; y por esta causa he dicho como si de antes estuviéramos en campanario.”⁴⁰³

La función poética, es decir, “el mensaje por el mensaje”⁴⁰⁴, que expusiera Jakobson en su famoso esquema de la comunicación, y que hoy en la actualidad es quizás el más socorrido criterio para determinar si un texto tiene los merecimientos suficientes como para ser llamado literario o no, se

⁴⁰² Bernal Díaz del Castillo, *op. cit.*, Cap. CLVI, p. 63.

⁴⁰³ *Idem.*

⁴⁰⁴ Roman Jakobson, *Ensayos de lingüística general*, Barcelona, Seix-Barral, 1975, p. 348.

cumple con creces en el pasaje anterior. El esmero puesto en la construcción del texto se percibe. En su léxico y su sintaxis, pero también en su retórica y su eufonía. El uso que se está haciendo del lenguaje no es cualquiera; es especial. Aunque sean las palabras de todos los días y la sintaxis pueda parecer desaliñada, hay una palabra intencionadamente fabricada. La sensación de la forma, de que hablara otro miembro del formalismo ruso, V. Shklovski, cuando decía que “la percepción artística es aquella en la que sentimos la forma (tal vez no sólo la forma, pero por lo menos la forma)”⁴⁰⁵, es notoria. Y el efecto que causa en el lector, o en el oyente, tiene claramente resonancias emotivas. No se puede pasar por alto. Se palpa o se aprecia de un modo mucho más sensible que de un modo reflexivo o analítico, que es el que correspondería a un texto histórico. De manera que estamos ante un texto de características indudablemente literarias y no sólo comunicativas, cotidianas, prosaicas. Hay una apropiada correspondencia entre el lenguaje utilizado y el tema, y cuando esto se logra, dijo alguna vez Alejo Carpentier en un viejo programa de televisión, se tiene la sensación de haber dado con la literatura pues hay una perfecta adecuación entre la forma y el fondo.

El estilo es condición esencial a la literatura. No que se escriba con un gran apego a las normas sintácticas o gramaticales; se pueden cometer, incluso, faltas de ortografía, concordancia o puntuación. Tampoco lo fundamental es ser dueño de un bello o deslumbrante estilo. No. Lo verdaderamente importante es que la manera de escribir sea en realidad propia, original, distinta. Una forma que sólo pertenezca a ése y solo autor. Que se pueda reconocer entre muchas otras prosas, por medio de un giro, una

⁴⁰⁵ V. Shklovski, “La resurrección de la palabra” (1914) en *Teoría de la literatura de los formalistas rusos*, México, Siglo XXI, 1980, p.30.

palabra, un descuido, o una falta, pero que no suene a falsa o postiza. Que sea auténtica. Porque cuando esto se logra, se está ya en camino de encontrar el secreto de la literatura. Un secreto que, en gran medida, sospechaban los autores de la Generación del 98 y del Novecentismo –Azorín, Valle Inclán, Gabriel Miró, entre otros– residía en el problema de la expresión, en el misterio del estilo.

Bernal Díaz del Castillo, a nuestro juicio, supo dar con ese misterio. Por eso su obra merece estar colocada al lado de la de un Cervantes o un Homero. Porque es la consumada avenencia del lenguaje y la vida, la palabra y el mundo, la expresión y el tema. O, para decirlo con otras palabras, la *Historia Verdadera de la Conquista de la Nueva España* de Bernal es la conjunción, la dichosa conjunción de la historia y la literatura, y es, asimismo, un libro clásico que, como todos los clásicos, diría Italo Calvino, no acaba de decir lo que realmente tiene que decir. Por eso, quizá también habría que concluir que en su cuerpo no hay género, sino literatura.

Conclusiones

De la nada, como todos los hombres, venía Bernal Díaz del Castillo. Sin historia ni leyenda; ni origen ni destino. Hombre como cualquier otro hombre –y al propio tiempo distinto como todos los hombres– su vida y su obra trascurren entre la realidad y la ficción, la verdad y la fantasía, la historia y la literatura. Un personaje, un conquistador, un soldado que no sólo fue histórico, sino legendario por todo lo que su figura ha dado de sí y por todo lo que seguramente se le atribuirá en los estudios venideros. Y es que a los personajes reales, de carne y hueso, como que se les puede tener la certeza de sus pasos, el conocimiento de su camino, su biografía se puede averiguar, mientras que a los de fábula –como fueron capaces de tantas cosas– como que su historia se encuentra envuelta en un halo de misterio y de maravilla.

Es el caso, entre otros, de la cuna, muerte, pobreza, fisonomía, vida amorosa e instrucción de Bernal. Porque su instrucción, pongamos por caso, efectivamente no alcanzaba el latín, ni él era un erudito ni un pozo de ciencia ni un lector de vastas y diversas lecturas. Cierto. Pero tampoco era un hombre en bruto, sin letras, ni mucho menos un idiota como él se llamaba a sí mismo. Era un hidalgo de espíritu sensible, medianamente enterado de algunos temas propios de la época y algo leído y *escrito* pues conocía coplas y romances y había puesto sus ojos en algunos cuantos libros, que, quizás, eran los esenciales para él. Pero, sobre todo, Bernal era un hombre con un gran instinto de escritor.

Un escritor, un autor –que no un literato, porque el que escribe es el hombre, es decir, aquel que tiene cosas que contar, que decir, y no el que

mayores lecturas tenga o el que cite, o ejercite, el mayor número de ideas y autores– un autor que supo encontrar el secreto de la literatura al lograr la perfecta avenencia entre el lenguaje y la vida, la palabra y el mundo, la expresión y el tema.

Bernal Díaz del Castillo tiene los merecimientos suficientes para ser considerado no sólo un historiador, sino un escritor. Las excelencias literarias de su obra así lo reclaman. Cuenta con un sitio en nuestras letras por su genio inventivo, su capacidad narrativa, su gusto por las minucias, pero, sobre todo, por las galas de su estilo y la sabrosura de su lenguaje.

Un autor, un escritor que supo expresar a cabalidad el mundo espiritual que llevaba dentro. Como si el recuerdo lo atormentara y tuviera necesidad de echarlo fuera y de ponerlo en el papel. Narrador de lo vivido, Bernal tuvo la emoción, la vibración, la cantidad de espíritu necesaria para dar con la palabra que mejor expresara el recuerdo de sus tiempos heroicos. Un autor, cuya prosa llena de aciertos literarios no envejece nunca. Se mantiene fresca y viva como el primer día en que fue escrita. A pesar de los siglos, interesa y deleita como cualquier obra del día.

Libro inmortal y clásico, la *Historia verdadera...*, por su parte, es una obra que, al igual que su autor, da de sí y se escabulle y se desliza entre uno y otro género. Una obra como todas las obras –y al propio tiempo, distinta y única– la *Historia verdadera...* oscila entre la historia y las letras, tal vez porque lo que no exista sea el género, sino la literatura. Una historia que es literatura o una literatura que es historia y que como todos los libros clásicos e inmortales interesa y llama la atención, no sólo por su contenido, sino principalmente por su lenguaje y estilo. Por eso, uno de los objetivos que se formularon al inicio de

este trabajo fue el de indagar cómo estaba hecho ese estilo y cómo se había producido ese milagro literario y se encontró que su apego y deuda a los procedimientos orales de composición era muy grande. Unos sistemas o métodos que, aún en nuestros días, tan distantes y ajenos a los días del mundo de la oralidad, son difíciles de ignorar. Subsisten en muchos constructos verbales, y como postula Walter J. Ong, nunca pueden eliminarse del todo.

Las posibilidades de estudio que estos sistemas orales ofrecen para el análisis literario son muchas y diversas, y éstas apenas comienzan a aplicarse. En nuestros días, no son muchos los estudios de oralidad que se conocen aplicados al análisis literario y, en nuestro caso, podemos decir con certeza que, producto de todas las marcas de oralidad, el estilo de Bernal Díaz del Castillo se reconoce por su proximidad con el lenguaje hablado. La abundancia de refranes, el uso de oraciones acumulativas, de formas redundantes, el distanciamiento con los métodos analíticos, su facilidad para ser leído en voz alta, o la presencia de referencias situacionales antes que abstractas son, entre otras varias, las huellas, signos y marcas del estilo bernaldino, construido en gran medida con los recursos estilísticos de la conversación.

Un estilo, una forma de decir las cosas, que difiere notablemente de otros cronistas de la época, influidos más por las fuentes de la prosa latina, pero que lo acerca a otros modelos del siglo XVI, más apegados a lo vivo de la lengua como el de Juan de Valdés, o el de Teresa de Jesús, quien se preciaba de que escribía como hablaba, sin afectación, y de que poseía un estilo que le era natural. Otra característica individualizadora de su estilo fue su gusto por esparcir giros del lenguaje popular, acorde, como él mismo decía, con el “común hablar de Castilla la Vieja”. “Todo a las buenas llanas”, con claridad y

llaneza, como también recomendaba Cervantes era la divisa de la buena prosa. Y como éste, conserva asimismo la tradición, particularidad también de su influjo oral, de inscribirse en el ramo de la literatura realista que tanta gloria y fama dio, y ha dado, a las letras españolas.

De igual modo, otro de los resultados obtenidos, fue el advertir que la prosa de Bernal es escasa de figuras o procedimientos retóricos. Los recursos literarios por medio de los cuales él trata de estilizar sus páginas no son abundantes y poco tienen que ver con el embellecimiento estilístico. Sus líneas no revelan una variedad de recursos como pudiera tener un autor con una voluntad de estilo, sino por el contrario, están llenas de transiciones bruscas, anacolutos, formas paratácticas que lo llevan con frecuencia a que su sintaxis sea descuidada, desaliñada, hecha con urgencia. Sin embargo, hay que decir que esto no llega nunca a la ininteligibilidad del texto, sino que lo que queda eliminado es el carácter ornamental –característico de adjetivos y adverbios– las formas de concordancia correctas y, por supuesto, una gramática pulcra y elegante.

No obstante, la prosa de Bernal Díaz del Castillo, la vivacidad de su estilo, la riqueza y belleza de los detalles, el interés narrativo, sus amenas digresiones, su palabra cargada de emoción, el vigor de sus páginas, le permiten a nuestro autor alcanzar una originalidad estilística como hay pocas, muy pocas, así en las letras como en la historia de México y España.

Bibliografía

Alvar, Manuel. *Romancero*, España, Ediciones B, 1987.

-----, *Americanismos en la "Historia" de Bernal Díaz del Castillo*, Madrid, Revista de Filología Española, Anejo LXXXIX, 1970.

Anales de la Sociedad de Geografía e Historia. Revista Trimestral. Guatemala, Junio 1938, Tomo XIV, Año XIV, Núm. 4.

Aparicio y Aparicio, Édgar Juan. *Conquistadores de Guatemala y Fundadores de familias guatemaltecas*, México, Tipográfica Guadalajara, 1961.

Azorín, *El artista y el estilo*, México, Aguilar, 1976.

Beristáin, Helena. *Diccionario de Retórica y Poética*, México, Porrúa, 2001.

Beristáin y Souza, José Mariano. *Biblioteca Hispano-Americana Septentrional*, Reimpresión de Fortino Hipólito Vera, Amecameca, Imprenta del Colegio Católico, 1883.

Bloch, Marc. *Introducción a la historia*, México, FCE, 1987, Col. Breviarios, Núm. 64.

Carpentier, Alejo. *La novela latinoamericana en vísperas de un nuevo siglo y otros ensayos*, México, Siglo XXI, 1981, 2ª ed.

-----, *Obras completas*, México, Siglo XXI, 2002, t. XI.

Certeau, Michel de. *La escritura de la historia*, México, UIA, 1993.

- Cerwin, Herbert. *Bernal Díaz historian of the conquest*, Norman, University of Oklahoma Press, 1963, 1ª ed.
- Cetina, Gutierre de. *Obras*, México, Porrúa, 1982. Col. Sepan Cuantos...Núm. 320.
- Colección de Documentos Inéditos para la Historia de España*, Madrid, 1842-1895.
- Corominas, Joan. *Diccionario crítico etimológico castellano e hispánico*, Madrid, Gredos, 1980, 6v.
- Cortés, Vicenta. "Cuándo murió Bernal Díaz del Castillo", *Boletín Americanista*, Universidad de Barcelona, Facultad de Filosofía y Letras, Años IV-VI, Núm. 10-18 (1962-1964).
- Covarrubias, Sebastián de, *Tesoro de la lengua castellana o española*, Madrid, Turner, 1984.
- Cunninghame Graham, R.B. *Bernal Díaz del Castillo. Historiador de la Conquista*, Buenos Aires, Editora Interamericana, 1943.
- Delicado, Francisco. *La Lozana Andaluza*, Madrid, José Porrúa Turanzas, 1975.
- Díaz del Castillo, Bernal. *Historia Verdadera de la Conquista de la Nueva España*, México, Porrúa, 1977. Col. Biblioteca Porrúa, Núm. 6 y 7, Introducción y notas de Joaquín Ramírez Cabañas.
- Díaz del Castillo, Bernal. *Historia Verdadera de la Conquista de la Nueva España (Antología)*, México, CONACULTA, 1982. Estudio introductorio y selección de Miguel León Portilla.

Díaz del Castillo, Bernal. *Historia Verdadera de la Conquista de la Nueva España, (Manuscrito Guatemala)* Edición crítica de José Antonio Barbón Rodríguez. México, UNAM-El Colegio de México-Ministerios de Asuntos Exteriores de España-DAAD, 2005, 1ª ed.

Duby, Georges, *Le dimanche de Bouvines*, Paris, Gallimard, 1985.

Exploraciones y Conquista en México y Centroamérica. Memoria del Primer Congreso mexicano-centroamericano de Historia. Pról. Luis Rublúo, México, Sociedad Mexicana de Geografía y Estadística, 1972.

Flavio Josefo. *La guerra de los judíos*, México, Porrúa, 2003, Col. "Sepan cuantos..." Núm. 374.

Fuentes, Carlos, *Valiente mundo nuevo*, México, FCE, 1997, Col. Tierra Firme.

García Berrio, Antonio y Huerta, Javier. *Los géneros literarios: sistema e historia*, Madrid, Cátedra, 1999.

Garibay K., Ángel María de, *Panorama literario de los pueblos nahuas*, México, Porrúa, 1979, 4ª ed.

González Obregón, Luis. *Cronistas e historiadores*, México, Ediciones Botas, 1937.

Grunberg, Bernard. *The origins of the Conquistadores of Mexico City*, The Hispanic American Historical Review, Duke University Press, Vol. 74, No. 2, May, 1994.

Henestrosa, Andrés. *Los caminos de Juárez*, México, SEP-FCE, 1985. Lecturas mexicanas, Núm. 77.

Icaza, Francisco A. de, *Conquistadores y pobladores de Nueva España*,
Diccionario Autobiográfico, México, Aviña Levy, 1969, 2 v.

Iglesia, Ramón. *Conquistadores e historiadores de la Conquista de México*,
 México, SEP, 1972, Col. Sep-setentas, Núm. 16.

-----, "Introducción al estudio de Bernal Díaz del Castillo y de su
Historia Verdadera." *Filosofía y Letras* 1,1941.

Jakobson, Roman. *Ensayos de lingüística general*, Barcelona, Seix-Barral,
 1975.

Jiménez, Juan Ramón, *Cartas literarias*, Barcelona, Bruguera, 1977.

Leander, Birgitta. *Flor y canto*, México, Instituto Nacional Indigenista-SEP,
 1981, 2ª ed.

León Portilla, Miguel, *Visión de los Vencidos*, México, UNAM, 1989, BEU, Núm.
 81.

-----, *Antología de la Historia verdadera de la conquista de la
 Nueva España*, México, Conaculta, 2000.

-----, *Los antiguos mexicanos a través de sus crónicas y
 cantares*, México, FCE, 1988.

Leonard, Irving A. *Los libros del Conquistador*, La Habana, Casa de las
 Américas, 1983, Col. Nuestros países.

López de Gómara, Francisco. *Historia de la Conquista de México*, México,
 Porrúa, 1997, 3ª ed., Col. Sepan cuantos..., Núm. 566, Estudio
 preliminar de Juan Miralles.

Machado, Antonio. *Poesías*, Buenos Aires, Losada, 1943.

- Marcos Martín, Alberto. *Auge y declive de un núcleo mercantil y financiero de Castilla la Vieja. Evolución demográfica de Medina del Campo durante los siglos XVI y XVII*, Valladolid, Universidad de Valladolid. Departamento de Historia, 1978.
- María Carreño, Alberto. *Bernal Díaz del Castillo. Descubridor, Conquistador y Cronista de la Nueva España*, México, Ediciones Xóchitl, 1946. Col. Vidas Mexicanas, Núm. 25.
- Menéndez Pelayo, Marcelino. *Antología de poetas líricos castellanos*, Santander, Aldus, MCMXLIV, t. VII.
- Menéndez Pidal, Ramón. *Flor Nueva de Romances Viejos*, Madrid, Espasa-Calpe, 1975, Col. Austral, Núm. 100.
- , *Antología de prosistas españoles*, Madrid, Revista de Filología Española, 1932, 6ª ed.
- , *Mis páginas preferidas*, Madrid, Gredos, 1957.
- Muir, Edwin. *La estructura de la novela*, México, UAM, 1984.
- Murphy, J. James. *La retórica en la Edad Media*, México, FCE, 1986.
- Ong, Walter J. *Oralidad y escritura*, México, FCE, 1982.
- Osorio, Manuel. "Carpentier: La vida es la materia misma de la escritura" en *Entrevistas Alejo Carpentier*, La Habana, Letras Cubanas, 1985.
- Osorio Cáceres, Miguel. "De la soledad a la solidaridad" en *Entrevistas Alejo Carpentier*, La Habana, Letras Cubanas, 1985.
- Reyes, Alfonso. "Las letras patrias" en *México y la cultura*, México, SEP, 1961.

Reynolds, Winston A. *Romancero de Hernán Cortés*, (Estudio y textos de los siglos XVI y XVII), Madrid, Alcalá, 1967.

Romero Vargas Yturbide, Ignacio. "Estudio crítico sobre la Historia de Bernal Díaz" en *Exploraciones y Conquista en México y Centroamérica*, México, Sociedad Mexicana de Geografía y Estadística, 1972.

Samosata, Luciano de. "Cómo debe escribirse la historia" en *Obras*, Madrid, Gredos, 1990.

Sánchez del Barrio, Antonio. *Medina del Campo. La villa de las ferias*, Valladolid, Ámbito Ediciones, 1996, 1ª ed.

Sáenz de Santa María, Carmelo. *Historia de una historia*. La crónica de Bernal Díaz del Castillo. Madrid, Instituto Gonzalo Fernández de Oviedo, 1984.

Sánchez Vázquez, Adolfo. (Comp.), *Antología. Textos de estética y teoría del arte*, México, UNAM, 1972, Lecturas Universitarias 14.

Shklovski, V. "La resurrección de la palabra" (1914) en *Teoría de la literatura de los formalistas rusos*, México, Siglo XXI, 1980.

Tibón, Gutierre. *Diccionario etimológico comparado de nombre propios de persona*, México, Unión Tipográfica Editorial Hispano Americana, 1956.

Toussaint, Manuel. "El arte de la Nueva España" en *México y la cultura*, México, SEP, 1961.

Vargas Llosa, Mario. *La verdad de las mentiras*, Madrid, Punto de Lectura, 2007.

Vergara Anderson, Luis. "Discusiones contemporáneas en torno al carácter narrativo del discurso histórico" en *Historia y Grafía (UIA)*, 24 (2005).

Von Wartburg, Walter. *Problemas y métodos de lingüística*, Madrid, Instituto Cervantes, 1951, tr. Dámaso Alonso.